

JUAN CARLOS OLIVARES TOLEDO

# EL UMBRAL ROTO

ESCRITOS EN ANTROPOLOGIA  
POETICA

FONDO MATTA

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Conocí los escritos de Olivares cuando aún tenían la tibia calidad de manuscritos. Siempre tuve la impresión de que era capaz de sumergirme en sus espesuras de bosques sureños y costas enfurecidas con siete ojos, costinos generosos y mujeres que provocaban locura, fogones siempre encendidos para no olvidar la memoria. Ahora pienso también que sus textos son la mejor invitación para caer en el vacío y la oscuridad donde podría rebelarse el secreto de lo oculto.

Francisco Gallardo Ibáñez  
Museo Chileno de Arte Precolombino

4892

306  
048  
1991

# EL UMBRAL ROTO

ESCRITOS EN ANTROPOLOGIA  
POETICA

Juan Carlos Olivares Toledo

Colección  
LA HISTORIA ESCONDIDA EN TODA HISTORIA

FONDO MATTÀ  
MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

## SUMARIO

- 7 Presentación
- 9 Atacama *off line*
- 11 El oficio del etnógrafo y la etnografía como artificio:  
Reflexiones y presunciones

## ESCRITOS EN ANTROPOLOGIA POETICA

- 21 El exilio de la fragancia resquebrajada o una reflexión  
en torno a la antropología
- 45 Un encuentro con Arcadio Yefi Melillanca. Bajo la  
hojarasca estaba la gota de rocío
- 55 Prácticas alucinógenas entre los moradores de la  
cordillera de la costa.
- 75 La increíble historia de Arcadio Yefi y la mujer de siete  
ojos
- 87 El umbral roto: La mirada antropológica

## PRESENTACION

El Museo Chileno de Arte Precolombino ha encontrado un lugar en el acogedor seno de las ciencias antropológicas y por ello no deja de estar alerta ante sus múltiples desarrollos.

En el último tiempo la antropología ha tenido un «giro poético», ha querido enfrentar la «objetividad» del antropólogo con sus personales vivencias etnográficas, con un tipo de expresión que nos introduce de lleno en el campo de la metáfora y la poética, y que se inscribe en un mundo literario premonitoriamente anunciado por Lévi-Strauss en su obra *Tristes Trópicos*.

Esta Antropología Poética crece ahora al amparo del Museo y gracias a la colaboración de Matta, quien ha puesto a nuestra disposición los fondos de su Premio Nacional de Arte. Esperamos con esta experiencia contribuir a un acercamiento de la Ciencia hacia el Arte.

Carlos Aldunate del Solar  
Director  
Museo Chileno de Arte Precolombino

Santiago, Octubre de 1994

Atacama *off line*...

Cada año regreso al desierto de Atacama para recaer, para descubrir que los agujeros no tienen fondo y sólo ofrecen una riqueza intangible.

[25 de Abril de 1993...Ya son cerca de las 3. Derecho por el camino negro. A todo sol. Cerros gastados muestran una suavidad escandalosa. Es la suavidad de las formas de más que una mujer. Atacama *dessert*. Ya falta poco para las 3.]

Atacama postre. Un desierto que es puro espacio condensado. Todo lo que existe se repliega en el lugar. Hasta el tiempo tiene aquí la propiedad física de la materia que perdura. Se trata de un tiempo carnal. Únicamente la luz puede torcer la solidez de su cuerpo. Entre dos luces, el amanecer despoja al territorio de su aparente actualidad. Su luminosidad blanda congrega a todos los seres de la gentilidad. Siempre después de la noche y antes que el sol quiebre el horizonte.

[Pacha: Tiempo suelo lugar<sup>1</sup>]

El sueño de esta antropología/poética que nace no es grave, es por humor. No quiere olvidar el juego o creer que todo está perdido

francisco gallardo  
museo chileno de arte precolombino

Santiago de Chile, Marzo de 1994

---

1. En «Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Lengua QQuichua o del Inca». Compuesta por el Padre Diego González Holguín, Impreso en la Ciudad de los Reyes, 1608.

## EL OFICIO DEL ETNOGRAFO Y LA ETNOGRAFIA COMO ARTIFICIO: REFLEXIONES Y PRESUNCIONES

Daniel Quiroz

La etnografía es una palabra compuesta, que ha sido entendida de maneras diferentes. Para nosotros su sentido es doble: uno de los términos, *graphos*, la relaciona con la escritura y *ethnos* la conecta con el otro diverso. Podríamos sin mucha originalidad definir la etnografía como una escritura sobre el otro. Comprende un sinnúmero de textos plurales sobre múltiples encuentros con otros diversos.

Escribir estas líneas debe ser una de las cosas más queridas y por eso ha sido de las más difíciles. Desde hace más de diez años hemos construido con J.C. Olivares relatos y hemos aprendido uno del otro a crear nuestras propias formas de hacer antropología. (*Conversábamos hace unos días en su casa de Ancud y me aseguraba que una buena manera de representar sus esperanzas en la antropología era definiéndola como una búsqueda de lo oculto*). Esta búsqueda de lo que está detrás, muy lejos de la superficie o tan cerca que no lo podemos ver, nos obliga a sumergirnos en un flujo de significados y silencios.

La obra de Olivares es un punto sobre el que apoyarnos para reflexionar sobre el significado del hacer etnografía (*encontrarse*) y del escribir etnografía (*alejarse*). Por lo demás ya lo decíamos en el prólogo a su tesis de título: en su trabajo se pueden rescatar, entre otros méritos, la manifestación concreta de un par de ideas: como se configura y estructura la situación etnográfica (*La relación entre el investigador, su informante y el contexto en el que se produce el encuentro*) y como se produce el relato etnográfico (*La transformación del mismo investigador en un escritor de los encuentros*), conceptos ligados cada uno a uno de los significados esenciales y actuales de la etnografía, es decir, como trabajo de campo y como escritura.

El ejercicio de hacer etnografía nos acerca físicamente al otro aunque el aproximarse no asegura el encuentro. En el sentido antropológico más clásico ese otro nos devuelve una imagen donde podemos mirar nuestros prejuicios y con ellos producir

un encuentro de verdad fructífero. El itinerario, las diversas estaciones por las que pasamos, las idas y venidas, nos hablan de lo difícil y costoso de un proceso no siempre productivo.

El ejercicio de hacer etnografía nos obliga a aprender un oficio con esmero, dedicación y sentimiento aunque el querer no asegura su aprendizaje. Esto significa también acercarse a aquellos que conocen algunas claves, casi siempre por haberse iniciado antes. Están, por supuesto las coincidencias, aquellas que hacen más grata la experiencia.

Me gustaría hablar de ese encuentro etnográfico que obliga a pensar en los desencuentros, en las equivocaciones, en las salidas del camino, en las metas inalcanzables. Hablar, por supuesto, desde la perspectiva del etnógrafo, con las ventajas y limitaciones que tenemos los que ejercemos el oficio.

En realidad lo que haré será escribir, no hablar, sobre el sentido, en definitiva, que la etnografía tiene para nosotros. Previo al encuentro está la idea de viaje y creo que hablar de viaje etnográfico (*El traslado que posibilita el encuentro*) es primordial para entender el oficio.

Sólo pensar la etnografía implica la realización del movimiento de uno hacia un lugar que desconoce. Este traslado significa casi siempre no sólo ir de lo conocido a lo desconocido sino también de lo seguro a lo inseguro, de lo claro a lo oscuro, de lo manifiesto a lo oculto, del vientre a la selva. El viaje es un tránsito, un salto al vacío, el vacío fértil según Olivares y algunos pensadores chinos.

En los textos que leemos el otro está simbolizado por Arcadio Yefi. Olivares y Arcadio Yefi nos hablan de sus itinerarios que son también los nuestros, con estaciones y paraderos, de sus encuentros y desencuentros (*En uno de sus regresos a Osorno Juan Carlos supo que Arcadio había emprendido el último viaje: el viaje definitivo, lo llamamos muerte*). Nosotros reproducimos el paradigmático viaje de Arcadio a Pucatrihue en busca de koyofe, chaiwa y rulama cada vez que salimos de nuestras casas rumbo a nuestro ansiado fieldwork. Lástima que no siempre sabemos cuáles son los productos (*nuestros peces, algas y mariscos*) que buscamos y nuestros viajes parecen salidas en falso y así vamos y volvemos.

Nos hace falta (*Gracias de nuevo, Arcadio*) un wachiwe, un ruego a los dioses para que todo resulte bien, un pedir permiso para que el viaje tenga retorno y no nos quedemos pegados, atrapados en una red pegajosa y elástica. Abandonar la comodidad del hogar para salir en busca de esos alimentos que nos permitan fortalecer, rescatar, reconstruir y recrear diversas formas culturales en las que estamos involucrados a nuestro pesar.

Si hay algo que caracteriza socialmente a la antropología es este concepto de trabajo de campo, representado ensoñadoramente por el viaje desde el hogar hacia lo desconocido y por una permanencia prolongada entre personas con costumbres diversas. La idea de sumergencia (*Palabra que, por supuesto, no aparece en el Diccionario de la R.A.E.*) podría definir la naturaleza del oficio etnográfico, por supuesto Olivares es un buen ejemplo de sumergencia. Y de insurgencia también, sobre todo respecto de la academia antropológica. Deliciosas y verdaderas sus palabras sobre la olorosa antropología chilena.

Llegando nos encontramos y a veces nos «encontronamos» y se produce eso que llamamos la situación etnográfica. Yo, mis cosas, él y las cosas de él. Scholte ha señalado que «la situación etnográfica está definida no sólo por la sociedad nativa sino también por la tradición etnológica en `la cabeza` del etnógrafo». Mundos diferentes, personas distintas. No siempre el encuentro es sencillo. A veces el viaje es demasiado corto para dejar en suspenso nuestros prejuicios y debemos cargar con ellos y los otros con nosotros y nuestros prejuicios. Es difícil ser testigo de etnógrafo (*Recuerdo mis viajes en tren entre Santiago y Linderos. Es verdad, 35 km es poco tiempo. Juan Carlos lo sabe también*).

El encuentro investigador-informante, que no es otro que el del mundo «nativo» (del informante) con el mundo del etnógrafo, produce efectos profundos (*Si es que el encuentro efectivamente se produce: he visto investigadores pasar literalmente de largo*) sólo atenuados por la comprensión de los nativos respecto de las tribulaciones de los etnógrafos. Las palabras de Arcadio Yefi existen para nuestro placer y reconocimiento: «cuando hay un forastero en Cuinco, uno lo sale a encontrar, le habla con todo respeto y cualquier favor que se le puede hacer, hay que servirle a ese cristiano, porque anda muy lejos de sus partes en donde él vive, de dónde nació, de dónde se



crió, entonces uno tiene que ser bueno con esas personas, porque esas personas andan entristecidas de su alejada parte de donde vienen». Sin duda, Olivares fue afortunado de tener un Arcadio Yefi en el camino y sus palabras son un simple homenaje al que supo de sus tristezas y afanes.

Olivares nos habla del viaje hacia la otredad, hacia la realidad ausente. Pero no es sólo, como lo señala Lévi-Strauss, un problema definido en términos tales que una parte de la humanidad (nosotros) trata a la otra como objeto, sino que el antropólogo es también una víctima de su propia cultura, como lo precisa Diamond, que le define límites de dudosa naturaleza y sospechoso alcance. No nos damos cuenta y estructuramos los mundos de los nativos con herramientas construidas para medirnos nosotros mismos.

Resulta ahora mucho más simple pensar que el etnógrafo forma parte de una situación nueva, creada a propósito del encuentro, que es distinta de la previamente existente, tanto para el etnógrafo como para el nativo. En esta situación nueva, el encuentro de dos (o más) mundos que se reconocen puede ser muy fecunda, como lo han demostrado, entre otros Gudeman y Rivera o imposible como lo asegura el cool Baudrillard respecto de la relación del mundo europeo con los fueguinos.

La práctica etnográfica, en un sentido bourdieuesco, consiste en la construcción de un universo particular, de palabras, gestos y emociones, donde es posible la intercomunicación de «nosotros» con «otros», donde podemos jugar y conversar y lo que decimos y hacemos es, al menos, parcialmente entendido. Para construir este universo de comunicaciones necesitamos crear, inventar, imaginar, soñar y también, a veces desgraciadamente, despertar. Es importante que este universo se construya entre dos, con aportes del etnógrafo, con aportes de su informante, pues será este universo el que después deberemos reconstruir en la lectura de los textos producidos en dichos encuentros.

Los etnógrafos somos, en gran medida, lo que nuestras experiencias de campo nos indican. Por ello también compartimos con Olivares, separados por una década, las colinas de San Juan de la Costa, las playas de Pucatrihue y Maicolpué, los proyectos de los capuchinos holandeses, la feria de Rahue. Permanentes o fugaces, alejadas o cercanas, suaves o violentas, las experiencias de

campo nos juntan y nos separan. El oficio de etnógrafo se aprende en la práctica del trabajo de campo, nunca en la sala de clases (*Todavía algunos ilusos creen que la etnografía es un asunto de enfoque, que lo clásico es preferible a lo experimental, que primero debemos aprender técnicas y recetas y luego viajar*).

La etnografía es un bien escaso, todavía muy escaso. En un momento, hace ya varios años, escribí: «creo que la soledad es un atributo del hombre, especialmente de esa especie de hombre que se ha dado en llamar antropólogo [...] creo que la soledad es el escenario bajo el cual los hombres se encuentran. Sobre todo los hombres diferentes: el antropólogo y su informante, Juan Carlos Olivares y Arcadio Yefi. Sólo bajo este escenario se producen encuentros fecundos» (*Este libro es, sin duda, un producto de todos esos encuentros*).

Pero ya lo hemos dicho, la etnografía no sólo es experiencia sino también escritura. La construcción del relato etnográfico es tal vez la tarea más descuidada de la antropología. En esto Olivares demuestra un estilo inusual entre nuestros escritores de antropología. Sin duda, sí sabe escribir. Podemos hablar de las diversas influencias en su escritura, hablar de Conrad, de Paz, de Teillier, de Neruda (*Lo ví también con libros de Barquero, de Parra, de Lihn, de de Rokha. Compartimos igualmente las obras de Nietzsche y su estilo breve y punzante*).

Pero sobre todo lo ví con libros de Patricio Manns, con cassettes de Patricio Manns. Textos y Música. Sobre Manns hablamos mucho e hicimos proyectos, empresas comunes. Proyectos de esos que son valiosos sólo porque no se hacen, es decir, siguen siendo proyectos para siempre. Parece que los proyectos más bellos son aquellos que nunca terminamos, aquellos que nos acompañan toda la vida. Me mostró a Manns y lo introdujo en la antropología (*Sé de una antropóloga que, con entusiasmo, está tratando de hacer su tesis sobre todas las Actas de Manns, incluídas las que le dicta a Epple*).

La escritura etnográfica es en nuestro país una ausencia más, y notoria por lo demás. Se nota una falta de preocupación por lo que con ella se dice, sobre todo si pensamos en los kilos de papeles que se han escrito en su nombre. Olivares nos habla de

una etnografía lárca (*Su homenaje a Jorge Teillier*), de una etnografía ligada fuertemente a la tierra desde donde se escribe: el sur, sus lluvias y trenes, sus estaciones y pájaros, sus escritores-poetas.

Olivares ha señalado que siempre ha querido escribir poéticamente la etnografía. Leiris, ese maestro surrealista, ha señalado que la poesía es el corazón de la etnografía. Una etnografía poética no es sino recrear la descripción del encuentro con el otro con la imaginación y rigurosidad que nos exige la poesía. La poesía nos permite transmitir las emociones y sensaciones que nos provoca el encuentro etnográfico. Muchos antropólogos han escrito sobre las relaciones entre poesía y etnografía (*Se recuerda a aquellos que escondían su poesía bajo seudónimos. Ruth Benedict es la más conocida, lo hacía para esconderse de la ira de su maestro, Franz Boas*). No quiero hacerlo pues me parece que no es posible, aunque a veces debemos intentar lo imposible.

Nuestros textos tienen un destino pues están escritos para ser leídos. Escribimos para nuestros lectores. Algunas veces no sabemos quienes son los que nos leerán de verdad (*Nuestros lectores pasan a ser la incógnita de una ecuación de segundo grado, o de tercer grado*). Tengo la sospecha que, de una cierta manera, Olivares escribe para sus amigos, con los que comparte algunos secretos, algunas claves. Somos una parte de su auditorium y este libro representa un esfuerzo por ampliarlo a un grupo más grande de personas (*Recuerdas Juan Carlos, nuestra antropología de los crustáceos y como desfilaban los otros, jaibas, langostas, camarones y cangrejos. También arañas y escorpiones, esos éramos nosotros, los malos de la película. Creo que alguna vez, muy al sur, aparecieron también los caracoles*).

Los libros se escriben para ser leídos aunque también la soledad es el escenario de este otro encuentro: los otros ahora somos nosotros. Olivares nos trata de comunicar lo que aprendió del estilo de vida de los costinos, usa palabras, ritmos, silencios para evocar (*Sí, evocar, Tyler puede ser llamado para que participe en este encuentro*) noches tremendas, lluvias profundas, una tortilla amiga, una mano apretada, unos ojos negros, una nube de palabras sabias. Escuchamos y aprendemos que los otros no son distintos, que las diferencias sólo nos hablan de lo

que perdimos, porque así lo quisimos (*Debemos alegrarnos pues uno de nosotros, uno de los más queridos, ha regresado de tierras lejanas*).

Escribir es también un viaje. Es el viaje de regreso, el retorno del trabajo de campo. El viaje etnográfico es, entonces, de ida y vuelta. Muchos se han quedado en el camino, perdidos bajo la sombra de alguna higuera. Cuántos se han ido y nunca regresaron. El camino tiene sus dificultades variables (*Recuerdo un cuento de Borges: se titulaba **El etnógrafo**. Así es, Borges también sabía de etnografía*).

Hoy nos preguntamos si basta el oficio de escribir para ser un buen etnógrafo. Sobre todo si nos dominan los otros medios de representación: imágenes, videos, cd-rom, computación interactiva, pastiche. Por ahora, sin embargo, la escritura es imprescindible y en eso Olivares es un maestro (*A un famoso arquitecto chileno, creador del nuevo Museo de Historia Natural de Paris, le escuché decir ayer que no conocía algo más interactivo que un libro. Tengo testigos*). Formamos parte de la cultura de la escritura. Por lo menos, todavía.

Creo haber escrito más de la cuenta. Lo importante es que ustedes miren y se detengan en las páginas que ahora vienen y puede que encuentren la historia perdida (*El hombre sigue olvidado. Si se habla del fin de la historia, hay olvido no memoria. Si Dios murió a fines del siglo XIX por qué no la palabra a fines del XX*).

Quiero invitarlos a leer lo que tienen entre sus manos, textos escritos con dolor, rocío y ternura, palabras que son etnografía pura.

Linderos, abril 16, 1995

ESCRITOS EN  
ANTROPOLOGIA  
POETICA

## EL EXILIO DE LA FRAGANCIA RESQUEBRAJADA O UNA REFLEXION EN TORNO A LA ANTROPOLOGIA

### ¿DONDE ESTA LA ANTROPOLOGIA CHILENA?

Al nihilismo de la civilización blanca que destruye lo que toca, el antropólogo responde repitiendo en el salvaje la operación salvaje, la que transforma lo perecedero en forma simbólica, representación de una vida diferente para siempre, de lo que ella habría podido ser sin nosotros. *Jean Duvignaud*.<sup>1</sup>

Motivado por claros designios que nacieron conmigo, sin hacer mucho caso a las tendencias intelectuales de la antropología del presente, ayudado por mis humanas fuerzas, todavía apun- taladas con Lorazepan 2 mg, Amitriptilina 25 mg, Meleril 100 mg y Carbonato de Litio 300 mg, todas las bestias de la química de nuestros días y todas las noches, fármacos necesarios para el antropólogo viajero que después de recorrer los in- conmensurables círculos de las eternidades reales y también las irreales, retorna a este mundo que se fragmenta irremedia- blemente, para advertir, junto con Nietzsche que, *quien sigue estos caminos particulares no se encuentra a nadie por ellos /.../ nadie acude a auxiliarle; él solo tiene que librarse de todos los peligros, de todos los azares, de todas las maldades y de todas las tormentas que sobrevengan*<sup>2</sup>, así, horrendamente solo y con mucho amor, sin grandes fronteras que detengan mi creación y con la sabiduría casi silenciosa de Black Bird Crow, mi maestro en estos menesteres inmensos y complejos de la antropología y la vida toda, rasgando él las penumbras con sus patas de pájaro, abriéndole paso a una claridad salvaje, cuyo resplandor nunca me cegará, que nunca me impedirá ver, le entregué significados arrancados al mundo a unas palabras sueltas, sin más destino que morir ellas en el olvido de la insignificancia y dí origen a «Prácticas Alucinógenas entre los Moradores de la Cordillera de la Costa»<sup>3</sup>, mi primer intento de relato etnográfico publicado después de ese largo viaje delirante y con el gran pensador alemán, de hoy y de siempre, *quiero decirlos, en efecto, amigos, lo que hacía allá abajo, quiero decirloslo en este prólogo tardío, ya que he vuelto y salido del paso*<sup>4</sup>. Buscaba la verdad antropológica, no la verdad partidista del militante, del creyente o del simpatizante, ni siquiera la filosófica, mucho menos la periodística y allá abajo, entre las grietas azules de la realidad descubierta, sólo encontré reali-

dades culturales, una carencia etnográfica y la ausencia de la antropología y tuvimos que señalar la necesidad estricta de proponer «una nueva forma de relato etnográfico»<sup>5</sup>. Indiscutiblemente, no pretende ser una «nueva etnografía». La historia del desarrollo de la antropología americana y europea, el bisonte blanco de una gran mayoría de los antropólogos chilenos, está saturada de tentativas que pretendieron generar «una nueva etnografía»<sup>6</sup>. Tentativas fracasadas que aportaron poco y nada al desarrollo de la disciplina. Por el contrario, generaron confusión y oscurantismo. Abrieron caminos que no llegaron a parte alguna. Desde ese instante, todo ha sido un recomenzar. Por eso, no pretendemos serlo ni considerarnos, en el momento de las evaluaciones y recuentos históricos, como una tentativa más en el esfuerzo de generar una nueva etnografía. Primero debemos dar los pasos requeridos para crear una etnografía chilena. Carecemos de ella. Muchos de los informes etnográficos que preparan los antropólogos chilenos son similares a la tradicional composición que debe realizarse, en los colegios del país, cuando los alumnos vuelven a clases, en nuestro especial mes de marzo, en la asignatura de Castellano, titulada ¿Qué hicimos en el verano? No es nuestra intención desmerecer a los escolares. Para ser justos, *no hay necesidad de añadir que, a este respecto, cualquier trabajo de campo científico está muy por encima del mejor logro amateur*, no hay duda, Malinowski no estuvo nunca en Chile, sin embargo, hay un punto en que a menudo sobresalen. *Se trata de la descripción de los rasgos íntimos de la vida indígena, de la capacidad para hacernos llegar estos aspectos con los que sólo es posible familiarizarse a través de un estrecho contacto con los indígenas, cualquiera sea la forma, durante un largo período de tiempo*<sup>7</sup>. Por eso, un primer paso, el movimiento primordial hacia la creación, consiste en proponer una manera diferente de escribir el relato etnográfico, cuyo propósito es lograr entregar el material cultural de problemáticas específicas en la dinámica de los *estilos de vida*<sup>8</sup>, siempre y cuando, este material cultural o data cultural se haya logrado conseguir mediante un acabado y sistemático *trabajo de campo* *ly así el lector pueda estimar con precisión, de un vistazo, el nivel de trato personal que el autor tiene con los hechos que describe y hacerse una idea de en qué condiciones obtuvo la información de los indígenas*<sup>9</sup>. No es relato de una novela, realizado por un escritor o un escribidor (esto último para no enojar a Vargas Llosa). Sin duda, de ellos, de los escribidores y otros demonios de la palabra tenemos mucho

que aprender. Acotamos que, *la extrema especialización de las disciplinas universitarias conduce generalmente a la formación de trabajadores a destajo que se condenan ellos mismos a redactar minuciosas, sabias pero ilegibles monografías*<sup>10</sup>, de esta forma, *una especie de resentimiento parece surgir en estos medios sabios que testimonian hacia lo que llaman literatura, un desprecio concentrado que no es más que –Nietzsche ya lo había notado– una forma sofisticada de rencor o de envidia*<sup>11</sup>. Yo no tengo grandes rencores ni envidias sofisticadas, por eso, no desprecio en su totalidad a la literatura y aún más, me siento un poco poeta y el poeta, *es el guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores*<sup>12</sup>. Sin embargo, esto debo decirlo, no me agradan algunos representantes de ciertas generaciones literarias chilenas, sobre todo aquellos que buscan desesperadamente la universalidad y el cosmopolitismo y otros ismos oscuros. En general, *estas tendencias se sustentan sobre un desarraigo profundo y una carencia de sentido histórico*<sup>13</sup>. Aclamados, como el grupo rock Los prisioneros y toda la maldición de Malinche que se nos vino encima cuando el caballo viejo y flaco de Diego de Almagro cruzó despavorido los desiertos norteños en donde siglos más tarde, ahora, pastan y balan las ovejas del poeta Raúl Zurita, el único descubridor del Desierto de Atacama, esa noble tarea de peregrinos que estaba incluida en el destino de los arqueólogos. A veces, como alucinaciones, escuchamos el relato de la visión de otro peregrino, José Berenguer, rodeado por el aliento denso, oscuro del encuentro. Más, a pesar de estos susurros, ¿dónde están los arqueólogos? Entonces, una nueva forma de escribir el relato etnográfico, es la construcción de un discurso sobre y acerca del material cultural, esas desconocidas cosas tangibles e intangibles, esas ausentes realidades de los estilos de vida, que nos son ajenas y con las cuales trabaja la antropología, y que se constituyen en problemáticas antropológicas específicas cuando, discriminando la diversidad, profundidad y complejidad del fenómeno cultural en base a arbitrios previamente establecidos y definidos, el antropólogo decide dedicar su atención sobre algunas de estas problemáticas. Es un hecho certero, al definir una problemática antropológica, hemos delimitado la realidad. Sin embargo, a pesar de haber delimitado esta realidad, sosteníamos en nuestro artículo que, *los estilos de vida están envueltos en la realidad total*<sup>14</sup>. Una muchacha dijo, *esa realidad eterna y todo lo que ella significa va junto o está inserta dentro de un todo aún mayor...! es un todo Universal que incluye lo*

*espiritual y material que nuestro mundo es [...] abarca al Hombre en toda su magnitud y también la naturaleza [...] abarca desde el más profundo sentimiento hasta la densidad más desconocida*<sup>15</sup>. Aquí, como dijo un poeta al volver del viaje, *la realidad secreta brillaba como un fruto maduro*<sup>16</sup>. Al mirar más allá de las fronteras reales de su objeto de estudio, el antropólogo, descubre que ese objeto continúa encadenado a la inmensidad eterna de la realidad total y se horroriza, y siente miedo cuando se percibe él mismo también prisionero de aquella realidad total, sin poder, pese a sus esfuerzos intelectuales, colocar una distancia real entre él y el objeto. Si su actitud, frente al hecho de ser un habitante involuntario o voluntario de ese océano eterno, quizás por culpa de las tendencias intelectuales contemporáneas que le susurraron al oído que se podía establecer una distancia real entre él (sujeto) y la problemática a investigar (objeto); cambia, después de mucho sufrir, podrá liberarse y no dudamos que su trabajo será más veraz, más antropológico y fundamentalmente, más humano. Entonces, de manera brutal, para espantar a las polillas y los escarabajos, establecemos que la categoría antropólogo-estilo de vida (sujeto-objeto) es *una unidad indivisible dentro del universo real total*<sup>17</sup>. Decir esto, *es un acto heroico [...] desmitifica a los antropólogos que pretenden manejar una problemática o fenómeno cultural y los pone en su lugar*<sup>18</sup>. No abandonamos nuestra posición. La realidad total es una realidad eterna y rodea a los estilos de vida y al antropólogo. De esto se desprende que, *la única verdad es que la antropología estudia estilos de vida y sobre eso debemos centrarnos*<sup>19</sup>. Este camino, entrega al antropólogo, *un marco guía semejante a un papel blanco cuyo margen está lleno de sabiduría*<sup>20</sup>. La etnografía a crear, sustentada en estos principios e ideas, es todavía una etnografía sin definición, sin nombre, *es una bandada de palomas ciegas lanzadas al misterio*<sup>21</sup>. ¡Venid a mirar como vuelan los pájaros guiados por la fragancia de la realidad! ¡Mirad!

Desde su nacimiento, la antropología, al pretender estudiar los estilos de vida, se ha relacionado estrecha y vitalmente con los viajes. Aquí, *el acto mismo del viaje etnológico supera la simple naturaleza del viaje*<sup>22</sup>. El viaje ya es algo más que un simple ir y venir sin sentido. Llevan al hombre desde el manantial de su propio estilo de vida hasta las vastedades oscuras, desconocidas, mágicas y misteriosas de otro estilo de vida, su preocupación fundamental y su razón de ser. Desde sí mismo

el antropólogo viaja a la otredad de una realidad que había permanecido ausente. Es un peregrino que busca similitudes y diferencias, su estilo de vida. Con él a cuestas va a todas partes. Más, algunos antropólogos que se creen listos, niegan que su estilo de vida, esas diferencias y similitudes puedan tener injerencia en el trabajo antropológico. Estas personas, llegan a manifestar, públicamente y sin vergüenza que ellos han asumido sus prejuicios y suspendido los juicios, como si esta actitud y posición fuese suficiente para realizar un trabajo veraz, completo, profundo y fundamentalmente objetivo. Esto último, pareciera ser la razón profunda de su trabajo, mucho más que los aspectos descriptivos y explicativos en el proceso de conocer los estilos de vida. Entonces, la objetividad del trabajo, la investigación y la docencia, es efecto de la asunción de los prejuicios y la suspensión de los juicios. A fuerza de buscar una objetividad que pareciera no existir en la realidad, el antropólogo abandona juicios y prejuicios, vacía sus contenidos mentales y se convierte en un desarraigado. Entre estos peregrinos extraviados encontramos al antropólogo infiltrado por la psicología, el poseído por la contracultura, el planificador que sobrevuela la realidad a 3.000 pies de altura y otras bestias que no es necesario, todavía, identificar. ¡Mirad a vuestro alrededor! Otros antropólogos que se consideran aún más listos, niegan que los marcos teóricos y metodológicos que utilizan en su labor antropológica, tengan injerencia en la definición sustancial de los significados ocultos y ausentes de la realidad trabajada. Estos antropólogos que abandonaron el ámbito de la creación (en tanto la hayan intentado en alguna oportunidad) de nuevas directrices en busca de la verdad antropológica y se cobijaron bajo el techo descolorido de los libros de teoría y metodología, están por ahí, diseminados sobre la delirante geografía de nuestro territorio, aferrados a la ciega convicción que les proporcionan sus teorías y métodos, y el apoyo condicional de verdaderas transnacionales del conocimiento científico, norteamericanas, europeas del Este y el Oeste y algunas «tercermundistas», cuyos científicos han reiterado la prueba de tales teorías y métodos, generalmente en nuestros tercermundistas países, acción imitada por nuestros antropólogos hasta la saciedad y sin siquiera plantear una innovación o alguna crítica renovadora, incluso, muchas veces, la acción imitada es hecha de manera defectuosa e incorrecta. Estos antropólogos, sin oponerse a la multinacional, gozan de buena salud y de regulares rentas. Ellos sostienen y se consideran buenos científicos

y que sólo ellos lograran el ansiado (por todos nosotros) desarrollo de la antropología chilena. Inmersos en una escatología homogeneizante, desarrollista, inclusive un poco mesiánica, se nutren del deseo de la universalidad. Sin embargo, esto no es más que el reflejo de un profundo desarraigo. En este grupo encontramos antropólogos atrapados por ideologías políticas y religiosas, fundamentalmente. Aves raras que han hecho de la obscuridad, su reino. Las posiciones descritas anteriormente, que representan extremos, suelen presentarse, algunas veces, mezcladas. A pesar de este esfuerzo integrador, han fracasado, igual como han fracasado al actuar independientemente.

El fracaso no ha sido reconocido. ¡Yo lo denuncié en este momento! ¡Por qué tan duro! dijo en otro tiempo el carbón de cocina al diamante; ¿no somos parientes cercanos?<sup>23</sup>. Duro con los antropólogos, porque dejaron de lado la realidad y porque ven la categoría antropólogo-estilo de vida como una unidad divisible dentro del universo real total. Su trabajo es un quehacer desarraigado y por lo tanto, carece de significación (en el sentido de importante) en el logro del relato (principalmente) y la explicación de fondo. A ellos les digo, haciendo más las palabras de Nietzsche, *los creadores son duros, en efecto ¡...! y una bienaventuranza tiene que pareceros el imprimir vuestra mano sobre milenios como si fuesen de cera ¡...! sólo lo totalmente duro es lo más noble de todo*<sup>24</sup>. La literatura en cambio, al contrario de la antropología, de los antropólogos, no ha dejado de lado a la realidad eterna. He ahí, los ejemplos de relatos que significan; «El reino de este mundo» de Carpentier, «Cien años de soledad» de García Márquez y «Los trenes de la noche», un poema largo de Teillier Sandoval, para nombrar uno de los nuestros, tal vez, el mejor. Aquí, también recordamos a Barquero.

Sin conocer la realidad eterna, jamás comprenderemos el profundo, diverso, complejo y real significado de los estilos de vida, sobre los cuales yace nuestro país. La realidad eterna nos abre las puertas, esas puertas nuevas (probablemente conocidas de antaño) que llevan al conocimiento certero, nos orienta a nuevos caminos sin fin, (alejados del rumbo cotidiano de los que siguen a la rosa náutica anclada en el mar oscuro de la ignorancia), nos destroza (he ahí mis alucinaciones, he ahí mi llanto, he ahí todos mis sueños erosionados por el tictaqueo incesante de la realidad tremenda), nos confunde (a veces pareciera que el

recuerdo tuviera existencia real y presente) y nos deja prisioneros en un vacío insondable. Este vacío, *el terrible espacio es un vacío fértil ¡...! su exploración constituye el punto de giro hacia el cambio*<sup>25</sup>. Sustentado y firmemente empotrado en ese cambio, nuestro camino pareciera llegar a muchos destinos y no somos prisioneros de nada y de nadie, distintos a nuestros colegas desarraigados que creen, mediante la imitación, haber solucionado prácticamente todos los problemas propios y específicos de una disciplina científica como lo pretende ser la antropología chilena, cuya primera síntesis sobre los estilos de vida indígenas de nuestro territorio, los otros, recordemos, fue hecha en 1882, por José Toribio Medina, casi 11 años después de «Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family», escrito por Lewis Henry Morgan<sup>26</sup>. Esta contemporaneidad, ahora, es un recuerdo fugaz en el seno de una disciplina en estado crítico, después de haber tenido un promisorio comienzo que parece culminar con el profundo trabajo de Martín Gusinde, el mejor y último etnógrafo que pudo conocer y describir los estilos de vida que un día existieron en el territorio austral del continente. Adscrito a una corriente antropológica particular, buscaba estilos de vida que habían estado ausentes del relato etnográfico de los antropólogos y que eran necesarios para fundamentar de facto, su perspectiva antropológica. Sin embargo, se encontró con una verdadera ausencia que sólo los arqueólogos podrán hacer presente, una ausencia corta cuyos fragmentos, crearán el pasado. La vida rota por las balas, el veneno y la intolerancia de la diferencia. Es muy probable que esa creación haga justicia al trabajo de Gusinde. Esto tardará un tiempo. Nuestros arqueólogos, si exceptuamos a Mauricio Massone, sólo tienen ojos y aliento para el desierto nortino y (María Eugenia Solari acompaña a) los franceses sólo vienen una vez al año a Patagonia (Carlos Ocampo nos ha prometido una poesía sobre la muerte de Tenenesk). El sentimiento de ausencia, genera un giro en Gusinde, cambio que se manifiesta en su relato etnográfico. Pregunta *¿en dónde están los hombres fuertes, las mujeres de presencia gallarda y hermosa, la alegre juventud...? ¿Dónde están las mozas que buscaban marisco en la playa y los jóvenes que se adiestraban en el manejo del arco? ¿Dónde los cazadores y sus familias?*<sup>27</sup> Se responde a sí mismo y dice, *¡Percieron...! ¡Están anonados!*<sup>28</sup> ¿La causa de esta ausencia verdadera?: Gusinde responde nuevamente, *esta obra de desolación no la consumó ni la peste ni la guerra, sino el roce con los blancos y la codicia de los civilizados*<sup>29</sup>. Este

sacerdote cristiano y etnógrafo, contemporáneo de Malinowski, ambos separados por miles de kilómetros y todas las vastedades culturales que la distancia cobija, inicia su labor etnográfica en las tierras australes el día 8 de diciembre de 1918<sup>30</sup>. En octubre de ese mismo año, Malinowski nos dice que, *obtiene información de un cierto número de indígenas Dobu y del distrito meridional de Massin (interrogados en Samarai)*<sup>31</sup>. Este polaco peregrino señala, *también cometí, una y otra vez, faltas de cortesía que los indígenas, bastante familiarizados conmigo, no tardaron en señalarme [...] tuve que aprender a comportarme y, hasta cierto punto, adquirí el sentido de las buenas y malas maneras indígenas [...] y fue gracias a esto, a saber gozar de su compañía y a participar en algunos juegos y diversiones, como empecé a sentirme de verdad en contacto con los indígenas [...] y esta es ciertamente la condición previa para poder llevar a cabo con éxito cualquier trabajo de campo*<sup>32</sup>. Por otra parte, el cura errante, Gusinde, dice, *nunca el extranjero podrá adaptarse por completo a las costumbres y modales de un pueblo, si no se presenta a él asimilándose todas las peculiaridades y la idiosincrasia de ese mismo pueblo [...] y si no se amolda a su sentir con el fin de nivelar las diferencias esenciales de las respectivas culturas, nunca jamás puede conseguir el extranjero la confianza de un pueblo, indolente a su presencia e indiferente a sus intereses científicos [...] sin la explotación de la confianza absoluta del indígena, cualquier trabajo o empeño que se haga en este sentido, quedará sin resultado*<sup>33</sup>. No hay duda, Martin Gusinde y Bronislaw Malinowski están hablando de lo mismo. El éxito del trabajo etnográfico se sustenta en la capacidad de poder ser el otro. Este en aquél. *Así, el descubrimiento del otro nos obliga a cambiar nuestro ser*<sup>34</sup>. Ante la ausencia que comienza a ser presencia cuando el peregrino arriba a su destino, no hay otra posibilidad que ser como ese otro, si no, el desarraigo, realizará su trabajo hasta aniquilar al viajero y sin éste no es posible la etnografía. Si no se logra ser el otro, se confunden todos los caminos y es posible que nunca se logre encontrar ese por el cual se retorna a casa. Mas, antes de convertirse y ser el otro, el antropólogo debe vencer al vacío. Allí, en aquella lucha salvaje, *se encuentra algo así como un shock existencial sin el cual no hay experiencia antropológica*<sup>35</sup>. Atravesar las puertas de la realidad eterna es el sacrificio que el antropólogo ofrece para aplacar las fuerzas que quieren llevarlo lejos de sí, aquel cambio, muchas veces tormentoso, que le permite ser otro,

encontrar arraigo. El cambio de estilo de vida como ofrenda, una entrega llena de soledad. Inmerso en una eternidad que no puede ser segmentada y dividida, *cada vez que se siente a sí mismo se siente como soledad*<sup>36</sup>. Entonces, *sentirse solos posee un doble significado: por una parte consiste en tener conciencia de sí, por la otra, es un deseo de salir de sí*<sup>37</sup>. Este deseo de salir de sí, transforma a éste en aquél, a Martin Gusinde en Ventura Tenenesk<sup>38</sup> y en ese instante, ya puede decir, *me he amoldado a ser tan íntimamente que he sentido con ellos y como ellos*<sup>39</sup>. Igual hecho intenta manifestar y decirnos Malinowski: *poco después de haberme instalado en Omarakana (Islas Trobriand), empecé a tomar parte, de alguna manera, en la vida del poblado, a esperar con impaciencia los acontecimientos importantes o las festividades, a tomarme interés personal por los chismes y por el desenvolvimiento de los pequeños incidentes pueblerinos; cada mañana, al despertar, el día se me presentaba más o menos como para un indígena*<sup>40</sup>. El antropólogo como ofrenda es la transformación del hombre en otro hombre, motivado por la soledad que lo impulsa a derrotar el vacío para buscar así, en la ausencia, distintos estilos de vida en donde poder ser otro. De fondo, en esta idea, están el viaje y el arraigo como factores fundamentales de la acción etnográfica. El desarraigo impide el trabajo etnográfico. El antropólogo como peregrino posee el destino mágico de ser otro. De encontrar en un lar diferente un nuevo mundo donde habitar. Allí están todos los significados ausentes. La búsqueda parece terminar. Entonces, la propuesta de una nueva forma de encarar el trabajo etnográfico y su relato, nace fundamentalmente, desde el vacío fértil, ese vacío que un esquizofrénico no puede derrotar y cuya expresión es el desarraigo total de la realidad, sin ninguna posibilidad de poder volver a ingresar a ella. Vacío fértil como consecuencia de un deseo profundo de ser antropólogo. Como dice Hui Neng, *desde el principio ninguna cosa es*<sup>41</sup> y, *aunque la greda puede ser moldeada en un jarro, la utilidad del jarro reside en lo que no está allí*<sup>42</sup>. Allí donde no hay nada, donde todo pareciera estar ausente, está todo. En la ausencia está la presencia. Sólo es necesario buscar y en esta búsqueda hay que renunciar, sacrificarse, ser ofrenda, caminar en el vacío para surgir desde la otra realidad transformado en otro, habitando el lar, la tierra. Ahora, sobrecogidos, envueltos en las penumbras aún heladas que presagian la nueva madrugada, esperamos que nuestra propuesta colabore para que nuestra olorosa antropología chilena, pueda volver rápidamente a la



realidad eterna o como le hemos llamado, la real realidad. Su mediodía, la altura que Gusinde, sin saberlo, mostró. Sin duda, quisiéramos contar con las rabinas del distinguido y polémico Marvin Harris, quien está profundamente aburrido de leer monografías etnográficas. Sin embargo, él no sabe que yo existo. Deberé conformarme con quienes están aún en su casa. Entre éstos, también existen personajes aburridos, como Harris, de leer relatos etnográficos, de esos que hacemos acá, profundamente modestos. ¿Cómo han podido leer tan poco en tanto tiempo? Son los celacantos, fósiles vivientes que habitan la profundidad opaca de las aguas de la ignorancia, herederos del naturalismo colonialista que pretenden morir con gloria, después de haber disfrutado de una tibia jubilación. De hecho, *existe una mentalidad de los grupos científicos que los sociólogos nunca han estudiado y que merece una particular atención puesto que da forma a un sistema de valores medios que reconocen los gobiernos y los estados [...] esta mentalidad define también las normas de una ciencia mediocre que no perturba las normas establecidas, que no hace hablar de ella, que no molesta por talento: la acumulación del conocimiento*<sup>43</sup>. Nosotros, los que miramos a la tierra, queremos cambiar la historia. ¡Que no sea necesario repetir la denuncia de Martin Gusinde! Entonces, el alarido tremendo en la noche, ¿qué significa?

Volver al trabajo de campo, es una ruptura revolucionaria con el pasado y el futuro. En ningún caso con el origen. Es necesario derribar el follaje otoñal de nuestro pasado antropológico para encontrar el principio. Sabemos que allí estuvo el cura errante. Ahí su ausencia que pretendo transformar en presencia. A cada instante retorna y parece ser que nosotros seremos capaces de atrapar la clara luz de ese cometa. Por ello, el abandono de las viejas, obsoletas y fracasadas formas, es ingresar a la noche, no para encontrar la muerte, por el contrario, encontrar la vida y retornar a este mundo entrelazado en las guirnalda de la claridad. Es la búsqueda, bajo las hojarascas de la realidad, de la gota de rocío. Allí vive la etnografía lárca y su madre, la antropología de las ausencias, en definitiva, una antropología libertaria.

## UN PEDAZO DE SANGRE TRANSPARENTADA

Más que la muerte de dios –o más bien, en el surco de esta muerte y de acuerdo con una profunda correlación con ella–, lo que anuncia el pensamiento de Nietzsche es el fin de su asesino; es el estallido del rostro del hombre en la risa y el retorno de las máscaras; es la dispersión de la profunda corriente del tiempo por la que se sentía llevado y cuya presión presuponía en el ser mismo de las cosas; es la identidad del Retorno de lo Mismo y de la dispersión absoluta del hombre. *Michel Foucault*<sup>44</sup>.

En esta incesante búsqueda recuerdo una lluvia toda clara y tremenda, el ruido del agua que se desploma en silencio, mi sangre emparentada la mira con envidia, sin misterios, rauda, cayendo sobre mi rostro, creando un arcoiris de asombro, resquebrajando el follaje frágil del árbol anciano, un vegetal, guardián secreto en el oficio bendito de custodiar el devenir de los difuntos sepultados en tierra de los antepasados, nacidos aquí mismo, donde nacieron también los desheredados de nuestro presente, no lo olvidemos, en el punto más alto de la colina todavía sin erosión, el cementerio y desde allí, todo viaje al subterráneo mágico de los mares de Huentiaio<sup>45</sup>, comienza y otro guardián inmemorial es el viento agorero como traro, pájaro ave transparente cuyo mensaje escrito con letras de aire, repleto de noticias cotidianas y novedades sacras susurra implacable sobre los difuntos, sobre la cabellera amarilla del musgo colonizando los estacones de roble putrefacto, el lindero terreno del cementerio de Cuinco con sus casas muy pequeñas y descoloridas, otras grandes y las hay de tamaño incierto también, todas creciendo de la tierra con el trabajo de los deudos llorosos, moquillentos los huérfanos y si no me creen, tengo una foto, otra y aún otra más, tengo mi memoria que casi no conoce olvido, mi diario de campo, aunque a veces todo parece haber sido un sueño, un delirio, sin embargo, lúcidos después del retorno, sabemos que toda ausencia busca refugio alrededor de las mismas realidades abandonadas, sin obligación el creyente en Huentiaio abraza la muerte y con ella, sobre una sombra divina, rumbos del mar se va, al fallecer y para él, las cosas de la realidad bruscamente desaparecen y, a pesar de los susurros del ave, debo relatarle la presencia de la quila, la murra, la mosqueta, el pasto ballica, el trébol de enanas flores azules, margaritas blancas desparramadas en la vastedad de la pradera y aquí no acaba el relato, ahí están el panguí, la chilla, la huiña, el chingue, el ratoncito lanoso y de los emplumados, el churrín, el fío fío, el chucaco y el huet huet y, el difunto, en ese instante me hace callar, es 1° de noviembre, ya llegan los parientes con

muday, con chicha de manzana, de arveja, miltrines, carne de oveja vieja, tabaco y ramos de ordinarias flores porque las tierras erosionadas de los indígenas ya no pueden parir una belleza grandiosa y colorida, aún así, aquí nada se marchita, la vida y la muerte retornan eternamente y ahí yo, en el atardecer, entre las sepulturas, tendido boca arriba bajo la lluvia, azotado por el viento, por la boca me salen sueños y por los ojos me salen los ramajes espinosos del latúe<sup>46</sup> y por las manos sangre y, en el cuajarón de sangre transparentada y sus profundidades, el viento despliega la vasta envergadura de sus alas eternas y todo mi cuerpo se llena con esa cosa horripilante que hay en el viento y que está en el hombre también: el espíritu de la muerte.

Ahora, salto sobre los charcos y dejo mis huellas tibias en el barro oloroso, corro tras las palabras que todo no lo dicen y, una vez más, intento relatar mi propuesta antes que el mundo acabe. No olvidemos ninguna tragedia. Mientras el tañido desgarrado de nuestra conciencia sea un sonido real, la tarea del antropólogo debe continuar<sup>47</sup>. La búsqueda de las ausencias no debe ser abandonada.

Entonces, distante de aquí, en otra tierra, diferente, de territorios inmensos, repleta toda de manzanos floridos de flores blancas y rosadas, en cuyos ramajes se refugia el gorrión de la persecución humana porque allí pareciera ya no haber sitio para los animales (el panda blanquinegro, entero, tierno, se esconde temeroso en la frágil floresta de bambú), un hombre, ya no hombre sino un líder, anduvo durante años persiguiendo una libertad que no estaba en ninguna parte porque la libertad es todavía, un poema de Paul Eluard<sup>48</sup>. Sin embargo, después de alzarse con el poder y todo su ser, todos nosotros, de todas las tierras, pudimos escuchar la voz de Mao Tse Tung: *yo creo que la situación internacional, ha llegado a un momento decisivo. Existen ahora dos vientos en el mundo: el viento del Este y el viento del Oeste*<sup>49</sup>. Mao, de manera maniqueísta, opone dos fuerzas que se desplazan en direcciones opuestas, en sentido contrario. Mas, el viento es una bestia universal que no conoce dirección y corre, Mao, desde todas las profundidades, en todos los sentidos posibles, ¡Mirad desde vuestra tumba la rosa de los vientos apuntando en todas las direcciones de la tierra y el universo! ¡Mirad la veleta que es un solo destello de luz al girar en lo alto de la torre!

*¡Dios ha muerto!*<sup>50</sup>. *El hombre está enfermo*<sup>51</sup>. La voluntad de la nada, el nihilismo, está aquí. Somos nosotros, los nihilistas, todos nosotros, que el domingo creemos en Dios, que hacemos uso de las diversiones masivas, del tiempo libre organizado por los otros, para no ser devorados por el horroroso aburrimiento de una vida que no quiere nada<sup>52</sup>. Consecuencia de una falsa interpretación acerca de la existencia humana, la bestia milenaria, cobra tremenda forma e intenso movimiento, viva emerge desde los cañaverales de la mentira y, en nuestra realidad, nos atemoriza y desgarrar por entero. Aquí, en un mundo miserable, el nihilismo no es consecuencia de la miseria. La miseria no impugna nada. Sólo en la interpretación concreta, cristiana acerca de la existencia humana, descansa el nihilismo<sup>53</sup>. Aquí, *la locura de milenios es la interpretación idealista del hombre y del mundo*<sup>54</sup>. El nihilismo significa que, *los valores supremos han perdido su crédito /.../ falta el fin /.../ falta la contestación al por qué*<sup>55</sup>. Así, *el universo nos parece desvalorizado, falto de sentido*<sup>56</sup>. Tal carencia es consecuencia del desplazamiento del centro de gravedad, que ya no está en la vida, sino en el más allá, en la nada y se le ha hurtado a la vida carácter de centro de gravedad<sup>57</sup>. Entonces, *ese odio contra lo humano, más aún, contra lo animal, contra lo material, esa repugnancia ante los sentidos, ante la razón misma, el miedo a la felicidad y a la belleza, ese anhelo de apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo, anhelo mismo –¡todo eso significa, atrevámonos a comprenderlo–, una voluntad de la nada, una aversión contra la vida, un rechazo de los presupuestos más fundamentales de la vida, pero es, y no deja de ser, una voluntad...!* *Y repitiendo al final lo que dije al principio: el hombre prefiere querer la nada a no querer...*<sup>58</sup> En este atardecer frío y lluvioso, bajo cuyo amparo creamos, lentamente, nuestra propuesta, Nietzsche nos acompaña y mientras escribo, puedo verle calentar sus manos, *incomparablemente bellas y notablemente formadas*<sup>59</sup>, en la estufilla que también entrega calor a mi cuarto. Desde el pasado se desprende su voz y se nos anticipa y dice, *la humanidad no representa una evolución hacia algo mejor, o más fuerte, o más alto, al modo como hoy se cree eso /.../ el progreso es meramente una idea moderna, es decir, una idea falsa*<sup>60</sup>. En este instante, asoma frente a nuestros ojos, cuando la misma lluvia de siglos cae otra vez sobre la ciudad, la tremenda fuerza del mensaje del solitario de Sils-María y ya no de él, las palabras dicen *la vida misma es para mí instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de po-*

*der: donde falta la voluntad de poder hay decadencia /.../ y a todos los valores supremos de la humanidad les falta esa voluntad*<sup>61</sup>. La consecuencia es que, *son valores de decadencia, valores nihilistas los que, con los nombres más santos, ejercen el dominio*<sup>62</sup>. Así, sólo los valores superiores son eternos y, por consiguiente, realmente reales<sup>63</sup>. ¡Mirad! ¡De estos valores está hecha nuestra realidad total, nuestra realidad eterna, la real realidad que rodea a los estilos de vida y al antropólogo!

Ahora, abandonamos el manicomio de Basilea y dejamos allí, al viajero y sus frascos de cloral, sus panecillos, el té y toda la soledad del hombre al transitar su ocaso, intentando ascender. Entonces, *el que la propia vida de Nietzsche atravesara las estaciones y transformaciones que exigía para el hombre en general, revela solamente que su pensamiento era un pensamiento serio y que le obligaba a él mismo*<sup>64</sup>. Nos obliga, a pesar de todo dolor.

Entonces, ¿qué hay en los vientos, Mao Tse Tung? Ustedes, todos aquellos que se parecen a Mao, incluso los otros, los que aborrecen a Mao, ¿qué hay en los vientos? No me contestes Mao, permanece en silencio, acomódate en tu tumba y escucha con atención, como si escucharas el destello de la vida toda percedera arrastrándose entre las sombras que te rodean. Los otros, dejen por un momento sus afanes y oficios de muerte, en silencio sobre los muros de la noche, permanezcan los fusiles, callen y también escuchen: en los inconmensurables vientos hay una imagen poética. Bien saben ustedes que estas imágenes poéticas, poseen autenticidad, constituyen una realidad objetiva y nos dicen algo sobre el mundo y ese algo, aunque parezca disparatado, nos revela de veras lo que somos<sup>65</sup>. Imagen que brota en la vastedad antigua del poeta, el creador de la verdad<sup>66</sup>. Poeta, *aquel cuya poiesis se orienta a la verdad originaria, al comienzo de una nueva comprensión del universo*<sup>67</sup>. Así, la imagen poética de los vientos soplando por toda la realidad, nos relata la representación de una fuerza, profundamente real. Los vientos todos, representan el espíritu de la muerte, es thanatos, esa es la fuerza y ella, con su presencia nos señala que el nihilismo, está aquí, ahora. Los vientos soplan en todo el universo, en la tierra y sus realidades: entre ellas, el hombre y sus estilos de vida.

En el amanecer, desde la densa neblina, surge mi rostro y todo mi cuerpo entumecido por la escarcha, la misma caparazón transparente, donde, todos los días del invierno, la realidad, por un instante, permanece atrapada y aquella prisión sólo es desgarrada por el manotazo de las llamas de los trozos de ulmo ardiendo con furia. Deshecha en vapores tenues, la escarcha añolorida aúlla y asustados, los queltehues y las bandurrias alzan el vuelo desde las praderas cubiertas de blanco. La realidad libertada, se pone en movimiento. La hembra que encendió el fuego, entre las penumbras de la cocina fogón, busca refugio en la profundidad gris del silencio. Mi rostro pronuncia su nombre y su nombre, Cristina, se pierde entre el crepitar de los leños. Cuando aquí, en Cuinco, se levantan las gotas de rocío, toda ciudad queda distante y todo regreso a ella es incierto. El antropólogo, es el peregrino delirante, resquebrajado por los itinerarios de la búsqueda demencial de la otredad. El hombre vence al nihilismo. Sin embargo, de nuevo en la ciudad, aún no encuentro, en las panaderías, la misma fragancia que tenía tu pan. También (esto debes saberlo), ninguna de las muchachas ciudadinas que ahora he conocido, lleva consigo el mismo olor azumagado de tu cuerpo azotado por las lluvias y el abandono. Ahora puedes mirarme, es otro día en Cuinco. La luz es una cosa real. Devienes desde tu refugio y me anuncias la lluvia, para un día de estos y traes otra taza de café Trumao<sup>68</sup> mezclado con higos secos y te vuelves a hundir en las penumbras.

Donde acaba el nihilismo, todavía más profundo en el vacío, más hondo en la ausencia, desde la gota de rocío, bastante cerca de la tierra<sup>69</sup>, alza vuelo mi propuesta: el exilio de la fragancia resquebrajada, debe terminar. Necesario es, para nuestro tiempo, crear una antropología libertaria, porque, *la libertad del hombre creador no puede ser menoscabada por la libertad divina*<sup>70</sup>, tampoco por poder alguno cuyo sustento sea siquiera un trazo desvaído de divinidad. Es hora de regresar a casa, al lar, la tierra: *apaga esa estrella, que espero unos barcos que suben, sonando del sur a mi encuentro y, estrújame soles que hablen de trigales, porque en mi tardanza, se agacha otro entierro, deja que me acueste sobre tu hombro grave, triza mi memoria con un gesto tierno, téjeme una espera con muelles y mares, y volcanes vivos, y árboles secretos y pídele al mapa que te cuente un rumbo para que podamos morir de regreso*<sup>71</sup> El rocío es inmutable al azote de los vientos.

## LA OBSCURIDAD DE LA LUZ

La realidad que revela la poesía y que aparece detrás del lenguaje -esa realidad visible sólo por la anulación del lenguaje en que consiste la operación poética- es literalmente insoportable y enloquecedora. Al mismo tiempo, sin la visión de esa realidad ni el hombre es hombre ni el lenguaje es lenguaje. La poesía nos alimenta y nos aniquila, nos da la palabra y nos condena al silencio. *Octavio Paz*<sup>72</sup>.

La casa, en el borde de la profunda quebrada donde el renoval es todavía un sotobosque bajo y no muy denso, entera es de madera, de ancha tabla traslapada, techo de tejuelas de alerce de la cordillera costina, labradas hace muchos años, en una vega junto al río Contaco, después de bajar los hombros, desde los altos alerzales, los inmensos troncos en biloche<sup>73</sup>, no lejos de aquí, de Cuinco, sin ventanas la casa y distante de la luz del sol, entera la casa poseída por las obscuridades propias de todo lugar distante. Entre las penumbras, en el vacío, en una esquina, la vieja estufa encendida sólo durante algunas horas del día y el brasero de latón grueso, grande y redondo, en el centro del cuarto, siempre repleto de brasas de ulmo delirante y durante horas, dormito en la payasa, puesta sobre una tarima de madera junto al brasero, tendido entre cueros de oveja, a veces, como en un ensueño, escucho los alaridos de la lluvia desgarrada por el viento que viene del mar y me levanto, bebo un trago largo de vino tinto, grueso y oloroso, desde la puerta entreabierta, a la distancia, sólo puedo ver la luz tenue de las velas encendidas a los difuntos del cementerio y sus casas pequeñas en lo alto de la colina. Me acerco, nuevamente al brasero y la cocina, repleta de obscuridades y penumbras desgarradas, pareciera estar vacía, sin embargo, en ella, el estilo de vida de los costinos, otorga, en referencia al vacío, a cada realidad, un lugar en el mundo. Algunas bancas de madera alrededor de la estufa y el brasero, el molino de larga manija donde la hembra muele el trigo, desde clavos de ancha cabeza puestos en hilera pende la ropa añeja y entumecida, y junto a la tarima donde duermo, enfrentando la estufa, en la cual, hierve incesante el agua de vertiente en una tetera, en una olla, una mesa cubierta de utensilios de aluminio y ollones de fierro fundido y bajo ella, una caja donde se guardan los abarrotes. Vuelvo a beber vino y alguien, enciende una vela y junto a esa nueva claridad frágil, emerge a este mundo, también desde el vacío, el rostro de Belarmino Antiñir.

En la cocina de su casa, el vacío es una cosa real. Se manifiesta en la carencia de luz. Sombras penumbras y obscuridades hacen el vacío. Es la ausencia de claridad. Belarmino Antiñir no necesita de ella, porque heredó de sus antepasados, guerreros cuncos, el plano que permite ordenar la realidad, desde el otro lado del espejo, desde la ausencia, el vacío. Nosotros, antropólogos peregrinos, que vemos el mundo y sus realidades desde la perspectiva de la claridad, poder descubrir ese otro mundo, obliga al giro, al cambio y con el transcurrir del tiempo, después de habitar durante muchos días en aquella cocina costeña, en el sur, sabemos el lugar de cada cosa que manifiesta su ser y significado en la realidad, la presencia creadora del hombre, de los estilos de vida.

Vacío es una extraña palabra. Todavía más extraño es el propio vacío. Aquí, la ausencia que sólo es la otra faz de la presencia. Entonces, lo que es, lo que no es, lo hacen ser. Se extiende, por un lado, infinitamente, lejos del átomo y, por el otro, infinitamente, lejos las constelaciones. Allí, en alguna parte del recorrido fantástico, el estilo de vida, la única creación del hombre, realidad descubierta con el advenimiento de la antropología y el retorno de hombres ya no hombres, sino antropólogos, nosotros mismos. El vacío, también buscó refugio en los estilos de vida y la obscuridad de la luz, las pulsaciones del vacío, genera las diferencias y similitudes. En el mundo de Antiñir, el vacío es el escenario de la creación, sin embargo, para nosotros, es destrucción.

Madre, durante años, ella, la realidad cristiana, estuvo horadando túneles y galerías, concertando la unión tremenda de los vacíos naturales, dispersos de manera rigurosa sobre un mapa que soy yo mismo y durante años, sin que pudiera yo darme cuenta cabal de aquel trabajo silencioso, repleto de misterio y ciertamente mágico, vino ese instante horroroso donde la realidad me penetró entero. A medida que pasaba el tiempo, la realidad necesitaba de más vacíos donde esconder los tesoros arrancados a la eternidad y cuando yo, no pude entregarle nuevos vacíos, porque otro más me transformaba en nada más que polvo oloroso disperso en el viento, en ese instante, el abrazo nihilista y luego, la caída, la decadencia y la vida miserable. El abandono, como Nietzsche lo entendía, *los sepultureros contraen enfermedades a fuerza de cavar. Bajo viejos escombros descansan vapores malsanos. No se debe remover el lodo. Se*

*debe vivir sobre las montañas*<sup>74</sup>. No quiero ser polvo en el viento, tampoco un antropólogo nihilista. Sin embargo, el lindero del nihilismo, posee un instante que sólo es un vacío. Madre, quise arrastrarme fuera de él, pretendí también, mantener centrada mi mente, pero no pude y el vacío creció, todo lo llenó. Cuando mi mente se resquebrajó en fragmentos informes, mi voluntad le perteneció. Aquel esfuerzo de años, que pretendió derrotar el vacío nihilista, fue inútil y un día, próxima la muerte, la visión me desgarró por entero, *cuando uno se duerme en el vacío, permitiéndose dejar llevar por la corriente, se encuentra con cosas sorprendentemente nuevas*<sup>75</sup>. Una de aquellas cosas nuevas, además del plumaje del pájaro, fue comprender que el camino de salida, el derrotero hacia la gota de rocío, hacia la etnografía lárca, la antropología de las ausencias, antropología libertaria, cruza los vacíos y se hunde, profundo en dirección de la tierra. Entonces, el vacío se transforma en vacío fértil. Aquí, el vacío es vacío, pero no está vacío, *es un caos lleno de posibilidades*<sup>76</sup>. Una de ellas, es el retorno a la tierra, al lar y la superación del hombre, de aquel hombre que se hunde en su ocaso y el otro, transvalorado, que asciende hacia el mediodía<sup>77</sup> porque, *el camino hacia el día es a través de la noche*<sup>78</sup>. Es necesario cruzar sin tropiezo el piso de la cocina de tierra de Belarmino Antiñir y rodar gritando, por la colina desforestada que comienza a ser erosionada por la lluvia y los vientos, los mismos vientos de siempre, vientos de muerte cabalgando sobre el nihilismo.

Vacío es un trazo, aparentemente transparente, de la eternidad, nunca la misma eternidad, a pesar de ser eterno. Como todas las realidades, el devenir de mi existencia será el vacío porque en otro tiempo, mi existencia ya fue un vacío. Entre aquellos vacíos, un instante: esa es mi eternidad, mi libertad.

## LA RESTITUCION DEL APOCALIPSIS

En algún apartado rincón del universo vertido centelleantemente en innumerales sistemas solares, hubo una vez una estrella en la que unos animales inteligentes descubrieron el conocimiento. Fue el minuto más arrogante y más falaz de la 'la historia universal': de todos modos sólo fue un minuto. Tras unas pocas aspiraciones de la naturaleza, la estrella se enfrió y los animales inteligentes tuvieron que morir. Alguien podría inventar una fábula similar y, sin embargo, no habría demostrado de un modo satisfactorio hasta qué punto el intelecto humano constituye, en la naturaleza, una excepción lamentable, vaga fugitiva, inútil y arbitraria. Hubo eternidades en las que él

no existía; si vuelve a desaparecer no habrá pasado nada. En efecto, el intelecto en cuestión no tiene otra misión más amplia que trascienda la vida humana. Es simplemente humano y sólo su poseedor y su productor se lo toman tan patéticamente como si los goznes del mundo giraran sobre él. *Friedrich Nietzsche*<sup>79</sup>.

La soledad es real. No hay nadie más en el bosque y después de ser arrancada por los vientos, el movimiento de la hoja rasgando el aire al hundirse en las marismas y charcos de la muerte, es algo parecido a ella. Aquel atardecer de lluvia, en la selva olorosa, toda encaramada en las alturas inmensas y reales de la cordillera costina, tendido sobre las hojarascas putrefactas y el musgo siempre verde, pude escuchar, atemorizado, el susurro del tiempo arrastrándose entre las penumbras del bosque, asustando al traro carroñero que alzó vuelo al desplegar su itinerario vasto en la obscuridad y en ese instante, el araño artero de la eternidad rasgó el claro rostro del olvido y desde profundidades inconclusas, afloró mi llanto desconsolado y los recuerdos de años, rodaron por la espesura. Allí, la soledad. Aquello, el trazo tremendo del silencio, la estela opaca de nuestra mano rota al hundirse en la soledad de los estilos de vida, es la soledad: *creo que la soledad es un atributo del hombre, especialmente de esa especie de hombre que se ha dado en llamar antropólogo [...] cuando hablo de antropólogo estoy pensando en el superhombre nietzscheano, es decir, también algo que debemos superar [...] creo que la soledad es el escenario bajo el cual los hombres se encuentran. Sobre todo los hombres diferentes: el antropólogo y su informante, Juan Carlos Olivares y Arcadio Yefi. Sólo bajo este escenario se producen encuentros fecundos*<sup>80</sup>. Aquello, la fugaz sombra que se acerca temerosa, al encuentro con la nueva realidad por descubrir, el forastero y sus derroteros de peregrino, motivado por la soledad, a una búsqueda demencial que sólo terminará con la muerte, es el antropólogo: *lo sale uno a encontrar, le habla con todo respeto y cualquier favor que se le pueda hacer, hay que servirle a ese cristiano, porque, anda muy lejos de sus partes en donde él vive, de donde nació, donde se crió. Entonces, uno tiene que ser bueno con esas personas, porque esas personas andan entristecidas de su alejada parte de donde vienen [...] y hay personas que no los quieren ver, porque dicen, a éste no lo conozco [...] y todos son hijos de Dios [...] uno tiene que tratar de ayudar, de ayudarse unos con otros y entonces, si usted no me ayudara, en ninguna parte me conversara [...] usted sabe que con la misma vara que mide, será medido [...] dice Dios, entonces eso es opinión mía*<sup>81</sup>.

Busco, entonces, estilos de vida y aquella vez, en Butahuillimapu, el encuentro sólo fue el principio de la visión: ahí, el viento cercenando los ramajes frondosos de la lluvia, el musgo trepando por la madera para colgar sus sueños en el blanco tendido de la araña vagabunda, el murciélago ciego con su pelaje de tonalidades cobrizas, murmura, en lo alto del campanario de la Misión, el catecismo dominical que sólo él, escucha ahí la abuela, que por las mañanas, peina su cabellera con escarchas y amoníaco, también el grito, que navega en los rastros claros de la noche, después de arrastrarse por la garganta de la mujer que se desnudó entre los cañaverales, para retener al forastero, el cuajarón de sangre que se desmorona por los intestinos del apuñalado de la fiesta, durante el año, por todas esperada, los ojos cálidos del brujo Alcafuz, titilando, en la noche que muchos parecen temer, el crepitar del úlmo seco en el fogón anclado en los párpados del atardecer, también, un caballo, herido por las moras, al galope, cruza la pradera erosionada y, por las mañanas, un arcoiris se desprende cuando un picafloreano picotea los ojos del aguacero, el antropólogo ebrio, orina entre las tumbas del cementerio, el viento carajo que viene del mar, descerrajó los nidos y una bandada de pájaros voló en dirección del sur, la flor del latúe se alimenta con el aroma de los difuntos. Aquí, en las calabazas colgadas bajo el techo del corredor, duerme la primavera y, por las tardes, los olorosos hongos de los pinares, en una sartén, se fríen en manteca de cerdo. Aquí, el silencio se parece demasiado a las espigas de la avena moviéndose con el viento de la madrugada. Aquí, el sueño me alcanzó entre los laberintos de la eternidad. Entonces, la muerte. La abuela paterna de Arcadio Yefi, había sido mapuche: *la abuelita mía fue de la picuntá, de allá, de los mapuches*. En uno de sus muchos viajes al norte, el abuelo Fermín, de regreso a Huacamapu, le había traído consigo, después de haberla raptado y ella, entregada a la soledad, se transformó y luego, después de años, cuando los suyos vinieron a buscarla, no se quiso marchar y un día, abandonó el mundo, tal como lo hacía, al morir, cada costino: *Mi abuelita, murió por aquí, murió por enfermedad. Era muy conocida la abuelita. Cuando falleció se pasaron de 250 personas en el funeral. Está sepultá aquí /.../ los velatorios aquí, en estas partes del sur, se velan y se da de comer en la noche, se da de comer, se dan presas, carnes, si hay harina, se da harina y si en caso hay chichita, también se da. Se le da comida a la gente y la chicha no es para curadera, así no más, sus corriditas. Toda la gente está al respeto, mirando el cadáver que se encuentra ahí.*

*Después de tres noches, se saca al parque y se le instala en el cementerio de Cuinco /.../ se hace un hoyo, con una pala /.../ de un metro para adelante /.../ antes, en los tiempos muy antiguos, ahí, le ponían bastimentos, troquín se llamaba, en lengua /.../ hoy día, cuando murió mi mamá, hace poco falleció ella y la pusieron con zapatos /.../ los hijos no quisieron dejarlos /.../ los pusieron en el ataúd /.../ son cosas que parecen ya están de más, o sea que, zapatos, sombreros y sombreros buenos, ¡no! Yo, por eso, le digo a mis hijos que no, que no me pongan nada de sombrero, de ninguna cosa, que todo quede para los hijos, pueden tener utilidad /.../ así es la vida por aquí.*

Como la abuela y la madre de Arcadio Yefi, abandonaré el mundo. Sin saberlo, entraré en la tierra y le dejaré a los descomponedores, la tarea fatigosa de transformar la muerte en el canto triste del chucao, en la alegría del escarabajo negro que retoza con la gota de rocío que se escurre desde la flor trompetera del chamico, en la sangre hedionda que mana, desde las tinieblas del abandono, en los nudos del tiempo rastrero que se desploma al vacío cuando el invierno sacude sus alas, en la abeja atragantada con el polen de la flor blanca del úlmo y cuando retorne a éste mundo, será a lo mismo: a la soledad que me convirtió en antropólogo, al ocaso después de vencer al nihilismo. Sin embargo, aquello tampoco lo sabré. Entonces nada habrá pasado.

#### DEDICADO

Dedicado a quienes mostraron los derroteros del ocaso: Friedrich, Arcadio, Daniel. También recordamos a Peter Stump, víctima de la Inquisición en 1590, ejecutado por licantrópía.

#### AGRADECIDO DE

Personajes que se atrevieron a comentar pasajes de este escrito. Mi tremendo amigo, Fernando Arnello V., alumno de Licenciatura en Antropología, Universidad de Chile, fue uno de ellos. También, Carolina Botto B., Luis Cornejo B. y Francisco Gallardo I. del Museo Chileno de Arte Precolombino, Teresa Montecinos, alumna de Licenciatura en Antropología, Universidad de Chile, Nuriluz Hermosilla O. del Museo Sociedad Fonck, en Viña del Mar y, a mi maestro y guía, Black Bird Crow.

## NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- <sup>1</sup> DUVIGNAUD, J. *El lenguaje perdido: ensayo sobre la diferencia antropológica*, México, Siglo XXI, p. 152, 1977.
- <sup>2</sup> Nietzsche, F. *Aurora*, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, p. 7, 1967.
- <sup>3</sup> OLIVARES, J. C. Prácticas alucinógenas entre los moradores de la Cordillera de la Costa, *Boletín Museo Mapuche Cañete*, 1: 39-52, 1985b.
- <sup>4</sup> Id. nota 2, p. 7.
- <sup>5</sup> Id. nota 3, p. 49.
- <sup>6</sup> CONKLIN, H. Etnografía, en Llobera, J., (ed.), *La antropología como ciencia*, Barcelona, Anagrama, pp. 153-163, 1975.
- <sup>7</sup> MALINOWSKI, B. *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Península, p. 34, 1975.
- <sup>8</sup> Id. nota 3, p. 49.
- <sup>9</sup> Id. nota 7, p. 21.
- <sup>10</sup> Id. nota 1, p. 153.
- <sup>11</sup> Id. nota 1, p. 153.
- <sup>12</sup> TEILLIER, J. *Muertes y maravillas*, Santiago, Universitaria, p. 14, 1971.
- <sup>13</sup> Id. nota 12, p. 17.
- <sup>14</sup> Id. nota 3, p. 49.
- <sup>15</sup> Comentario de Teresa Montecinos a un trabajo de Olivares, J.C., que lleva por título, El nacimiento de la etnografía lárca, Santiago, 1986, mecanografiado.
- <sup>16</sup> Id. nota 12, p. 85.
- <sup>17</sup> Comentario de Daniel Quiroz a un trabajo de Olivares, 1986 (ver nota 15).
- <sup>18</sup> Id. nota 17.
- <sup>19</sup> Id. nota 17.
- <sup>20</sup> Id. nota 15.
- <sup>21</sup> GARCIA LORCA, F. *Cantos Nuevos*.
- <sup>22</sup> Id. nota 1, p. 124.
- <sup>23</sup> NIETZSCHE, F. *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza, p. 139, 1975.
- <sup>24</sup> Id. nota 23, p. 139.
- <sup>25</sup> VAN DUSEN, W. Wu wei, No-Mente y el vacío fértil, en: Stevens, J., (ed.), *Esto es Gestalt*, Santiago, Cuatro Vientos Editorial, pp. 91-97, 1978.
- <sup>26</sup> Id. nota 1, p. 51.
- <sup>27</sup> GUSINDE, M. *Expedición a la Tierra del Fuego*, Santiago, Universitaria, p. 28, 1980.
- <sup>28</sup> Id. nota 27, p. 47.
- <sup>29</sup> Id. nota 27, p. 47.
- <sup>30</sup> Id. nota 27, p. 28.
- <sup>31</sup> Id. nota 7, p. 34.
- <sup>32</sup> Id. nota 7, p. 26.
- <sup>33</sup> Id. nota 27, p. 66.
- <sup>34</sup> Id. nota 1, p. 150.
- <sup>35</sup> Id. nota 1, p. 157.
- <sup>36</sup> PAZ, O. *El laberinto de la soledad*, México, F.C.E., p. 175, 1950.
- <sup>37</sup> Id. nota 36, p. 175.
- <sup>38</sup> Id. nota 27, p. 131.
- <sup>39</sup> Id. nota 27, p. 79.
- <sup>40</sup> Id. nota 7, p. 25.
- <sup>41</sup> Citados por Van Dusen, W. Id. nota 25, p. 91.
- <sup>42</sup> Id. nota 41, p. 91.

- <sup>43</sup> Id. nota 1, p. 153.
- <sup>44</sup> FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, p. 374, 1984.
- <sup>45</sup> Sobre Huentiaio, ver Foerster (1985).
- <sup>46</sup> Sobre el latúe (*Latua pubiflora*), ver Olivares (1985).
- <sup>47</sup> Sobre la tarea del antropólogo, ver Olivares (1985).
- <sup>48</sup> QUIÑONES, G. (ed.), *Poesía Combatiente*, Santiago, Quimantú, p.199, 1973.
- <sup>49</sup> USCATESCU, G. *Proceso al humanismo*, Madrid, Guadarrama, p.86, 1968.
- <sup>50</sup> NIETZSCHE, F. *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, p.34, 1978.
- <sup>51</sup> ZAVATER, F. (ed.) *Inventario*, (Textos de Nietzsche), Madrid, Taurus, p. 49, 1973.
- <sup>52</sup> FINK, E. *La Filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza, p.78, 1979.
- <sup>53</sup> Id. nota 51, p. 132.
- <sup>54</sup> Id. nota 52, p. 87.
- <sup>55</sup> Id. nota 51, p. 132.
- <sup>56</sup> Id. nota 51, p. 133.
- <sup>57</sup> NIETZSCHE, F. *El anticristo*, Madrid, Alianza, p. 74, 1979.
- <sup>58</sup> NIETZSCHE, F. *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, pp. 185,186, 1980.
- <sup>59</sup> SANCHEZ, A. Introducción, en: Nietzsche, F., 1978, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, p. 13, 1978.
- <sup>60</sup> Id. nota 57, p. 29.
- <sup>61</sup> Id. nota 57, p. 30.
- <sup>62</sup> Id. nota 57, p. 30.
- <sup>63</sup> MARCUSE, H. Citado por Uscatescu, G., Id. nota 49, p. 90.
- <sup>64</sup> Id. nota 52, pp. 85-86.
- <sup>65</sup> PAZ, O. *El arco y la lira*, México, F.C.E., pp. 107-108, 1972.
- <sup>66</sup> Id. nota 52, p. 73.
- <sup>67</sup> Id. nota 52, p. 73.
- <sup>68</sup> El café Trumao es un sucedáneo del café, fabricado en el pueblo de Trumao (Provincia de Osorno, X Región), en base a la cebada y se bebe, preferentemente, como infusión, por la mañana. Para mejorar el sabor, se le agregan higos secos y molidos.
- <sup>69</sup> Sobre el concepto de tierra en Nietzsche, ver Fink, (1979), Id. nota 52.
- <sup>70</sup> Id. nota 52, p. 89.
- <sup>71</sup> MANNS, P. Concierto de Trez Vella, en: *La muerte no va conmigo*, Santiago, ALC 503, 1985.
- <sup>72</sup> PAZ, O. *El mono gramático*, Barcelona, Seix Barral, p. 113, 1974.
- <sup>73</sup> El biloche es una carreta de madera a medio labrar, sin ruedas y que se utiliza para arrastrar, con ayuda de tracción animal, los troncos ya talados, limpios y sin ramajes, hacia lugares planos, donde se podrá continuar con la faena de hacer leña.
- <sup>74</sup> Id. nota 50, p. 261.
- <sup>75</sup> Id. nota 25, p. 95.
- <sup>76</sup> Id. nota 25, pp. 96-97.
- <sup>77</sup> Id. nota 50, pp. 31-46.
- <sup>78</sup> Id. nota 25, p. 96.
- <sup>79</sup> NIETZSCHE, F. *El libro del filósofo*, Madrid, Taurus, p. 85, 1974.
- <sup>80</sup> QUIROZ LARREA, D. Carta del 16 de mayo, año de 1986.
- <sup>81</sup> OLIVARES, J. C. Un encuentro con Arcadio Yefi Melillanca: bajo la hojarasca estaba la gota de rocío, *Boletín Museo Mapuche Cañete*, 1: 19-27, 1985a.

## UN ENCUENTRO CON ARCADIO YEFI MELILLANCA. BAJO LA HOJARASCA ESTABA LA GOTA DE ROCIO

### PRESENTACION

Con el uso de una nueva forma de relato etnográfico, todavía sin nombre, este trabajo antropológico pretende entregar un homenaje a los costinos, la gente que vive en el área de San Juan de la Costa (Provincia de Osorno, X Región, Chile), en la persona de Arcadio Yefi Melillanca, un hombre que antes de nacer, nunca había estado en una guerra, sin embargo, el era un vencido y tiene una historia que relatar y dibujar para el antropólogo cuyo nombre es *heredero del mito de la gota de rocío*.

### ¿DE QUIEN ES LA VOZ QUE SUSURRA ENTRE LAS HOJARASCAS DESCOLORIDAS?

Después que el traro carancho, pájaro peregrino mensajero mesiánico de los mares, rasgó el aire de la costa y el vientre de las cordilleras divinas con sus garras agoreras, arrancando de sus cloacas a los sueños derruidos de todos los habitantes del pueblo ferrocarrilero de Trumag y todas sus comarcas y confines atiborrados de secretos, los pobladores se quedaron con la ausencia tremenda de las épocas pretéritas, las eras cercanas a la fundación del pueblo y carecieron de ese fantasma que se construye con los recuerdos, ese necesario animal que permite conciliar las reales realidades con ese otro mundo, mítico y mágico, que el pájaro tremendo se llevó rumbo del océano como ofrenda al Agüclito Huentiao, alimentando su vuelo con latúe y que sólo Arcadio Yefi Melillanca, de Huacamapu, veía pasar entre las lluvias y descifraba sus significados míticos con el código de las esperanzas. No lejos de este suceso sorprendente y misterioso, en los mismos territorios de San Juan de la Costa, en esos ñadis, pantanos, praderas y bosques devastados cercanos a la bendita Misión de Rahue, años antes, una mañana de febrero nació mi madre colorina, en una casa repleta con los olores del campo y a los que ella, agregó su propio y desconocido olor y aquella fragancia nueva se desparramó en el vacío y aplastó los alaridos de la abuela, cansada y aburrída de parir tantos hijos, a pesar de los cuidados solícitos y eficaces de las



comadronas campesinas, esas mujeres silenciosas y arropadas con gruesos chalotes desteñidos por la lluvia, que arrancan hijos de la nada, en aquellas casas cubiertas por el humo espeso de innumerables hierbas en infusión, que desde la cocina invade las enormes piezas repletas con ese mundo de milenios que se depositó en ellas, y en donde los hermanos buscaron refugio, pues mi abuelo les prohibió contemplar ese espectáculo desgarrador, mágico y ciertamente cotidiano.

Nació mi madre en los tiempos en que, el poeta Sergei Essenin, después de haber atravesado el océano, se despedía de este mundo borroso para irse a vivir al reino de los ausentes, cabalgando sobre el lomo de las palabras escritas con su propia sangre, aquellos significados tristes que picotearon los ojos de Isadora Duncan, mientras ella bailaba en el escenario silencioso de las soledades, esas mismas soledades que envolvieron a mi abuelo Guillermo Toledo Vargas, mientras, apoyado en un pilar del largo corredor de la casa patronal, veía caer la lluvia y sentía los pasos de mi madre llegando a este mundo.

Aquella misma mañana, Arcadio Yefi Melillanca buscó refugio entre las llamas de los leños que ardían furiosos en el interior de la cocina fogón y allí, se quedó mirando las rojas guirnalda del fuego y no pudo entender el significado de los resplandores que se desparramaron por el cuarto en penumbras cuando vino el viento a depositar su cargamento de aire sobre las brasas. Después que el viento se marchó, el pequeño Arcadio se tendió en los cueros de oveja que se amontonaban alrededor del fogón y desde allí contempló a su madre que preparaba miltrines en el mortero. Afuera, sobre la vastedad de la Butahuillimapu seguía lloviendo y el agua rodó por la tierra arrastrando las hojarascas descoloridas y sólo en ese momento, Arcadio escuchó ese pequeño susurro que le iba a otorgar distintos y dolorosos sentidos a su vida: la muerte arterial que, al igual que la vida, se arrastraba entre los charcos, bajo las hojarascas descoloridas.

#### ¿DE QUIEN ES LA AUSENCIA QUE GRAZNA EN LA VASTEDAD DE LAS AGUAS?

Antiguamente, en el área de San Juan de la Costa sólo existían las misiones, cuyos orígenes se remontan a las Juntas de Quilacahuín y Osorno, realizadas en el año de 1793, entre españoles e

indígenas. Estas misiones eran los únicos y pequeños centros poblados de la zona. Abarcando todo el territorio de la Butahuillimapu, emergen desde la tierra, los campanarios divinos de las misiones de Cuinco, Rahue, Quilacahuín y San Juan de la Costa y sólo un siglo después, como un recuerdo abandonado que surge nuevamente desde el fondo del olvido, desde el antiguo vado de Cunco, como una de esas ilusiones que se introducen en la mente de un visionario desolado y demente y que después de siglos de amarga espera, se convierte en realidad, en la margen nororiental de esos territorios indígenas, se levanta el pequeño y oloroso pueblo de Trumag, con su calle larga y enripiada que acompaña a la línea del ferrocarril al norte, con sus casas de techos altos y calaminas descoloridas, derruidas por el golpe implacable del viento y la erosión feroz que las aguas le hacen a la madera, casas que en los inviernos crudos, tremendos y terribles, se inundan con la avenida del río y las aguas se introducen por todos los rincones y las gallinas de Isolina Bachman tienen que pasar las noches durmiendo en el respaldo del catre de la viuda, porque ella era viuda, a su marido se lo llevaron las aguas el año 35 y nunca pudo encontrarlo, aunque ella lo buscó por siglos en la inmensidad densa y profunda de las aguas ladronas y no tuvo más consuelo que seguir atendiendo el balseo hacia la orilla norte del Río Bueno, sacar los cerdos en bote por la ventana alta del segundo piso y maldecir a los inviernos que la condenaron a quedarse sola por todas las eternidades, esperando que las aguas bajaran y le devolvieran la compañía de David Carmona, su esposo y amante. Mientras esperaba el milagro que hiciera retornar esa ausencia que grazna en la vastedad de las aguas, devotamente rezaba el Padre Nuestro, el Santo Rosario y el Ave María y encendía velas, en las tardes sin lluvia, en el patio trasero de su casa, junto al río. Velas que había comprado en el almacén de los franceses Iroumme, comerciantes que también vendían coloridos géneros traídos de ultramar, sombreros negros de todos los tipos, zapatos y botas, chaquiras y botoncitos brillantes, enormes cantidades de té empacado en cajitas de metal, azúcar en pancitos livianos y cristalinos, hierba mate en barriles que una vez desocupados, se utilizaban para almacenar grasa o miel y en sacos de arpillera, estaba para la venta, la sal necesaria para conservar los alimentos. La viuda jamás quiso entrar al Restaurant de Crisóstomo Henríquez porque estaba siempre repleto de borrachos, la mayoría de ellos eran indígenas que desde lejanas comarcas habían venido de compras y porque los afuerinos que vinieron a las cosechas, lograban perturbarla con aquellas mi-

radas cálidas, repletas de ausencias como las de ella. Por eso, en los veranos secos y calurosos, mientras no esperaba el retorno de su esposo, mientras no rezaba para apurar ese retorno, mientras no atendía el balseo, se marchaba a la Central de Teléfonos, atendida por las solteronas Martínez, mujeres que murieron sin conocer los delirios que un hombre puede entregar cuando la madrugada lanza su zarpazo de escarchas, desgarrando la piel de los solitarios y se quedaba allí, en un rincón, conversando durante horas. Sin embargo, la viuda Isolina Bachmann no sabía que en el otro extremo de la Butahuillimapu, en Huacamapu, pequeña comarca de colinas bajas y bosque recién abierto, el joven Arcadio Yefi Melillanca, participaba en el lepún de ese año, conmemoración que reunió a gente del lugar y de los sectores vecinos, como son Cuinco, Popoen, Punique, Puniquil, Puaucho y Los Hualles y que, finalizaba con el huichalestro, en el cual, según el decir de Arcadio, *los participantes, andan vuelta y vuelta, es muy bonito, hacen las formas de unas varas, redondo y alrededor de ellas bailan /.../ van dando vueltas alrededor de las varas /.../ varitas plantadas para que no entre la gente adentro, donde está el machi /.../ se baila de a dos /.../ por la parte de adentro van las mujeres y por afuera van los hombres /.../ van de dos por corrida, mujer y hombre.*

Después de tres días intensos, cuando todos se marchaban de Huacamapu, llegaron las negras nubes del cielo y el viento helado y luego vino la lluvia y todas las otras lluvias y esas benditas aguas terminaron con el verano y la sequía que había traído tanto daño a los costinos. Durante semanas, Arcadio Yefi Melillanca soñó con un invierno crudo y terrible y sintió temor e Isolina Bachmann se hundió en aquel sueño sin poder escapar de la maldición que la tenía condenada por todas las eternidades a dormir con sus gallinas y soledades mientras su casa navegaba por el río en busca de los ausentes y sus recuerdos. Arcadio Yefi Melillanca nunca pudo olvidar el invierno de 1940, tampoco mi abuelo y mi madre.

#### ¿DE QUIEN ES LA VOZ QUE CLAMA BAJO LA GOTA DE ROCIO?

Llovía sobre toda la tierra del sur cuando llegué a Cuinco. No había estado nunca en ese lugar tan distante y no conocía a nadie. Más, desde la profundidad de las aguas transparentes vi

aparecer un rostro oscuro, desolado y resquebrajado por los peñascos de las carencias y desde un lugar todavía más profundo, emergieron unas manos enormes en donde el furioso potro de los oficios había estampado durante más de medio siglo sus huellas dolorosas y allí, entre esas manos repletas de sombras, se hundió mi mano delgada y temerosa. En el claro fondo de ese saludo sureño, yacían rotos y desparramados, los significados ausentes en la historia de los costinos y mi propia historia. Desde la parte trasera de los tiempos aletearon sus ojos pequeños y taladraron todo el silencio que separa a los hombres y taladraron también, la arquitectura rígida y misteriosa de los estilos de vida, que luchan por imponerse, los unos a los otros y comencé a sentir como mi propio estilo de vida, terminaba por derrumbarse y pude escuchar, entre el ruido estrepitoso y ensordecedor, a los queltehues que graznaban pidiendo aún más agua y el tictaqueo de la lluvia sobre el tejado del establo que nos cobijaba y cuando todos estos cantos agoreros volvieron a silenciarse, su voz clamó bajo la gota de rocío y pronunció su nombre: Arcadio Yefi Melillanca.

Yo era un forastero allí y según Arcadio, cuando hay un forastero en Cuinco, *uno lo sale a encontrar, le habla con todo respeto y cualquier favor que se le pueda hacer, hay que servirle a ese cristiano, porque anda muy lejos de sus partes en donde él vive, de dónde nació, donde se crió, entonces uno tiene que ser bueno con esas personas, porque esas personas andan entristecidas de su alejada parte de donde vienen /.../ y hay personas que no lo quieren ver, porque dice, «a éste no lo conozco» /.../ y todos son hijos de Dios /.../ uno tiene que tratar de ayudar, de ayudarse unos con otros y entonces si usted no me ayudara, en ninguna parte me conversara /.../ usted sabe que con la misma vara que mide, será medido /.../ dice Dios /.../ entonces eso es opinión mía /.../ y así, a todos mis hijos yo los aconsejo que nunca saquen risa a ningún caballero, sea pobre o rico, dejenlo y tengan compasión, porque si nosotros tendríamos plata, le daríamos, pero como no tenemos, somos pobres /.../ porque no somos hacendados /.../ aunque nadie es totalmente pobre en la vida /.../ aún tenemos los brazos completos /.../ por eso yo aconsejo mucho a mis chicas, aquí a mis hijas, que se críen bien, hasta mientras yo los acompañe /.../ yo ya tengo 61 años /.../ cuántos años más duraré, eso no lo sé /.../ mi señora se fue, tocó la mala suerte que murió no más, ya con el destino de Dios no hay caso, murió con el cáncer, esa*

*pobre no se pudo salvar l...l quedé solo y hay muchas personas que se ríen cuando uno queda solo y yo nunca pelié con ninguno, nunca saqué risa a nadie, sino que yo traté de ayudar unos con otros l...l por eso me quieren en muchas partes, donde vaya.*

Cuando mi madre nació, Arcadio Yefi Melillanca tenía 6 años de edad y no había estado en guerra ninguna y sin embargo, ya era un vencido y tenía una historia que relatar y para sorpresa nuestra, podía dibujar trozos de esa historia. Hoy en día, su estilo de vida todavía son los escombros de una arquitectura que se derrumbó con los duros y violentos embates de cuatrocientos años de guerra total y cuya derrota, él heredó. Sus antepasados Ñancuchú, Tacaquisto, Naucopillán, Libcoy y otros que se esfumaron en la muerte, defendieron su estilo de vida de los conquistadores españoles; de los evangelizadores, españoles, italianos, alemanes y holandeses; de los que «pacificaron» los territorios indígenas; de mis propios antepasados y de los vuestros, que también estuvieron allí, en la espesura de los tiempos, preparando la emboscada altanera y fatal. Mientras mi madre vivió en Trumag, en los territorios de la Butahuillimapu, yo aún no nacía y sin embargo, la evolución de los estilos de vida nos estaba preparando, a Arcadio y a mí, un encuentro. En aquel entonces nos separaba una remota distancia étnica y cultural y solamente, después de miles de sucesiones e intertemporalidades, nos encontramos, cada uno con sus miserias, derrotas, dolores, ausencias, carencias, recuerdos y soledades porque yo, también soy un vencido y no he participado en guerra ninguna. En aquel tiempo Arcadio tenía 61 años y yo todavía no cumplía los 24 años de edad.

Sin embargo, antes del nacimiento de mi madre, antes que el poeta de aquella lejana aldea muriera atravesado por la pólvora de las soledades y el desamor, antes que mi abuelo Guillermo viera caer la lluvia eterna que gota a gota desmenuzaba la vida de los habitantes del olvidado pueblo de Trumag, antes que Isolina Bachmann perdiera a su marido y se quedara sola, durmiendo con sus gallinas por el capricho de las aguas peregrinas, los escombros del estilo de vida de Arcadio Yefi Melillanca ya se habían encaramado en la espalda luminosa del arcoiris, junto con la gota de rocío que estaba oculta bajo las hojarascas descoloridas y ahora, esperan el retorno del vuelo del traro carancho pájaro peregrino mensajero mesiánico de los mares,

cuyo regreso desde los ojos del Agüelito Huentiao, devolviera a los costinos la enorme y gloriosa arquitectura de su estilo de vida y que hoy, es el único sueño que susurra en los rostros de miles de costinos. ¿Verdaderamente, Arcadio Yefi Melillanca y yo no hemos estado nunca en una guerra?

En Huacamapu, la enorme pradera en donde se realizó el último lepún, en el año de 1968, pareciera estar vacía, sin embargo, el viento transparente no es el único habitante de esas soledades. El recuerdo arranca realidades desde la profundidad verde de aquella pradera azotada por los vientos oceánicos y según Arcadio Yefi Melillanca, *cuando hay lepún, se junta harta gente y ahí se hace llegar un machi, lo que le nombran brujo, machi. Entonces esos hacen lepún, ahí rezan, llaman al Taita Sol, Taita Luna y así l...l eso se hace cuando hay mucha sequía, cuando hay mucha necesidad, hay hambruna, entonces hacen un rogativo l...l dura tres días y entre toda la gente se reúnen las cosas l...l toda la gente hace llegar cosas y lo van a dejar en un altar l...l se hace un altar con todo respeto, se planta un gancho de laurel y ahí el machi en las noches va, toma muday, va y con la boca le tira al laurel l...l de medianoche salen para afuera a consultar para saber lo que va a venir l...l ese que se nombra por adivino, ese hombre sabe, es de conocimiento, tiene su adoración ahí, reza y después cuando se empieza a rogar a Dios, se dice l...l danos de comer, danos trigo, papas, de todo lo que se origina en el mundo l...l hasta co piden, co es el agua, y si no hay agua, hay sequía, se pide co, eso es el agua, la lluvia l...l entonces durante el lepún llueve l...l se ruega a Dios, a Huentiao, caballero del mar, Taita del mar l...l ese es un señor muy poderoso, ese es el que manda el agua, se llama Agüelito Huentiao l...l entonces llueve hasta cuatro o cinco días l...l es bueno Huentiao l...l se le pide ayuda, danos agua l...l tiene poder l...l sólo los machis pueden verlo.* Luego, el estanque turbio de la memoria y los recuerdos deslavados, se enredan en los senderos del sueño y desde Arcadio Yefi Melillanca sólo surge el silencio, silencio que relata el pasado, la anti-güedad, como un tesoro a punto de florecer.

Amigos lectores, les invito a contemplar, con respeto y admiración, algunos de los dibujos de Arcadio Yefi Melillanca. Dos de ellos, relatan la mágica ceremonia denominada lepún. Otro, nos entrega una pequeña visión del huachihue, ceremonia pequeña y profunda, mediante la cual, los viajeros y peregrinos

que van hacia el mar, solicitan el divino permiso del señor de aquellos territorios benditos, con el propósito de llegar hasta el litoral y realizar allí, la captura anual de recursos marinos, necesarios en la dieta de los costinos.

Veán ustedes como de estos dibujos surge la esperanza del retorno de un mundo y un estilo de vida que no se perderá en la obscuridad de los tiempos. Es el deseo profundo de Arcadio y de casi todos los costinos y deseo tan intenso podría dejarnos solos y desolados si no hundimos nuestras manos entre los sueños de los moradores del área de San Juan de la Costa, con el propósito de encontrar allí, nuestro propio deseo: ser herederos del mito de la gota de rocío.

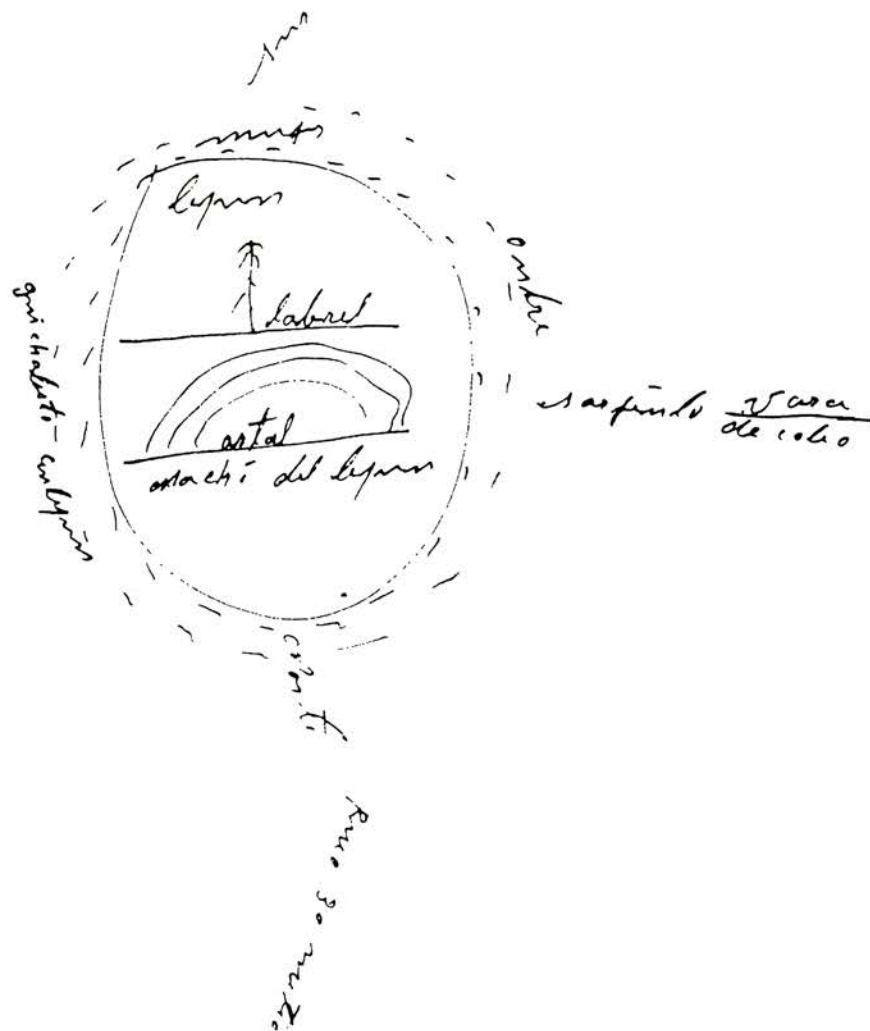


Figura 1. Arcadio Yefi Melillanea dibuja el lepin.

## PRACTICAS ALUCINOGENAS ENTRE LOS MORADORES DE LA CORDILLERA DE LA COSTA

### UNA OBERTURA PARA EL VIEJO FOGONERO DELIRANTE

En las lluviosas noches de junio sobre los andenes vacíos de la Estación de Trumag los viejos fogoneros delirantes esperan entre las sombras de antropólogos extraviados el paso del tren nocturno contando los vagones del silencio rodar en los oscuros rieles de sus sueños.

En esa espera de milenios las maravillas del pasado y los relojes se marcharon con sus profecías mesiánicas y sus horarios peregrinos y los sueños, el albañil implacable construyó un pueblo imaginado donde sólo se detuvieron las plantas vagabundas y entre tanta desolación humana los telegrafistas murieron apuñalados por los recuerdos, y los mensajes se desangraron en silencio bajo el imperio del chamico y otras hierbas malditas.

Y en esa espera el antiguo corazón enfermó de fiebres cardíacas y las almas se quebraron con el peñasco del olvido cayendo en la obscuridad y Juan Floridor Cheuquián y Celinda Yefi buscaron en los vegetales las recetas necesarias para vivir más allá de los siglos prometidos en el reparto de todas las historias que se apolillan sobre los estantes de las bibliotecas pueblerinas arrasadas por la ignorancia.

Inventaron emplastos de huedahue para las ensoñaciones, flor de la piedra para el espasmo del pensamiento, infusión de mahuei para la quebrazón de los recuerdos, calchacura para las hinchazones de la guerra y los tumores desconocidos, clinclin para los flatos, y ranquil para los orines estancados por los espesos fríos sureños.

Y ahora en este tiempo de cambios vertiginosos sobre delirantes brazas arde y chisporrotea el latúe y su cargamento de fanales alumbrando los frágiles túneles de la conciencia que busca al Agüclito Huentiao, ese hombre encantado dueño de los mares y de todos los animales del agua y de la tierra y

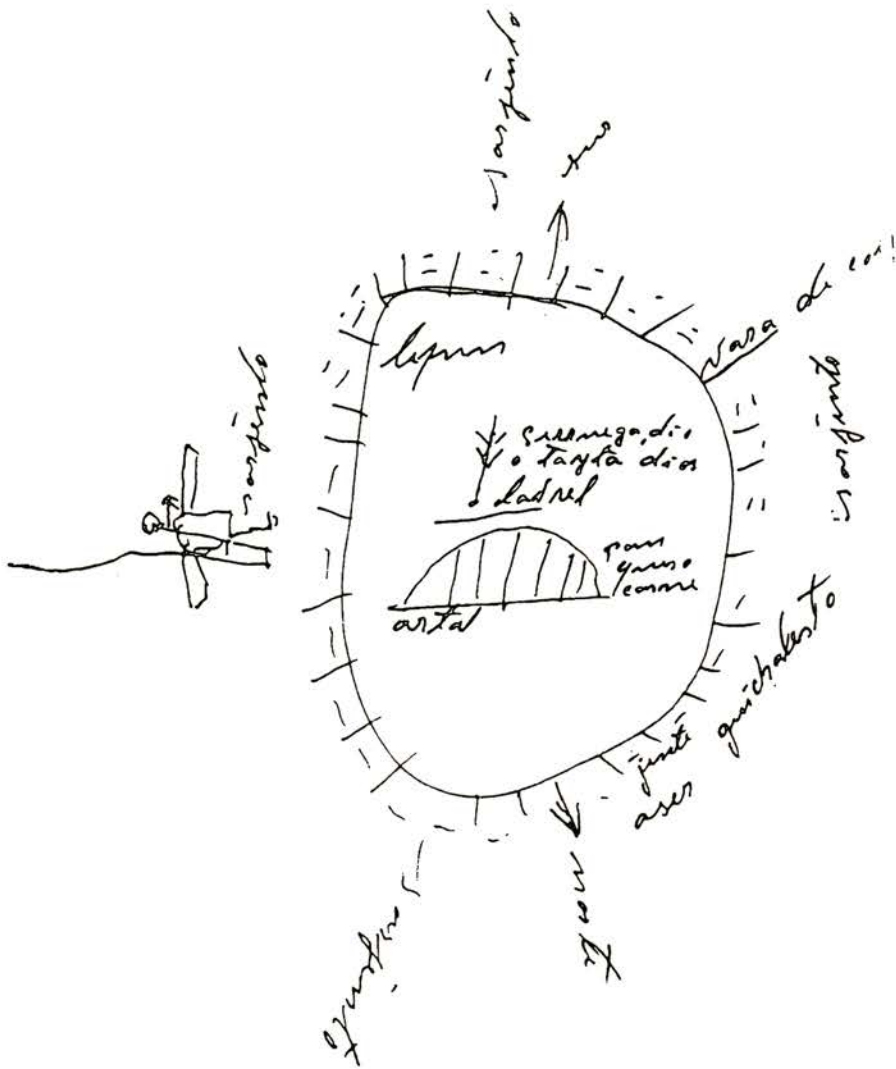


Figura 2. Arcadio Yefi Melillanca dibuja el lepún.

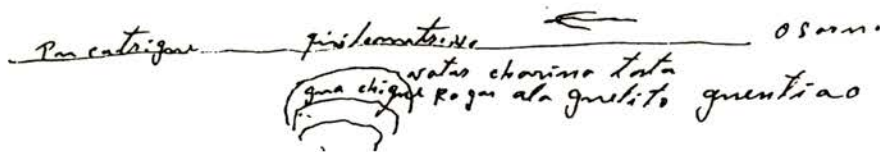


Figura 3. Arcadio Yefi Melillanca dibuja el huachihue.

dueño también de las plantas, pastos y árboles que cubren la divina Cordillera de Puninque.

Y Teodoro Alcaful, el brujo negro como la noche de Cuinco, amó al latúe y el latúe creció entre los ventanales hasta penetrar en el inexplorado mundo de las pequeñas casas de los fogoneros y otros habitantes de la Butahuillimapu suspendidas en las comarcas de la noche y en la madera, entre la brecha abierta por las alucinaciones y los alucinados se pudo ver el mar distante y cada uno de los enormes ojos del Agüelito Huentiao que miraban desde la eternidad real del otro mundo.

Ven a mirar, antropólogo, como el día irrumpe en los establos sureños, esa arquitectura descolorida en donde tu alucinación idealista se guarece de las lluvias de esta tierra extraña y llena de dolores, ese nocturno tren, la bestia feroz que erosiona tu realidad de hombre cotidiano y tu rol de guardaluces en una estación vacía del sur en donde por sólo una vez se detendrán los cielos y los infiernos y tendrás que abordar el tren cargado de latúe para conocer todos los secretos de San Juan de la Costa.

#### UNA CAMPANA QUE NO PERMITE DEJAR LA TAREA

El cristiano maronita cruzó asustado y corriendo por la calle y se parapetó detrás de un automóvil estacionado entre los naranjos que todavía sobreviven a esta guerra de siglos y desde allí lanzó una ráfaga de su M 16 a todas las sombras y fantasmas que se movían enfrente de él. Es de noche en la destruida ciudad de Beirut y yo aquí, en la estación ferrocarrilera del pueblo de Trumag, pueblo también destruido, por el olvido y los recuerdos borrosos de una guerra larga y sangrienta, poco antes del fin del mundo, contemplando el inmenso silencio de las obscuridades y sus significados de resistencia y abandono. Buscando al viejo fogonero delirante.

#### EL REALISMO REAL DE JUAN FLORIDOR CHEUQUIAN

Allí, en esos andenes de la penumbra, repletos de secretos y animales agoreros parecidos al traro, pájaro peregrino y carroñero, encontré a Juan Floridor Cheuquián, negro y hediondo habitan-

te de todas las soledades, heredero de los pocos mitos que se salvaron de la muerte y el olvido hambriento, heredero de la tradición del Agüelito Huentiao. Al cumplir cincuenta años de edad, no resistió el llamado de los dioses y el desencanto de las frustraciones humanas y se convirtió en un hombre de conocimiento e instaló un puesto de ventas y ofreció al público hierbas aparentemente salvajes, sutilmente domesticadas por la antiquísima tradición herbolaria de los costinos y junto a las frutas y las verduras, la ropa vieja y usada y los animales flacos de la Feria Rahue en Osorno, en esa ciudad resucitada y que todavía no puede emprender el vuelo hacia su propio pasado, comenzó a entregar mejoría a todos los enfermos que, de cama en cama en el Hospital Regional elevaron su prestigio y sus buenas manos por todas las comarcas vecinas.

Y en esa noche, entre los ferrocarriles destazados se escucha su voz diciendo; *A mí me gustaba trabajar en negocios de hierbas porque yo, conocí en negocio de semillería y ahí yo lo trabajaba, pero, mi preocupación ahora es esto, sanar.* Los trenes nunca llegaron al corazón de la Butahuillimapu y en esta gran tierra del sur, todas las distancias son una línea recta que corta los acaracolados caminos del hombre de la ciudad y por aquellas ruedas rodó antiguamente el apocalipsis de la conquista, evangelización y pacificación y los costinos se refugiaron en los pequeños valles interiores de la Cordillera de la Costa, haciendo lepún y huachihue, talando el bosque para hacer leña y carbón, materiales necesarios y que pueden venderse cuando en la ciudad aumenta el precio del gas y la parafina; abriendo el bosque para hacer una pequeña huerta y una chacra, para tener una pequeña pradera donde criar animales que en períodos de estrechez económica podrán ser, rápidamente, convertidos en dinero y todo eso, para engañar a la muerte, a los conquistadores que yacen enterrados junto a los esteros esperando una nueva oportunidad, engañar a los frailes y curas que hablaron de un mundo que no estaba en este mundo, a los alcaldes de la nueva comuna que sueñan con enormes ciudades entre la espesura de las cordilleras y veloces carreteras cruzando esas ciudades, a los inmigrantes de apellido extraño, a los viajeros peregrinos devotos de la Virgen de la Candelaria que duerme todo el año en la Misión de Rahue y que sólo despierta para lavar sus manos, para engañar a los infaltables antropólogos que pretenden encontrar el viejo fogonero delirante.

Para buscar su conocimiento, Juan Floridor Cheuquián tuvo que viajar por toda la tierra del sur: *Conocimiento tengo mucho, en razón, porque yo trabajo con doctores naturistas de la Costa, de Puerto Montt, otros que van a las islas del sur, otros que van por acá, por Río Negro y la Costa también, principalmente. Lo interesante es que uno va, día a día, adquiriendo más conocimiento. Conozco un montón de gente, todos ellos se han dedicado a esto. Algunos han muerto, otros están vivos y así. Entonces, todas esas personas, por ser, vienen cada día, unos con una cosa y otros con otra cosa, pero en conocimiento de ellos lo voy anotando porque es interesante. Interesante sanar a la gente. Por lo menos la vocación mía no había sido nunca ésta, pero en todo caso, me interesa a mí, hacerle un bien a la gente.*

Entre las hierbas, desde hace siglos, yacen confundidos los restos de Tacaquisto, Libcoy, Alcapanqui y Ñancuchú, guerreros cuncos, antepasados de los costinos, otorgándoles a las hojas y ramitas, la eternidad mágica que ayuda a fortalecer los éxitos y vocación de Juan Floridor Cheuquián. Vocación divina que le fue entregada en palabras: *Mi Dios me dijo, haz el bien y recibirás el bien, o sea, extiende la mano y te ayudarán; /.../ yo antes trabajé muchos años en frutas, en cualquier cosa, en negocios de semillería, pero cuando uno tiene que ir cambiando como va la evolución de la vida, si no hace negocio, se cambia a otro, hacia otro rubro. Este ha sido más interesante porque uno tiene la propiedad, en cierto sentido, de hacer un bien, tenerle a la gente algo, un remedio a la mano y saberlo aplicar. Con los conocimientos que tengo y que me han dado, entonces lo voy aplicando.* Desde la bendita Cordillera de Puninque, que separa los valles de Cuinco y Loma la Piedra, en esta desconsolada Butahuillimapu, ruedan los fantasmas y el trapial aúlla desolado y hambriento entre el bosque devastado y el traro, pájaro peregrino y carroñero cruza la obscuridad rumbo al mar y entre las guirnaldas fosforescentes de las alucinaciones, chisporrotean los sueños mesiánicos del brujo Teodoro Alcaful Huisca, horadando las realidades hasta llegar hasta la real-realidad del costino y Loreto Acum Punol está encaramada sobre el lomo de una bestia cálida que la fecundará y la llevará lejos de aquí, lejos de este lugar de dolores y pobreza innecesaria y próximo al amanecer, la voz de Juan Floridor Cheuquián se desliza entre el rocío que cubre los rieles. *Yo actualmente estoy trabajando con doctores naturistas netos, que se dedican*

*exclusivamente a los casos más difíciles, cuando los médicos no pueden hacer nada, cuando le han dado al enfermo cualquier cantidad de cosas y no han podido hacer nada /.../ la base mía es a base de doctores naturistas. Ya sea para un cáncer, un golpe cerebral, ya sea una hemorragia interna, para una úlcera, para un diabético.*

Es un nuevo día en Trumag. El guardacruces confundió los itinerarios y los trenes carecieron de un destino certero y fueron condenados a vagar por la tierra, buscando el fin del mundo y pocos saben que Osorno está en el fin del mundo y los universos, entre los fríos lacerantes y la neblina, la lluvia y los vientos tormentosos, alimentando sus cocinas, braseros, fogatas y salamandras con negros cerros de carbón vegetal y miles de metros cúbicos de leña de ulmo y hualle, haciendo que los *costinos*, para poder sobrevivir deban talar vertiginosamente la divina Cordillera de Puninque y todas las otras cordilleras de la mar para venderle combustible a esa ciudad friolenta y entre tanta destrucción, bajo la hojarasca inútil del bosque talado y la tierra erosionada, la voz de Cheuquián se escucha: *Yo creo que Dios ha hecho en la tierra a toda la generación y a las plantas para nosotros, entonces lo interesante es que uno tenga fe y haciéndolo con fe, siempre vamos a tener algo, entonces eso es lo interesante, no perder la fe para sanar. Tener fe en Dios y tener fe en lo que se va a hacer. Yo tengo fe en Dios. Bautizado fui, /.../y todo lo que yo vendo aquí no es para mal, en ningún sentido, yo trabajo porque tengo fe y aquí está mi «patrón», Juan XXIII. Entonces todos mis remedios son para hacer el bien, en ningún sentido yo hago una cosa para mal.*

Entre todas las plantas creadas por esos dioses que Juan Floridor Cheuquián a veces confunde, el latúe *es una planta con poder, viva*. Crece en la Cordillera de la Costa, *en el interior de la cordillera y es muy buena planta, entonces cualquier persona, toda la gente, ni aunque sea del mar, de donde sea, tiene fe y recolecta. Es una cosa muy buena. Una planta viva significa que es aplicable para muchas cosas y que tiene unos poderes curativos muy grandes. También, plantada en la esquina de la casa, la protege a ella y a sus moradores*. Si es que se ha traído una patilla, se deja varios días en agua para que críe raíz y luego se planta. Eso es una planta viva.

Mientras los trenes buscan el derrotero de los mares, en una esquina de la boletería vacía de la Estación de Trumag, sobre un brasero, arde el latúe y junto a él; Cheuquián continúa su relato. *Se utiliza para sacar malos espíritus y espantar a Santo Canillo /.../ tiene la cualidad de ser muy bueno. Es una planta, como digo, viva. Se puede, como un secreto de uno, ir a la planta y pedir algo, cualquier cosa. Pagarle igual que si usted estuviera comprando algo, conversarle. Usted paga. Si tiene un negocio en que está bien o mal, un sistema es pedirle favores directamente a la planta. Yo hoy hice traer una plantita porque la «patrona» la quería para arreglar un negocio. Sirve para arreglar los negocios cuando la situación está mala. Es más para negocio, pero también sirve para sahumero /.../ se puede ocupar en la casa, tener una planta, cultivarla con todo cariño y tener fe y nunca olvidarse de hacer el bien, eso es lo más primordial. No son las plantas las que curan sino nuestro Señor /.../ las personas preguntan por el latúe cuando se encuentran necesitadas, entonces casi como un recuerdo, igual que acordarse de nuestro Señor, la buscan. Un día cualquiera estamos mal y teniendo fe, que es lo más precioso, nunca perder la fe en Dios y siempre extender nuestra mano a quien lo necesite, ahí es bueno el latúe.*

Bajo mi cama, en aquella pieza pequeña, por cuya ventana se podían ver las aguas del estero Cuinco cortando en dos al pequeño valle, Cristina Quindel Tripai, cuando se marchó, aburrida de escuchar historias desconocidas y sin sentido, dejó una delgada culebra amarillenta y hedionda que tenía una larga lana roja envuelta en su vientre de animal muerto y que ayudaba a sostener una ramita de latúe y fue así como me capturó esa maldita profecía agorera que después de impregnarme el cuerpo con sus olores nauseabundos entró en los desvanes de mi conciencia y que, años más tarde, aún me persigue en las noches solas y carentes de luz, queriendome obligar a regresar a Cuinco, a San Juan de la Costa, en busca del fogonero y de sus alucinaciones y por eso termino siempre viajando en esos trenes que demoran siglos en llegar a Osorno, ignorando el significado de tanta alucinación y del tiempo que me va haciendo cada vez más viejo desde que Cristina Quindel Tripai se marchó, con rumbo desconocido hasta para las sombras que todo lo ven. Sin embargo, aún hay tiempo para escuchar a Juan Floridor Cheuquián. *El latúe se usa para hacer el bien, pero no en todo momento es aplicable, porque hay algunos que lo usan*

*también para hacer el mal y ahí la gente pierde el cerebro y no recuerda, se pierde la memoria, ya no es una persona normal, pasa a ser una persona anormal, loca /.../ pero mi razón mía es el bien. He visto personas, chicos que se han enamorado de una chiquilla que es honesta y por lo menos han cometido el error de dejarla «lista» y después no han correspondido como tal, entonces la persona misma, por intermedio de otra persona, el «brujo», le dan latúe y después andan por ahí, no sirven para ninguna cosa y por eso yo, aquí, de acuerdo al conocimiento que tengo y mis doctores, entonces yo no hago mal, solamente bien. En los sectores de Cuinco, Loma la Piedra, Puninque, Huacamapu y otras tierras, hay gente que se reúne en la costa y esos son los «brujos». No conozco ningún «brujo» porque es difícil reconocerlos, nunca dan una pauta, razón y el secreto queda para ellos y uno no, porque uno da la receta, hágalo así o de esta otra manera. Los «brujos» usan latúe para hacer el mal. Antiguamente, un joven, un día, bien decente y resulta que tenía situación buena en el campo y la pura envidia de tener todo eso, le dieron latúe y corría de un lado a otro, no conocía, si le daba algo para comer, comía, si no no comía. A los que le dan latúe, pierden la estabilidad del cerebro /.../ el latúe es muy fuerte, si toma una dosis chiquitita se puede volver loco, es lo mismo que las otras drogas que existen en el norte, que las venden hecha polvito y en vez de sanar perjudican al ser humano.*

Antonio Naguil Nilián nunca a viajado en tren y ni siquiera conoce la Estación de Trumag, sólo ha escuchado relatos que hablan de una inundación cuando era niño y sin embargo comenzó a sudar y cerró los ojos para olvidar todos esos susurros y gritos que le rodeaban, atormentando su conciencia confusa, resquebrajada por esa enorme culpa que él se había echado encima al no rendir culto y respeto, tributo y rogativas al Agüelito Huentiao, la última vez que viajó a los mares en busca de sustento y cuando, atemorizado por todos esos ruidos que no eran de este mundo, ruidos que le hacían imaginarse un tren desbocado por los senderos de las benditas cordilleras de la costa, abrió sus ojos y nuevamente distinguió a todos los espíritus malos que le habían atemorizado desde niño y que, repentinamente, sin que nadie los llamase, invadían las casas de los culpables, a los culpables mismos, aquellos costinos jóvenes en donde el olvido se había engullido presuroso a casi todas las tradiciones culturales de los antepasados, tradiciones neces-



rias para poder soportar el cambio de las culturas y no perecer entre las cordilleras erosionadas. Después de ver las visiones y alucinaciones de su hijo, Emelina Nilián Catri, decidió hacer un sahumero. *Los sahumeros se hacen a base de distintas hierbas, inclusive le lleva latúe, que es lo más importante, después puede llevarle canelo, romero, huautru y palqui. Entonces eso se hace dos días a la semana, viernes o martes pues según un estudio hecho por las ciencias ocultas, cuando se hace para bien, deben ser esos días y si es para mal, para otra cosa los «brujos» tienen indicados otros días. Los sahumeros se hacen de a poquitito, como ser, usted lleva un paquete de romero, un paquete de latúe, un paquete de huautru, puede llevar todas esas cositas, entonces se hace un poco, de a poco, en un braserito chico, cuadradito y se hace una buena braseradita, cosa que se expanda el calor y el humito, que tome todo el hogar y si tenemos creencia en Dios y tenemos una planta con sus poderes, viva, como el latúe y que Dios le ha dado poder, poder que los hombres pueden ocupar para su beneficio.*

Alrededor del brasero, Emelina Nilián Catri hizo huichalestro en tres oportunidades y elevó una oración a la Virgen María y se quedó horas, mirando las brasas apagarse llevándose el pasado de sus hijos.

Al considerarse el latúe como una planta viva, su utilización pretende el logro de variados propósitos, algunos de ellos, netamente terapéuticos. El latúe, según Cheuquián, *no es tomable y se puede ocupar como remedio para el dolor reumático, aire, cualquier cosa /.../ pero en baño no más /.../ se hierben ciertos remedios, así como le dije antes, romero, palqui, latúe, todas esas cositas /.../ con ellos, se hace un baño completo /.../ un baño en una tina grande.*

Detrás del ventanal de la pieza N° 4, que alberga la estrecha y maloliente Unidad de Psiquiatría del Hospital Regional de Osorno, contemplo la ciudad y veo como la llovizna agorera e interminable golpea rabiosa los techos descoloridos y amenaza con desmoronar esos débiles esqueletos de madera bajo los cuales los habitantes enrollan y desenrollan los cotidianos hilos de sus existencias y siento que no estoy solo. Ver caer la lluvia en compañía de mis alucinaciones y las alucinaciones de los demás, me acompaña en las tardes, otorgándole a la espera, un carácter mágico, espera que como un embrujo costino hace

aparecer a mi madre en corredor amplio de las ausencias. No estoy solo, junto a mí y otros seres que ya me son conocidos, está Ruperto Manquel Ampay, quien desglosa su propio mundo después que alguien le dio latúe por motivos que aún no alcanza a comprender, a pesar de saber que no es inocente en la ejecución de los hechos que Etelvina Huinihui Barría le imputó aquella noche, duramente, hechos y noches que no ha podido olvidar y por eso tuvo que venir a Osorno y el psiquiatra de este hospital le diagnosticó psicosis maníaco depresiva que después de un semana de tratamiento no cede a los duros embates de la cloropromazina, tioridazina, imipramina, carbonato de litio y otros polvos endemoniados y Ruperto sólo se limita a repetir la receta de Juan Floridor Cheuquián, la única «contra» conocida para la intoxicación con latúe y el «mal de los brujos», es el jugo del llagui, pequeña planta rastrera que crece en las huertas en barbecho, con un fruto parecido a la mora. A lo lejos, sobre los andenes vacíos de la Estación de Trumag, los viejos fogoneros delirantes esperan la oportunidad para irrumpir en este mundo, cabalgando en la conciencia del antropólogo Negro Pájaro Cuervo.

#### EL REALISMO REAL DEL ANTROPOLOGO BLACK BIRD CROW

La Estación de Trumag estará allí eternamente y con el tiempo se transformará en la única morada del divino Agüelito Huentiao, ese hombre encantado en el mar, que está casado; es casado con una otra encantada en el mar y esa señora tiene siete ojos, según el decir de Arcadio Yefi Melillanca, porque el mar avanzará nuevamente sobre la tierra, arrastrado por el Cai Cai, culebra peregrina, poderosa y peligrosa y antes que esto acontezca, florecerá la quila y unos ratones pequeños y descoloridos invadirán los bosques, los ñadis, las praderas y los multicolores cementerios repletos de casitas, en lo alto de las colinas, que esperan las visitas jubilosas de los deudos y sus ruegos del día primero de noviembre y los ratones terminarán por entrar a las casas de los vivos y nosotros volveremos a sentir ese miedo grande que confunde el pensamiento y nos olvidaremos de cuidar los granos de trigo, maíz, arvejas, avena y habas y nos olvidaremos también de la papa que se brotará en primavera, todas las cosas de la tierra, ocultas en el ensoberado de la cocina fogón y a lo mejor los ratones se quedan comiendo por

una eternidad, como sucede en muchas oportunidades y los costinos sentirán hambre nuevamente y tendrán que comer carne de oveja vieja y mostrenca, diezmando sus pequeños rebaños de animales flacos y por las noches lluviosas, cuando el mate, la cebolla y el queso caliente rueden entre un círculo de manos duras y uñas sucias, encenderán el radio receptor a pilas y un egocéntrico locutor de turno, entre cumbias, rancheras y baladas pegajosas como la miel de ulmo, les comunicará todas las maravillas que alguien, sin saber después de tanto tiempo quién es, les prometiera para que ellos, herederos de la tradición guerrera de los cuncos, aborígenes nunca derrotados por el conquistador español, puedan volver a ser como fueron antes, en el principio, cuando ni siquiera llegaron todos los que hicieron múltiples promesas de mejoría, etnocéntricas e irresponsables que ya tienen más de tres siglos de palabras acumuladas que evolucionan hacia la nada, evolución que es deterioro y espera para los costinos. Por esta razón poderosa, la espera, La Estación de Trumag, estará allí eternamente y cuando, en el tránsito del hombre por esa eternidad se una la sucesión con la intemporalidad, en ese instante, desde la boletería que no anuncia salida de trenes para el día de hoy, emerge la voz de un antropólogo, esa voz del Negro Pájaro Cuervo. *Teníamos antecedentes de la existencia del latúe y de algunos de sus efectos. La información la habíamos obtenido por una conversación anterior con el Padre Pedro van Slote, cura de cuncos, como tú sabes. En esa oportunidad nos comentó, debido a una consulta que le hicimos sobre su conocimiento de alucinógenos mapuches, que sabía de la existencia del latúe, que era una planta usada por los llamados brujos para castigar el adulterio. Se les daba a las adúlteras mezclado en una infusión con un afrodisiaco. El efecto era que la mujer se volvía loca. Así nos lo comentó el Padre Pedro. Esta observación, en realidad, fue una chispa que desencadenó nuestro interés por ubicar el latúe, ya que normalmente se asocia a la ingesta de alucinógenos con la locura, y queríamos conocer las características de este alucinógeno tan especial y desconocido para quienes participábamos, en ese momento, en una verdadera «cultura de la droga».*

La última realidad cotidiana del antropólogo de la Estación Trumag se tambalea, resquebraja y cae a la tierra desde las manos de los fogoneros y puedo ver tu cara desnuda Negro Pájaro Cuervo y no puedes distinguirme ahora y sin embargo, aún tienes tiempo para hablarme.

El descubrimiento práctico del latúe, *se produjo durante un viaje de José Goycolea, desde Osorno a Trinidad, como parte de nuestra investigación, la que tú ya conoces. En ese lugar, luego de numerosas consultas y negativas, una persona accedió, no de muy buena gana, a mostrarle el lugar donde estaba el latúe. Esta persona no era mapuche. Le consultó para qué lo quería y le previno que era peligroso. Le señaló que antes de proceder a sacar parte de la planta era necesario pedirle permiso diciendo: «Don Juan Latúe, permíteme sacarte una hoja, un palito», etc. Después de hacerlo, José arrancó la planta, que es un arbusto, y se la trajo a Osorno. Debo recalcarte que la persona que le entregó esta información no era indígena.*

Al continuar nuestro relato etnográfico, sin olvidar la imagen de la Estación de Trumag, que antes de estar allí, junto a las verdes y profundas aguas del río Bueno, no estuvo en ninguna otra parte y que llegó a ese lugar atravesando todos los tiempos, es necesario señalar que los costinos, en los veranos secos, siguen el curso tranquilo de las corrientes de agua y los senderos oscuros abiertos en la espesura de la montaña y rumbos de los océanos, en un viaje mágico, divino y material, en el cual para ingresar a los sagrados territorios del Agüelito Huentiao, es deber del buen viajero y creyente, hacer huachihue y plantar una varita de coleo, brindándole ofrendas a la divinidad, pronunciando esa rogativa que dice: *amutuan pucatra Agüelito Huentiao, amutuan pucatra, danos buen camino, hartas cosas en el mar y tiempo bueno y va a marear a Caleta Milagros, Rada Ranú, Maicolpué, Pucatrihue y Caleta Cóndor, con el propósito de obtener los peces, algas y mariscos necesarios para complementar una precaria dieta; viaje ancestral y sempiterno, relatado desde siglos por cronistas, viajeros y gobernantes extraviados en la vastedad de un estilo de vida distinto en donde también estaba extraviado el secreto mágico del latúe y todos esos otros mundos empotrados en la naturaleza de sus hojas, flores, tallos y raíces, mundos que nos eran desesperadamente desconocidos y que ahora, después de cuatro siglos de obscuridad emergen en la voz del Negro Pájaro Cuervo, voluntario aprendiz: *He consumido latúe, sólo una vez y fue suficiente. Considero que es una droga para tomarla una vez y nada más /.../ lo tomamos en forma de infusión, un tecito y un cigarro /.../ sólo un par de hojitas en el té y lo necesario para llenar un cigarrillo en la otra forma. Alrededor de las cinco de la**

tarde, Fernando y yo, comenzamos a tomarnos un té. Después de hacerlo, esperamos unos diez minutos, y al ver que no hacía efecto, hicimos un cigarrillo y comenzamos a fumarlo, era latúe. Llevábamos la mitad del cigarrillo cuando, repentinamente, empezamos a percibir cambios fisiológicos en el organismo. Sequedad en la boca, dificultad para hablar. Decidimos tomar once, Café y pan con mantequilla. Nos costaba una enormidad tragar el café. El pan era imposible. En eso estábamos cuando llegó José. Serían las nueve y media. Mostraba nuestros mismos síntomas, así es que decidimos irnos a la pieza, que estaba en las mismas casas de ICIER. Nos acostamos ya que los brazos y piernas comenzaron a hormiguearnos, como anestesiados. Cada vez era más difícil mover alguna parte del cuerpo, hasta que quedé completamente inmóvil. En ese momento, por lo menos así lo creo, comenzaron las alucinaciones. Sólo tengo claras un grupo de ellas. En primer lugar, ver puntas de cigarrillos encendidas, ver cómo caían al suelo, tratar de recogerlas y sentir que desaparecían. Así, José fumaba, se le caía el cigarrillo, trataba de recogerlo y se le desaparecía. Lo mismo sucedía con Fernando y conmigo. Creo que en esto debo haber estado horas y horas. Luego viene otro tipo de alucinaciones, luces de todos los colores inundaban la pieza, sonidos como espaciales, de tono muy elevado, luces fuertes. Posteriormente voces que llegaban de la calle (estábamos en un tercer piso) de alguien que hablaba de los peligros de la drogas, y otras cosas que no recuerdo. Luego viene un grupo de alucinaciones cuando quise ir al baño (o creo que fui, no estoy seguro). Primero vi, al bajar la escalera, un enorme perro negro (el baño estaba en el segundo piso) con ojos verdes. Me miraba y movía la cabeza. Luego, en el baño, cuando traté de mojarme la cara, vi millones de hormigas y otros bichos pequeños en mi brazo, con la otra mano los botaba y en el suelo se formaban pequeños montoncitos con estas hormigas y otros bichos, insectos. Finalmente, al soplar, en el lavamanos se formaban montones de espuma. Resbalaban y caían al suelo y de nuevo se formaban montones de espuma. Estas tres alucinaciones recuerdo haberlas visto cuando fui al baño (en realidad no sé si fui o solamente es producto de mi imaginación). Luego volví a la pieza y sólo recuerdo el amanecer, como las diez de la mañana, pues vi el reloj. Al mirar por la ventana, el cielo estaba repleto de puntitos negros. No me sentía cansado. Como si hubiese dormido muy bien. Estos puntitos me duraron todo el día. También ciertas

sensaciones como de estar alejado de la realidad. Finalmente, todo pasó /.../ los cambios más notorios tuvieron relación con cambios físicos (fisiológicos): sequedad de boca, disfagia, sopor, sentidos unos veinte minutos después de habernos tomado el té. Si hubo otro tipo de cambios no fue posible notarlo y respecto a la duración de la experiencia señaló que, duró unas 36 a 40 horas. Me refiero a la experiencia completa. La etapa alucinatoria debe haber durado unas doce horas. El resto corresponde al reacomodo post alucinatorio. En torno a la presencia de secuelas, me quedó como secuela, creo, un problema a la vista. A los dos días fui al oculista, en Osorno, que me diagnosticó hipermetropía discreta. No puedo asegurar que fuese efecto del latúe, pero algo debe haber.

En la Estación de Trumag, entre los rieles realmente desolados y cubiertos por el rocío de la madrugada olorosa, cabalga el potro luminoso de la conciencia anegada por aquellas guirnaldas alucinantes y coloridas del silencio que se resquebraja con el humo del latúe que susurra miles de significados en la sangre gruesa del Negro Pájaro Cuervo y que lo hacen rodar en un nuevo mundo que no es este mundo cotidiano y cuando el chucao y su canto terrible rompen la quietud de los bosques, la conciencia despierta y se detiene antes que el miedo la alcance y no le permita regresar a su mundo, sin dejarla atrapada en no sé qué lugar de los universos.

Negro Pájaro Cuervo nos habla de su experiencia. *Sentí que estaba un poco alejado de la realidad. Sin entender mucho lo que había pasado. Pero en todo caso enriquecido. Creo haber conocido a Don Juan Latúe, y se portó bien con todos nosotros. Nos mostró lo interesante de su mundo, pero advirtiendo también sus peligros y, verdaderamente, prefiero los míos y los de mi mundo. Respeto mucho el mundo de Don Juan, pero volver nuevamente, de ninguna manera /.../ es un mundo muy respetable, pero no es mi mundo /.../ es un mundo interesante y peligroso.*

En esa pequeña estación vacía al sur, en la bendita Estación de Trumag, con sus andenes en penumbras y boleterías derruidas, lugares repletos de viejos fogoneros delirantes, para el antropólogo Negro Pájaro Cuervo y sus demás compañeros de fieldwork en la Butahuillimapu, se detuvieron los cielos y los infiernos sobre los rieles desgastados por tanta historia tremenda y lue-

go, los cielos y los infiernos se marcharon rumbo a los mares, siguiendo la divina huella del Agüelito Huentiao y enfrentado a esas visiones eternas, el Negro Pájaro Cuervo advierte: *No tuve miedo antes y durante. Después sí tuve miedo, sobre todo cuando me enteré del peligro de muerte en el que estuvimos. Creo, sin embargo, que Don Juan Latúe nos protegió, debido a la inocencia con la que emprendimos la experiencia.*

## EL REALISMO REAL DEL LATUE

Entre los alaridos de un nuevo día que emerge desde los sótanos del tiempo, la Estación de Trumag quedó atrás, con sus trenes destazados por la realidad gris y cotidiana de sus pasajeros, con el río horadándole silenciosamente los terraplenes a las vías por donde un día pasaron otros trenes, con el agua de las lluvias carcomiendo los fierros todavía humeantes de las distancias y con la garganta atravesada por las alucinaciones de un hombre que nunca más, en las noches de junio, pisará sus sagrados andenes pero, que se atrevió, al igual que Juan Floridor Cheuquián y muchos otros hombres aún desconocidos, a abordar ese tren que rodó furioso y cálido por las cordilleras de San Juan de la Costa y los llanos de Osorno, ese tren que alimenta sus calderas con latúe, con el fuego hediondo y terrible del pasado y lejos de esos andenes aparentemente vacíos para aquellos hombres que carecen del código que abre todas las obscuridades de esos otros mundos que palpitan en un arbusto que crece distante de ahí, más allá, en Trinidad, Quilacahuín, Pucopfo, Popoen, Huacampu, Puninquil y Cuinco, en la bendita Cordillera de Puninqué y las otras cordilleras, en las profundidades verdes y también multicolores, olorosas de la selva valdiviana que se alza, temerosa ahora, ocultando lo que queda del enorme y claro secreto de los candelabros que iluminan las sendas que van desde este cotidiano mundo al mundo del Agüelito Huentiao, que iluminan también, a los costinos, legítimos herederos de los guerreros cuncos.

No muy lejos de los delgados, claros y rápidos esteros que bajan por las vertientes de las cordilleras costinas, bajo la sombra que impone el follaje de los ulmos en flor de blanco color, los coihues, lingues y pellines, no lejos, incluso, de la chaura, la murta, el coleo y algunos helechos, acompañado por el correteo del monito del monte y el ratoncito lanoso y por el

desplazamiento silencioso, certero y mortal de la huiña y los trapiales, inmerso en los territorios del chucao y el huet huet, en un sotobosque bajo y estrecho está el hábitat del latúe y sólo nosotros sabemos que ahora, es el rey del bosque y sobre él, las botánicas dicen: *Arbusto o arbolito espinoso de ramas grisáceas y hojas oblongo lanceoladas [...]. flores de color rojo-violáceo; fruto, una baya del tamaño de una cereza verde o amarillenta. Crece en la cordillera de la costa entre las provincias de Valdivia y Chiloé [...]. planta que produce delirios, estados de trance y alucinaciones. Para combatir el efecto de la locura que produce se bebe el jugo exprimido de la «mora» y se ponen compresas de hielo; a pesar de esto, el dolor de cabeza continúa por algún tiempo / el latúe es un / narcótico que puede producir la muerte. Lo usan las machis en los rituales religiosos de los araucanos (Muñoz, M. et al., 1981: 68).*

Otra botánica, por su parte, nos cuenta que el latúe pertenece a la familia de las solanáceas y que crece en la zona costera, desde Valdivia a Chiloé, siendo una especie endémica chilena, no muy frecuente (Hoffmann, 1982: 222): *arbusto espinoso de bello aspecto, con ramas largas, hojas alternas, enteras; espinas ubicadas en la inserción de las hojas, de color verde claro, con forma elíptica, agudas, atenuadas en el pecíolo, de cinco a seis centímetros de longitud. Flores solitarias, axilares, pedunculadas. Cáliz corto, ancho, con cinco divisiones y está densamente cubierta de vellos por fuera. Estambres, cinco; estigma corto, anchamente bilobulado. / la floración / durante la primavera; / el fruto es / una baya globosa, verde amarillenta, de dos centímetros de diámetro, que encierra numerosas semillas. Es muy venenoso; [...]. todas las partes de la planta contienen grandes cantidades de un alcaloide muy fuerte, que produce demencia a quien lo ingiere (op. cit.: 222).*

En un trabajo realizado por Pedro Pacheco y otros investigadores, en el Laboratorio de Química de Productos Naturales del Instituto Central de Biología, Universidad de Concepción, establecieron que el latúe es *narcótico hasta producir la muerte* y su estudio químico demuestra la presencia de atropina, escopolamina y otras sustancias alcaloides no identificadas.

He ahí los trenes que se detienen en la Estación de Trumag, repletos de atropina y escopolamina. Vean cómo los desiertos de Raúl Zurita florecen sin asco entre los enlaces químicos,

porque la materia determinó la realidad del viejo fogonero delirante mucho antes que el poeta inventara el anteparaiso.

#### UNA DESPEDIDA PARA LA ESTACION DE TRUMAG

En esta oportunidad, nuestro trabajo propone una nueva forma de relato etnográfico, que todavía carece de una denominación que lo identifique y lo diferencie de otras propuestas y sólo pretende lograr, como uno de sus mayores objetivos, entregar el material cultural de problemáticas específicas en la dinámica de los estilos de vida, envuelto en la realidad total, esa realidad eterna que rodea a los estilos de vida y al antropólogo y que, en forma despectiva, es dejada de lado por el investigador, prisionero de sus marcos teóricos y metodológicos y a veces, de la institución que le otorga el dinero necesario para realizar sus investigaciones. Esta ausencia y la no-libertad es el alimento de los reduccionismos que inexorablemente nos conducen a la irrealidad, a la confusión, terreno propicio para que emerjan los profetas del sentido común, aquellos que representan al hombre de la calle, y que terminan por desplazar a los antropólogos, impidiendo así que la gente conozca en forma objetiva la verdadera realidad de sus estilos de vida, hecho que impide el cambio, fundamentalmente en aquellos estilos de vida altamente deteriorados, como es el caso de los costinos.

Por ello nuestra propuesta nace en el convencimiento que la antropología debe volver, rápidamente, a la real-realidad, al trabajo de campo, a pesar de las rabiets del distinguido Marvin Harris y algunos dinosaurios de la antropología chilena, con el propósito de invadir perentoriamente el país chileno y apropiarse, con un golpe certero de la percepción, de las reales realidades y quedarse a vivir con ellas para que, en un proceso natural, emerja la revolución terrible del cambio y evolución que hoy en día, los distintos estilos de vida que ocupan nuestro territorio se empeñan, vigorosa y etnocéntricamente en no lograr, haciendo que la real calidad del cristiano maronita, puede, insospechadamente, convertirse en nuestra real realidad. Nace también, de la literatura, extrayendo la fuerza mitológica y la profundidad narrativa del realismo mágico latinoamericano, rechazando nuestra apolillada y temerosa generación del 50, cosmopolita, sin sentido de arraigo en nuestra real realidad y nace, fundamentalmente, en el reconocimiento de la poesía

de Jorge Teillier Sandoval, cuyo relato mágico del sur y sus estilos de vida, tan real y tan terrible, se convierte en directriz estética de nuestra proposición. Nace de la insistencia de algunos colegas que ven en mí, a un poeta, un escritor más que un antropólogo y de mi propia insistencia en ser más antropólogo que poeta, con la maravillosa perspectiva de unir en un arcoiris de significados, esas dos aproximaciones a la real realidad de los estilos de vida. Además, nace de la libertad de intentar, asumiendo todos los prejuicios, ver objetivamente el mundo y sus reales realidades en la forma que a uno le parezca y en relación con ciertos objetivos que tal vez siempre permanecerán ocultos y que, a lo mejor, un lector vivaz podrá reconocer, brindándose a sí mismo, una alegría insospechada. Por último, todos estos nacimientos tienen su causa en un encuentro a bordo de un microbús santiaguino que corría velozmente en demanda de los horarios y en el cual venía Daniel Quiroz Larrea que se convirtió en mi maestro y guía y que me mandó a buscar reales realidades por el mundo y yo fui a buscar al viejo fogonero delirante.

Buscando al viejo fogonero delirante encontré a Juan Floridor Cheuquián. El es un médico herbolario y se convierte en tal, al cumplir los cincuenta años de edad, motivado por un llamado divino que lo invita a realizar el bien, mediante el oficio de médico herbolario, para lo cual cuenta con los vegetales que Dios creó para beneficio del hombre, siempre y cuando los hombres posean amor y devoción, elementos necesarios para activar los principios mágicos que permitan una eficaz dinámica de los vegetales en el proceso de sanar. Es necesaria la fe en Dios, los vegetales y las prácticas herbolarias para encontrar el bienestar ausente. Creemos que Cheuquián siente amor por los vegetales porque desde muy temprano, practicó oficios relacionados con la venta de vegetales como una forma de resolver los problemas prácticos de su subsistencia, impuesto por su estilo de vida, el de un costino que viaja a la ciudad en busca de mejores horizontes. Vendedor ambulante hasta que logra establecerse con un puesto de frutas y verduras en la Feria Rahuc de Osorno. Este amor, que sólo significa la aceptación de algo, sin oponerse, sin rechazarlo en forma explícita y categórica, lo impulsa también a convertirse en médico herbolario, dejando a su hijo menor a cargo de las frutas y verduras y que no tiene ninguna intención de recibir los conocimientos necesarios para convertirse también en médico herbolario. Por úl-

timo, su conversión se refuerza, al existir la posibilidad de aumentar sus ingresos económicos mediante las prácticas herbolarias.

Sin embargo, más que un médico herbolario, Juan Floridor Cheuquián, es un hombre de conocimiento, en el sentido que es depositario del conocimiento práctico y trascendental, mágico y divino, de recetas que aprende de sus maestros y que le permiten operar entre un grupo de personas, otorgándoles múltiples beneficios, fundamentalmente, bienestar físico, mental y económico, por el hecho de poseer un poder. El poder de Cheuquián se encuentra en un arbusto conocido como *Latua Pubiflora*, llamado latúe, una planta «viva». Un alcaloide alucinógeno, un agente capaz de transmutar las realidades cotidianas por otras realidades, propias de «mundos mágicos» y así, como lo señala Octavio Paz, *el mundo que vemos, sentimos y pensamos parece desfigurado y distorsionado: sobre sus ruinas se eleva otro mundo horrible o hermoso, según el caso, pero siempre maravilloso / y / la visión de la otra realidad reposa sobre las ruinas de esta realidad. Este poder, según palabras de Don Juan, el héroe de Carlos Castaneda, capaz de transportar a un hombre más allá de los límites de sí mismo y como el mismo Castaneda relata, un poder que permite trascender el terreno de la realidad ordinaria.* El latúe de Cheuquián y de los costinos es capaz de transmutar las realidades, tal como lo demuestra el relato del mismo Cheuquián y el del Negro Pájaro Cuervo.

Es hombre de conocimiento y su directriz moral es el bien. Se contraponen a los brujos a quienes dice no conocer y que también son hombres de conocimiento pero cuyo propósito es realizar mal y al oponerse, Cheuquián se convierte en patrón, realizando o dando instrucciones para la actualización de formas rituales centrados en el manejo del latúe, como son el sahumero, el baño y la rogativa y que se correlacionan con instancias de la real realidad, como son los malos espíritus, las enfermedades y los negocios. Sin duda, el puesto en la Feria Rahue de Osorno, es la única parte visible de un mundo subterráneo y superpuesto a nuestra realidad, que se mantiene como un secreto celosamente guardado por los costinos.

La naturaleza cultural de un mundo mágico y alucinante, configurado en torno al manejo y consumo del latúe, se sustenta en su calidad de alcaloide alucinógeno, en su hábitat restringido, poco accesible y su escasa presencia, en San Juan de la

Costa como área aislada, impenetrable y desconocida y en el eficaz conocimiento de los costinos de las dosis y modos de ingesta que permiten el óptimo logro de los distintos objetivos propuestos por aquellos que manipulan la planta. Su inserción es una visión del mundo, una escatología y una teología, transforman la real realidad del latúe, en un evento cultural que al parecer tiene un origen temprano, hecho que no podemos confirmar totalmente porque no tenemos referencias de su acontecer en crónicas, relatos e informes sobre el área. Sin embargo, al ser una práctica indígena que hoy día presenta un alto grado de sincretismo, significa que a partir del momento del contacto hispánico-indígena, incorpora nuevos elementos culturales y se extiende, cristianizado, ampliando su área de influencia, sin dejar de ser secreta y subterránea y dando a entender que su existencia es a la vez un factor de resistencia étnica y señal del abandono sostenido de un estilo de vida basado en modos adaptativos eficaces y armónicos con el medio ambiente en que se desempeñan, abandono motivado por los requerimientos e imposiciones de otros estilos de vida, que determinan el rápido deterioro del medio ambiente en los cuales moran los costinos.

Recordemos que la estación de Trumag, antes de estar allí, junto a las verdes aguas del río Bueno, no estuvo en ninguna parte y que llegó a ese lugar atravesando todos los tiempos, desde otro mundo y se posó como una maldición que se extendió por toda la tierra hasta el fin del mundo, por la eternidad de las eternidades.

## AGRADECIMIENTOS

Deseo reconocer la ayuda en la recolección de datos, a Raúl Koch Barbagelata y Daniel Quiroz Larrea y la colaboración desinteresada de Fernando Arnello Viveros y Joaquín Pérez Canales. Todos entregaron su aporte para la realización de este trabajo, asumiendo sus prejuicios y siendo consecuentes con sus motivaciones, no muy diferentes de las mías.

## ANOTACIONES

Los nombres fueron cambiados para proteger a los culpables, sólo los inocentes conservan los suyos.

## BIBLIOGRAFIA

- CASTANEDA, C.  
1974 *Las enseñanzas de Don Juan*. Fondo de Cultura Económica, México.
- HOFFMANN, A.  
1982 *Flora Silvestre de Chile: Zona Austral*. Ediciones Gay, Santiago, Chile.
- MUÑOZ, M. ET AL.  
1981 El uso medicinal y alimenticio de plantas nativas y naturalizadas en Chile. *Publicación Ocasional* N°33, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile.
- Paz, O.  
1974 La mirada anterior. Castaneda, C. *Las enseñanzas de Don Juan*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 9-23.
- PACHECO, P. ET AL.  
1977 *Química de las plantas chilenas usadas en medicina popular*. Instituto Central de Biología, Universidad de Concepción, Concepción, Chile.

## LA INCREIBLE HISTORIA DE ARCADIO YEFI Y LA MUJER DE SIETE OJOS

### LA DIVINIDAD SUCUMBIO BAJO EL TRANCE MAGICO DE LAS SOLEDADES

El silencio es una grieta en la realidad y rasgando el escarpado vuelo del ave al trepar su itinerario en la penumbra, las montañas irrumpen entre la neblina y se desploman, con violencia, al océano y la brisa de madrugadas, también le arrebató, a las aguas, las texturas escondidas en la quietud y desesperadas, las olas, arañan el roquerío craso, la casa del Abuelito Huentiao. Diferente, toda mirada encarnada por la creencia, del costino, en la divinidad, es la esperanza honda que busca, entre los cañaverales de la profecía, con dolor y rabia, poder encontrar aquello del mundo, extraviado en el derrotero horroroso del peregrino por los territorios de San Juan de la Costa. Por eso, los pasos aún se hunden en el mar, enlazados por las algas que todavía me alimentan. Arcadio Yefi Melillanca era joven y aquella mañana de escarchas, iba vestido con carros<sup>1</sup>, calzaba chalas de crudo cuero de vacuno y mascaba tabaco, comprado en pucatra<sup>2</sup>. Comenzaba, junto a su hermano Floridor y Justo Cheuquián Quintupurrai, de Popoén, a cruzar, orillando el claro estero Cuinco, el cordón montañoso de Puaucho. Cabalgaba lento, sobre su huiliche<sup>3</sup>, entre el barro y los charcos de la huella abierta por innumerables viajes, de numerosos peregrinos por la floresta en penumbras. En los trechos densos, levantaba sus brazos y con ellos, apartaba el ramaje bajo de los varoncitos<sup>4</sup> y las hojas largas de los quilantales. En ese tiempo, las colinas tremendas rodeando el valle de Cuinco, estaban cubiertas de ulmos, pellines, coigües y canelos. Era la espesura de la selva, donde buscó refugio el traro pájaro peregrino de los mares, junto al chucaco, el huet huet, el panguí, el monito de monte y otras bestias, hijas de Huentiao. Arcadio sabía que, la huella por la que transitaban, ya estaba allí, en el momento de incorporarse, su presencia, a la realidad. Entonces, en Arcadio, el escarabajo de la memoria, entornado por la claridad del recuerdo, cruza el despoblado del olvido y su rastro profundo, desentierra la imagen: ver llegar, cuando niño, a los frailes de

las misiones de San Juan de la Costa y Quilacahuín, de verano en verano, arrastrando el resquemor por la inconclusa tarea demencial de la evangelización, envueltos en sus trajes oscuros, amenazando al mismo Arcadio y sus mayores con fuegos eternos y un viaje interminable por los vacíos de la eternidad cristiana, si se ausentaban de la oración matinal, si continuaban con aquellas ceremonias impropias del hombre, hijo de Dios, donde se invocan, según los frailes, dioses falsos y agoreros. Mientras mascaba tabaco, pensó en todo el terror que causaban los frailes. Pero eso, ya no le importa, ahora, eran otras sus preocupaciones. En lo alto de la colina, al ingresar al claro<sup>5</sup>, situado frente al cruce La Cumbre, vio venir a Alberto Cantero, el menor de la familia Cantero de Loma de la Piedra, quien hace poco, se había casado con la Martina Bahamondes, hija de Marcial Bahamondes, propietario de casi todo el territorio del valle de Cuinco.

Por esta vez, Alberto Cantero no le sacó el seguro a su Winchester, aquel rifle cuyos plomos mataban baguales<sup>6</sup> perdidos y hambrientos panguí, plomos también presentes en los salteos de tierra<sup>7</sup>. Desde hace rato, había reconocido a los hermanos Yefi, a Justo Cheuquián Quintupurrai. Al cruzarse, como era costumbre, se dieron los buenos días. Una semana antes, Alberto Cantero se había enterado de la noticia: los hermanos Yefi y Justo Cheuquián, como todos los veranos, iniciarían el duro viaje por las cordilleras, para marear, durante algunos días, en Pucatrihue y Maicolpué.

Ahora, en otro tiempo, como siempre, como lo habían hecho durante el transcurso de innumerables años, Arcadio dio los buenos días a Beto Cantero, a quien, todas las mañanas, al finalizar la temporada más cruda del invierno, encontraba lecheando en el establo, situado a un costado del camino público que va desde Cuinco a La Cumbre. Cuando el padre Juan, el holandés errante, se instaló con su Misión, luego de comprar las 400 hectáreas, propiedad, por un tiempo, de la familia Tuchie, herederos de migrantes llegados al sur, desde Medio Oriente, Arcadio trabajaba, como inquilino, para el fraile. En este día, por la mañana, después de saludar a Cantero, recordó que antes, *cuando íbamos a la mar, aquí abajo, en Coigüería, había un huachihue*. Era el ritual milenario del peregrino creyente. Distante de allí, en los mares, desde las profundidades azules de las aguas, atormentadas por el movimiento incesante,

emergen los rostros ajados de las divinidades, para apoderarse de la realidad de Arcadio y los otros, también costinos.

*Antiguamente, cuando íbamos para la mar, teníamos que pasar a cortar, cortábamos una varillita y teníamos que dejarla plantada. Entonces, si iba yo, tengo que dejar una varillita y si iba con otro más, teníamos que dejar otra varillita y si íbamos tres, otra varillita plantada en la tierra. Entonces aquí, pasaba a botar harinita. Botar harinita tostá' y adorar al Agüelito Huentiao. Van pal'mar, entonces aquí tiene que pasar a dejar estas varillitas plantadas en el huachihue. Se puede usar cualquier varita no más, una varillita. Es una cosa tan curiosa, como una varillita chica. Entonces aquí pasamos a pedirle al Agüelito que nos dé buen camino, que andemos bien, que nos dé chaigua, luche y coyofe. La chaigua es pescado, pescado y el huachihue es para la divinidad. Que nos dé coyofe, que andemos bien, que Dios nos ayude. Esto forma una rogativa, eso se hacía antes, pero hoy día no se hace, hoy día el huachihue queda a un lado del camino y nadie pasa a hacer nada, pero antes, en la antigüedad, se hacía sin eso nosotros no podíamos pasar al mar. Es necesaria la ofrenda para que la divinidad abra las puertas del reino bendito donde se cobijan los alimentos necesarios y las esperanzas nunca resquebrajadas de los costinos.*

Aquella vez, cuando en lo alto de la colina, en el claro, en el lugar más alto de la precordillera costina, se cruzaron con Alberto Cantero, los peregrinos se dirigían a Pucomo, lugar distante a dos kilómetros al oriente de La Cumbre. Allí, emergiendo desde la neblina silenciosa, los viajeros, realizarían su huachihue, lejos de los ojos y creencias de Cantero. Aquel hombre de ojos claros, no entendería la mágica ceremonia, necesaria para los hermanos Yefi y Justo Cheuquián Quintupurrai.

El huachihue es un ritual, *una rogativa a Huentiao, un hombre encantado en el mar, que está casado. Es casado con otra encantada en el mar y de esa no me acuerdo el nombre, pero era mujer que se encantó. Esa señora, dicen antes, según la antigüedad, que tenía siete ojos, entonces con esa se casó ese Huentiao, porque Huentiao vivía por aquí y lo apresó la otra, así que se casó y quedó allá en el mar, encantado*. La divinidad sucumbió con el trance mágico de las soledades.



Sin embargo, las divinidades, a pesar de las soledades, no estaban solas: *antes, en la antigüedad, dicen que aquí salía otro ser humano del mar. Huentiao tenía hija. El otro se llamaba Santo Canillo, ese salía en las casas, en mucha antigüedad, salía aquí y se comía las cosas de las casas y si en caso había papas, robaba y las llevaba por allá, era del mar y ese también se casó con una hija de Huentiao. Hoy día se nos olvidó a todos eso, ya que eso fue de la antigüedad, como historia, que ha pasado antes, tal como una guerra, que ha pasado aquí y así, como O`Higgins, José Miguel Carrera, así mismo.* La antigüedad es una bestia feroz y desgarrar el rostro de Arcadio y confunde su existencia, obligándolo a caminar entre las sombras del recuerdo, sin lograr las sombras, destruir la claridad del olvido, las carencias y las ausencias..

Durante el huachihue, se permanecía en Pucomo, *un momento no más, no ve que nosotros éramos viajeros, íbamos a caballo, nosotros nos desmontábamos y pasábamos a rogar al agüelito Huentiao, que nos dé camino y tiempo bueno.* En la oración, *se hablaba castellano, si había lengua, se podía hablar en lengua, Amutuan Pucatrihue, se decía, Amutuán Agüelito Huentiao, que nos des buen camino, hartas cosas en el mar y eso era la religión que nosotros llevábamos, o sea que llevábamos el deber.* El peregrino creyente, susurra una oración para la divinidad, entonces los pájaros del bosque, permanecen en silencio y sueño con un torrente de significados, rodando entre los plumajes tibios y multicolores: el arcoiris es el trazo del silencio que alimenta a Huentiao.

Corto y profundo ritual. Sin embargo, en el acto mágico, desembocan todos los siglos del pasado, el recorrido armónico de las adaptaciones culturales de los costinos, sustentadas con la herencia dejada en los relatos, almacenados en la conciencia de los ausentes, acerca de los guerreros cuncos. Ñancuchú, Nicú, Tacaquisto, Libcoy y todos los otros hermanos cuyos huesos duermen bajo las praderas, los bosques y pantanos de Butahuillimapu, esperando madrugadas que anuncien el retorno de los orígenes. Entonces, el ritual, *era nada más que eso, pasábamos a estar lo justo ahí. Se dejaba pancito, harinita, de lo que llevábamos su poquitito, pero un poquitito.* Desde su infancia, Arcadio, creyó que sus ofrendas las recogía la divinidad, más, en nuestro tiempo presente, pareciera que la divinidad está ausente. Una vez realizada la ofrenda, *después la venía*

*a recoger el Agüelito Huentiao eso y ahí en el mar también. En el mar, nosotros llegábamos al mar, en hora de comer, nosotros teníamos que ir a dejar un poco, un poquichicho, comíamos queso y había que ir a dejar un poco en las piedras, lo dejábamos en una parte cubierta, los descuidábamos, al ratito íbamos a ver, no había nada, pero hoy día no. Usted puede dejar un pan, allá, si usted no ruega a Dios, no hace nada, esas cosas se pierden y puede estar ahí, se puede pudrir, pero usted ruega a Dios que era en la antigüedad, si era muy creído en eso, nosotros nos obligaban, nosotros éramos muy educados en lo antiguo y eso porque mi papá era muy creído en la antigüedad y a nosotros nos llevaba como un niño que íbamos pasando la Plaza de Armas o un Retén de Carabineros. Nosotros, en el mar, no podíamos tomar una piedra y tirar al mar, porque el decía, el Agüelito Huentiao los va a castigar. Justo!, el mar, en esos años era muy delicado, si usted tiraba una piedra, al ratito el mar venía y nos pescaba y nos empezaba a masajear contra las piedras. Esos son los peligros que hay. Y si en caso, si usted tira o gritaba en las cordilleras, plantaba un grito en esa cordillera, esas cordilleras eran vírgenes, y eran muy celosas, entonces usted, al ratito venía el agua. Hoy día disparan y todas esas cosas y no pasa nada.* La divinidad está ausente sólo cuando el olvido enmudece al creyente. Venid a escuchar esos susurros que se arrastran por el bosque, bajo las hojarascas.

En la madrugada, caminando sobre el ripio del camino, aquella mañana, cuando saludó a Beto Cantero, Arcadio recordaba los mareos y el huachihue, donde, *por medio del mar, se hablaban muchas cosas, se pedía buen camino, que Dios nos dé hartas cosas en todas partes. El antiguo era muy católico, muy creído en Dios y hoy día a la gente, ya no cree en el Dios, casi la mayoría, van tirando rienda y vamos al fusil, si todas las naciones se están habilitando para la guerra.* El olvido de la divinidad ayuda a la muerte a rasgar los ropajes del devenir y ese rostro, aún desconocido, comenzamos a ver.

La última vez que estuvo mareando con toda su familia durante varios días, fue hace pocos años atrás. Después, Ondina, su mujer, murió de cáncer y ahora, el trabajo en el fundo del fraile holandés, le impide viajar hacia el litoral a marear con la regularidad que él desea. Al parecer, cada verano que pasa, el

océano se troca más sordo y Arcadio más silencioso y las palabras ya no tienen la misma fuerza del pasado.

#### EL ITINERARIO DE ARCADIO YEFI MELILLANCA HACIA LOS MARES ACOSADOS POR LA SOLEDAD

Arcadio Yefi Melillanca iba a pucatra, con el propósito de marear, todos los veranos, porque, *en los inviernos el mar vive casi guapo no más, pero siempre se puede tomar cosas, porque bota pencones de coyofe, así que en la orilla del mar se pilla mucho coyofe. Luche si que no, coyofe por lo general y lunfo, pencones de lunfo, que esos salen unas tremendas matas, coyofe y traen tanta pata y ese es el lunfo, uno lo corta de raíz y el coyofe lo bota, muy bueno para comer.* En la época de verano, *hay luche, coyofe, de todo, erizos, chaigua.* Son los frutos que ofrece el mar a los creyentes.

Desde sólo unos diez años, todo comenzó a cambiar, las realidades se transforman y según Arcadio, *ahora no hay na'*. Ya no viaja al litoral con la misma regularidad de antes. *No he tenido tiempo para ir y cuando voy traigo de todo porque yo soy marero fino, porque yo llego en el mar, usted si no conoce el mar, si no conoce aquí, usted puede andar afuera no más. Yo no, yo llego en el mar, dentro en el mar y puedo sacar coyofe, de alguna manera también. Entonces, tiro harinita, así que el Aguelito Huentiao me ayude, me de chaigua, coyofe, me de marisco, me dé de todo, hay que pedir de todo, pero usted en los instantes se le desaparecen las cosas y si usted no pide nada, nada encuentra. Si pide, este mar da.* Para el creyente, el mar es un misterio y además, la divinidad, recompensa con los frutos necesarios, la ofrenda del peregrino creyente.

Las creencias se transforman y evolucionan en el tiempo. Unas desaparecen, otras quedan y otras aparecen. *En la antigüedad yo le creía porque sacaba mucho y ahora, fui con mi señora con vida así, yo le decía así, 'dicen que en el mar no hay, pero pedimos, pidamos cosas ya, si tanto no vamos a gastar', entonces nosotros hablábamos solos, decíamos, Agüelito, Agüelito Huentiao, danos coyofe, danos de todo en abundancia, para que nosotros podamos llevar para nuestros hijos, cositas de aquí del mar, así que hoy día vamos a cortar coyofe, así que cuando salíamos con las varas, las matas cargá' por las ori-*

*llas de las peñas, ahí enterábamos las cargas en dos por tres, salíamos nosotros primero, cargados, otros que estaban dos o tres días no pillaban. Es invisible, si tiene un hombre que lo domina, se llama Agüelito Huentiao, que es muy curioso. Así, este ser mágico, controla los vaivenes y las fuerzas del mar.*

Arcadio no va con la misma frecuencia a marear. *Con la Ondina, fui yo al mar, sus ocho, nueve años que fui andar con mi señora. He ido después, de entrada y salida, con el padre Juan. Me voy después de doce. Voy un ratito allá, pero voy a buscar cosas. Voy a cargarme de todo un ratito, de esta hora, como las siete, salimos de allá, pero yo vengo con cosas, estoy acostumbrado en el mar.* Es la suerte del creyente, del conoedor, del hombre que sabe los secretos del mar.

El viaje hacia el océano tenía un itinerario inmutable y había que pasar por Puaucho y, *se pasaba por el camino a Pucatrihue, siempre está retirado en varias partes, pero hay unos caminitos angostitos, por donde pasábamos a caballo, pero ahí estaban los cerros.* En la selva, *en las montañas arriba, en la pura montaña, no había camino. Subíamos esos cerros para arriba, bajábamos de cabeza casi. Y había partes donde no se podía pasar uno, sino que tenía que gritar ahí, porque el camino se encajonó de más y pasaban los caballos perdíos ahí y el camino angosto no se podía volcar, entonces por eso ahí se gritaba, gritaba uno con toda su fuerza para que no se vaya a chocar con nadie, esas son las cosas de mucha antigüedad.* A pesar de las dificultades impuestas por el paisaje, Arcadio siempre llegaba a Pucatrihue y allí recolectaba los alimentos necesarios, *nada más que esas cosas de mar.*

Ocupaba una semana en el viaje, pues, *al ir allá, hay que estar sus tres o cuatro días, para que usted pueda tomar de todas las cosas. Ya no es de ir nomás, no ve que el coyofe está vivo, el coyofe está plantado en forma de cualquier planta y entonces una vez que muera, se seca al sol, en el solcito queda livianito y esto demora un par de días.* Es necesaria la permanencia, durante un tiempo, para que el hombre pueda aprovechar la riqueza del mar.

Entonces Arcadio se establece junto al océano, al amparo de Huentiao, *por allá hay que alojar por orilla de mar no más. Por orilla de mar, allá en el mar. Llega usted no más, se*

*acogió la tarde, en cualquier parte se aloja y lleva cositas para dormir allá. Mantas, cualquier cosita así. Por lo general casi se llevan sacos no más y ahí aloja uno, no ve que la mayoría de la gente o el turista duerme así no más y ahí aloja uno, así como pueda no más. Al otro día ya no empieza andar en el mar y se entretiene.* Se inicia la faena, repetida diariamente, durante algunos días al año.

Un sector donde Arcadio marea es Maicolpué. Allí, *hay que tirarse en esos cerros, abajo en el faro, ahí donde antes salían los barcos, ahí hay un muelle, ahí al frente, ahí está el faro. El lugar es harto quebrao, hay que tener valor, porque hay que bajar cerro abajo. Uno que es acostumbrado ya es valeroso.* Nada es gratis, al contrario de lo que pueda parecer, todo cuesta algo de esfuerzo y de riesgo. El trabajo en el mar, es asunto de personas valientes, profundamente creyentes en la divinidad.

Instalado con su toldo a orilla de playa, Arcadio espera a que el mar, «esté bueno». Aquello sucede cuando hay «vaciante». Allí, *el agua se recoge para adentro, como ser cuando hay linda vaciante, como aquí llega el mar, cuando el mar está lleno, sale hasta afuera, entonces, esto después de las nueve de la mañana, a las diez hay vaciante, una vaciante larga que dura hasta cerca de las doce. A las once entonces el agua queda en seco, se recoge, se va adentro, se recogen sesenta metros para adentro, el coyofe, el marisco, entonces logra sacar uno, el que es curioso, el que sabe de mar, el que no, no. Andan afuera. Entonces yo veo una vaciante, está bastante adentro, yo dentro altiro para adentro, porque ya se que va a durar la vaciante, y es rápido, entonces voy cortando coyofe y sacando y otros recibiendo, una cuestión muy fácil, en todo orden, con todo respeto, entonces uno ya sacó todas sus cosas del mar. Si pilló marisco, erizo, lo saca para afuera y después como a las doce, de a poquitito viene el agua saliendo, viene una marejada que lo voltea, de adentro, parece que lo destroza, a esa hora usted tiene que ir arrancando para afuera y el mar de a poquitito lo va botando a usted, en la otra marejada, a veces lo baña y ahí ya se sabe que el mar viene tupido. Cuando ya se llenó el mar, no hay mejor cosa que irse a su rancho con sus cosas que ha recogido. Y el mar ya se llenó y hay que esperar la próxima vaciante. Esa es la forma del marero.* Es el conocimiento de realidades, acumulado por muchos

años de experiencia. Durante 65 años, Arcadio habita las realidades del mar y el mundo de San Juan de la Costa.

## EN LA QUIETUD DE LAS AGUAS TODAVIA SE ESCONDE EL MESIAS

Para recolectar algas, Arcadio y las mujeres de su familia, utilizan el «vichero»: *Son unas cosas así que se hacen, forma de una murrerita<sup>8</sup>, así como un corvo, y se le pone una vara de coleu<sup>9</sup>, y con eso, póngale que sea fierro, yo le hago una chuecura, tal como la chueca, y con eso, le hago un ojo, le pongo una vara larga y voy a sacar coyofe abajo, abajo hay.* Desde los estantes de agua salada, las manos de Arcadio, ayudadas, por la herramienta, extraen flores del mar.

También se ocupan cuchillos, *corrientes, que uno ocupa cuando mata animales o más chicos, siempre que sean buenos, porque eso necesita buena herramienta. Y como ser, para mariscar en el mar, para sacar las rulamas o mariscos, entonces esos están pegados en las piedras como aquí, entonces esos están con la comida casi afuera, si usted va y lo toca, usted no lo saca, estos hay que pillarlos descuidados. Aquí está el marisco, entonces usted llega ahí y si usted es rápido con la mano, va y lo toma así no más lo toma descuidado y entonces si usted tiene cuchillo, le mete el cuchillo y saca. Facilito, no se da ni cuenta, si es vivo, esos andan, entonces tienen una capita de piedra así, el marisco, ahí lo saca de adentro y lo ensarta en unas hojas de ñocha que se nombra y va juntando las presas de marisco, se hacen unas sartas de tres cuartas o dos cuartas y media y aquí salen ensartaditos, cosa muy sabrosa. Ningún animal oceánico, incorporado en la dieta de los costinos, está a salvo cuando un buen «marero» ingresa a ese otro mundo de las aguas.*

Arcadio utiliza mallas. Ellas sirven para, *recoger o canastas pa' irlos colocando o sacos.* Las mallas, deben ser, *sacos, sacos de esos quintaleros, de harina, muy buenos para la mar, así uno va echando adentro no más, por lo menos, medio quintalero.* Al cruzar la montaña, Arcadio no olvida de cortar un poco de ñocha y boqui, para fabricar piolitas para amarrar el coyofe y hacer las sartas de marisco. Se deben almacenar los frutos del océano y, poder cruzar, sin grandes contratiempos, la cordille-

ra, cuando se retorna al hogar, situado en un valle interior de la cordillera costina.

Los mariscos, *esos se dejan secar y si no, cuando llegó usted al mar, los echa a cocer en agua, los cuece y se hacen comidas. Con el lunfo, se puede comer crudo y si usted lo cuece aquí, cuando llegó, queda blandito, sino, lo coloca en escabeche y después se sirve usted como quiera, blandito, muy rico para comerlo.* Arcadio y los «mareros» de estos lejanos territorios, profesan amor por algunos frutos del mar y por ello, en los inviernos, en las comidas, habrá un recuerdo, un agradecimiento para Huentiao, al permitir, que nosotros podamos sentir amor por aquellas cosas de su propiedad y que él, nos entrega a cambio de creencias, ruegos y ofrendas.

Al cortar el coyofe con los cuchillos, *uno lo seca y después está seco.* El proceso de secar el alga, se realiza mediante el aprovechamiento del calor solar. Arcadio busca un lugar que posea una pendiente suave y deja allí, el coyofe. Lo estira y lo da vuelta, cada mañana y cada tarde, para impedir que el alga se recueza. Al estar completamente seca, *lo hace tercio que se conoce. Los tercios son así, largos, como un saco de trigo, un tercio se arrolla el coyofe y adentro se le coloca luche, marisco, lunfo y en seguida se arrolla bien y se amarran con boqui o si no, se amarra con unas piolitas que se hacen en el mar con hojas de ñocha que le nombran, se tuerce, se hace con la forma de un lacito, lo amarra bien.* El luche después de recolectado, *se hace el pan, se dice; se envuelve en hojas de pangue, de nalca, pangue es en lengua, entonces ahí adentro se le coloca luche y eso se entierra en la arena caliente, ciertos minutos, entonces después, lo saca usted cuando quiera. Entierra una ramita en la leña, así, entonces, ahí lo saca usted, lo tantea usted, que no esté muy cocido ni muy crudo, lo tiene unos diez o quince minutos en la rescoldá' que se hace, entonces enseguida saca unos pancitos hechitos y livianitos, y eso después lo trae para acá.* Los panecillos de alga, se incorporan, para su traslado, en los «tercios». En ellos, *hay que juntar unas porciones de coyofe, de matas y panes de luche.* Es tiempo de retornar a casa. Otros oficios esperan en las faldas de la bendita cordillera de Puninque. Aún queda mucho por hacer, antes que finalice el corto verano de San Juan de la Costa.

A los caballos, *se les ponen hasta tres tercios, uno por lado para que no vengan ladiados. Salen cargaditos, es una maravi-*

*lla ver un caballo, se le ven las orejas no más, no ve que esos tercios son livianitos, se hacen tremendos tercios y cuando se colocan en las monturas, en las cargas, lo cargan uno por lado y lo traen tirando. Pero hoy día, ya no vamos a caballo, entonces cuando voy al mar, hago esos tercios, pero esos los traigo en la micro y acá arriba, en el 'treinta'<sup>10</sup>, me recogen para acá a caballo, claro que de ahí para acá, cargo mis caballos, no ve que yo se trabajar en eso, los cargo y por aquí, se ven las orejitas de mis caballos cuando pasan.* Frente a la casa de Beto Cantero, sacaré «panes de luche», paquetes de coyofe y sartas de loco y cholgas. En aquella casa, siempre hay trabajo remunerado para los dos hijos menores de Arcadio: Roberto y Cristina. El compartir el producto de su recolección, es para Arcadio, una forma de agradecer. *Yo trato de ayudarle unos con otros. Por eso me quieren en muchas partes, donde vaya y aquí, donde 'On Beto, es igual como llegar a mi casa, somos conocidos tantos años.*

Toda la realidad relatada, *el alma que tenía la antigüedad, el reglamento de la antigüedad, que nos enseñaban los agüelos,* se confunde por el tiempo resquebrajado por el silencio, el olvido y la muerte. El fraile enciende los cirios y velones en los altares en donde Arcadio y yo, no vemos nada, sin embargo, entre las sombras horadadas por el titilar de la lumbre maloliente, surge nuevamente, empalada, herida y suplicante, la imagen de un hombre que sólo es el silencio, el olvido y la muerte. El lugar de Huentiao en Arcadio Yefi Melillanca, pareciera estar vacío. Entonces, en el devenir, esperaremos el día, por siempre a recordar, cuando Arcadio, retorne a Cuinco, después de haber realizado el viaje al océano, con las manos vacías. En aquel instante postrero, tendremos la certeza que, las aguas del océano, se han transformado en un páramo y, el esqueleto roto del traro, hundiéndose en las arenas desoladas, bajo el peso transparente de los vientos, nos relatará la ausencia de la divinidad. Uno de los motivos de tal ausencia, es el hombre que representa el silencio, el olvido y la muerte. Entre las marismas putrefactas de las aguas sin movimiento, al crepúsculo, escucharemos la oración del fraile y aquella ideología religiosa de nuestro tiempo, el cristianismo, establecerá su reino irreal en las vastedades de San Juan de la Costa y, a la campana tañer, nadie la escuchará porque en este lugar, el retorno de Jesucristo, también significa el fin del hombre, de los costinos.

## NOTAS

<sup>1</sup> Pantalones de lana, confeccionados con una tela manufacturada en el telar.

<sup>2</sup> Voz costina que se refiere a un lugar poblado.

<sup>3</sup> Es el nombre que recibe un caballo, propio del área de San Juan de la Costa, cuyos principales atributos son la pequeña alzada y su fortaleza, que posibilita un eficaz desempeño en las jornadas a través de los senderos de la cordillera costina.

<sup>4</sup> Es el nombre que reciben los troncos de los árboles en crecimiento, que todavía no alcanzan su madurez.

<sup>5</sup> Es un lugar despejado en la floresta de los bosques cordilleranos.

<sup>6</sup> Nombre que se le entrega a los bovinos abandonados entre los bosques.

<sup>7</sup> Conflicto, principalmente interétnico, por problemas de tenencia de las tierras, de fuerte incidencia en el pasado y, ahora de escasa ocurrencia.

<sup>8</sup> La «murrera» es una herramienta para cortar, principalmente, la mora, que invade los campos de pastoreo. También, se le ocupa para desmalezar.

<sup>9</sup> Nombre costino para *Chusquea Coleu*.

<sup>10</sup> El «treinta» es un punto geográfico y recibe tal nombre porque se ubica a orillas del camino de Osorno al litoral, en el km. 30 de la mencionada ruta.

## EL UMBRAL ROTO: LA MIRADA ANTROPOLOGICA

El saber no es distinto del soñar, el soñar del hacer. La poesía ha puesto fuego a todos los poemas. Se acabaron las palabras, se acabaron las imágenes. Abolida la distancia entre el nombre y la cosa, nombrar es crear, e imaginar, nacer.

Octavio Paz, 1960 (1949).

### LOS OJOS INDAGAN EN LA TRAGEDIA

El grillo era el propietario de los lares. Entonces, la memoria inusual, tempranera. El desengaño cubre los ojos de umbría. Trémula, una ventana se instala en el muro. En noche honda, la lluvia, creación de nuestros sueños, con sus gritos triza los vidrios. El umbral se ha roto. Entonces, el mundo irrumpe en el cavilar de los solitarios. Con los párpados cerrados, los ojos indagan a fondo las aguas, frágiles ellos navegando imprudentes entre los cantiles salvajes. Entonces, llega la amada.

Aterido, el viento del este rompió sus plumas tristes en el fanal pequeño del faro de Río Puelo. En atroz obscuridad, algunos hombres escucharon el canto del raiquén. La vela cangreja, arrogante a pesar de presentir el temporal, se inunda de transparencia. Ahí, en otoño, acosada por la fatiga, la goleta hubo de rasgar su vientre vaciando a las aguas, la bitácora de todos los viajes de su andar miserable. Aquí, nosotros sabemos que las aguas carajas son puros cementerios. Bufando su ira de siglos emerge la herrumbre de los barcos muertos. Se pudren con la garúa los barcos muertos. El fierro viejo nada recuerda. Las estructuras, el maderamen roto se estremecen cuando el agua arremete la herrumbre buscando sus tesoros cautivos. En el fondo del estuario, los hombres tañen sus voces usurpadas a las estrellas.

También aquí, las aguas son el camino de los mitos<sup>1</sup>. Aquellos sobrevivientes, desde los territorios de las islas del sur, aún cabalgando jubilosos sobre el lomo de las medusas ciegas, vienen a disgregarse en la memoria atávica de los habitantes de los caseríos de la costa oriente del Golfo de Reloncaví. Mirar,

mirar las historias mágicas anclar en Ralún, Cochamó, Sotamó, Puelo Bajo, convoca a los llantos a tus ojos. La amada te ampara estremeceida.

Aquello, en silencio arrastra su fragancia ocre en nuestras mejillas. Con alevosía, el oficio de los horrores, la antropología, evoca a la memoria amagada por el olvido, preguntándole por el hombre. El pájaro de la madrugada, gorjea en el umbral de la penumbra. La última estrella, el alba, ejerce la dictadura de su fascinación. Entonces, el aborrecer aún agraz, quebró el gesto del vuelo. Muchos cantos dispersos se hunden en las rías del pensamiento. El llanto de la candela se derrama en la bruma. Errar, errar ebria en las aguas atormentadas a la rosa de los vientos todavía vemos. A la deriva, vienen a morir las ideas asustando nuestra vigilia. Siguiendo el curso de la luz al vagar por la inmutable vastedad del día, sin prisa la resolana se apodera de los paisajes. El conjuro de la claridad a nuestros rostros sin máscaras araña. En esas heridas, la sangre derrama de sí al mundo, la obscuridad hosca del hombre. Es verdad, el rastro existe. Así, al hollar nuestros pasos el cieno del pasado, al correr llorosos ellos los túmulos de palabras, reunidos en la noche por el cavilar, la búsqueda de los primeros susurros de la antropología, acaba. Al irse la noche, ha huido la amada. En silencio, *esperad al búho tempranero*<sup>2</sup>.

## ELLA TIEMBLA DE IMPOSIBLES

Aquella noche, en algún lugar del mundo, en algún lugar de los mares, los pechos desnudos en vano esperaron las manos del viajero atrapado en la lluvia. Entonces, el canto viene de los muelles en ruinas. Allí nosotros. A vuestra vigilia, en todo vuestro abandono, la memoria os cede la renovación del atávico recuerdo del ultraje. La memoria se abre, el umbral de los abismos. En ellos, nuestro oficio de ahora, es la antropología. Ella es sólo sangre, sólo existencia donde el ir tremendo de nuestro anhelo, voluntariamente impuesto, se nutre con pasión.

La antropología no es eterna, tampoco es tan remota como el hombre. Sus orígenes se encuentran en la antigüedad clásica. Se crea, sin saberlo ella aún, en el siglo XVI, con los descubrimientos de nuevos pueblos. Nace en la Ilustración prerevolucionaria del siglo XVIII. Se otorga diferencia a sí, en la mitad del siglo

XIX. Adquiere su madurez, profesionalizándose, al comenzar nuestro siglo<sup>3</sup>. Es una disciplina todavía joven, inacabada y capaz de sufrir aún, tremendas transformaciones. Incluso podría morir en esta noche, ahora. Sujeta a ignotos avatares, nunca se debe olvidar que es hija del hombre. Su creador le otorga un nombre. Aquel, sólo es un tropo de la pregunta que, sobre su naturaleza compleja, profunda y unitaria, se hace el hombre a sí mismo. Esa pregunta presume una respuesta. En eso, su tristeza, su gesto heroico, su tozudez, su ansia, su dolor, su imposible. La respuesta se alza como el motivo de la antropología. Poder definir las propiedades generales de toda vida social y cultural para explicar la extraordinaria diversidad de los humanos estilos de vida. Así, los antropólogos acometen la tarea de la investigación de la variabilidad cultural y biológica del hombre. Provocamos la furia de los horizontes, la huida de los linderos vigilantes, opresores, al investigar el origen del hombre, de los estilos de vida y de su andar en el tiempo. Unos pocos de nosotros, somos insaciables. Todo lo deseamos. Así, un día se intuye que la búsqueda de respuestas, no es el motivo de la antropología.

El descubrimiento del Nuevo Mundo, en los postreros años del siglo XV, constituye un impulso fundamental en la constitución de la antropología como una disciplina diferenciada. El descubrimiento, *fue la primera ocasión de contacto entre Occidente y aquellos que, de ahí en más, serían llamados Salvajes*<sup>4</sup>. Ahora, *los europeos se veían confrontados con un tipo de sociedad radicalmente diferente a todo lo conocido hasta el momento: por primera vez tenían que pensar una realidad social que no podía situarse en su representación tradicional del ser social*<sup>5</sup>. Así, en el principio de ese mirarse, la mirada se abate con asombro, con miedo, con asco, con amor, con alevosía, con odio. Se entrelazan y, el secreto a resguardo durante milenios en la sangre de las distancias imposibles, es arrancado con furia. Al Viejo Mundo había arribado el Salvaje. El cavilar aún no podía establecer tratos con él. El Salvaje era impensable. Entonces, la mirada de algunos, enfrentada a la diversidad, obligan a su cavilar a crear una epistemología para poderle pensar. En ese instante viene al mundo la antropología, se apropia del Salvaje, le convierte en su indagado. También, ese acto, condena a la antropología a una muerte futura. La antropología tiene un futuro parecido al drama de Siegfried, el hijo de Siegmund, soberano noble de Xanten. El valiente espada al

matar al dragón, cuando se baña en su sangre, instala su muerte en el futuro<sup>6</sup>. Occidente se impone a sí, soportando el roer sin prisa de la nada, el nihilismo, la construcción de una epistemología de la intolerancia. Ella servirá para justificar el acto civilizador. Occidente le construye una ideología a la muerte. Es el inicio del etnocidio: *aparecen en primer plano, en América del Sur, pero también en muchas otras regiones, los misioneros. Propagadores militantes de la fe cristiana, se esfuerzan por sustituir las creencias bárbaras de los paganos por la religión de Occidente*<sup>7</sup>. El acto no se presume, las evidencias sobran<sup>8</sup> *quebrar la fuerza de la creencia pagana es destruir la sustancia misma de la sociedad. Se trata, claro está, de un resultado buscado: conducir al indígena por el camino de la verdadera fe, del salvajismo a la civilización*<sup>9</sup>. La intención no fue egoísta en el momento de ungir los nuevos rostros. Respecto a la acción de los laicos, Pierre Clastres manifiesta que, *la ética del humanismo es la espiritualidad del etnocidio*<sup>10</sup>. Algo parecido al torrente del relativismo cultural de nuestros tiempos. Un relativismo repleto de concesiones y omisiones. Así, al final de los procesos de transformaciones culturales, todos los muertos se convierten en excesos cuyas motivaciones parecieran generarse en el instante del acto. Eso, es una mentira. Un hecho certero, real es que, en nuestro ahora, los Salvajes están casi todos muertos, herida anda la antropología arrastrando su dolor en nuestro dolor. Es verdad, la tarea de la antropología, esa nuestra, quedará inconclusa. Moriremos nosotros. Sin embargo, otros recibirán la herencia de la tradición dispersa, la sospecha. Al amparo del crepúsculo, en los cañaverales, el grito se abrirá en el vientre. Entonces, todas las miradas acumuladas en su trayectoria, retornarán al cieno.

Arrastrarse en el barro. Ahí, encuentras a la antropología. A pesar de su caos inmediato, de sus azares, realiza su tarea inclemente, se desarrolla, crece. Obtiene para sí, un lugar en el mundo. No se sabe segura, tiembla. Tiembla de imposibles, de horrores. Se detiene, se refugia, se piensa. Lloro. Se anda otro poco al reiterar sus preguntas. Corre persiguiendo al silencio. Impone su presencia, extiende su ámbito. Entonces, se desgarró su sangre. Allí, bebes hasta embriagarte. Anda ahora el antropólogo por otros senderos. La antropología, una parte de ella, a sus indagados les trueca la vida, sus destinos. Con tremenda alevosía imponemos al Salvaje otro canto. Así, nos apoderamos de los cantos de los sobrevivientes: *las obliga-*

*ciones y responsabilidades conflictivas que encaran hoy en día los antropólogos son particularmente evidentes en nuestra sociedad, y aún cuando los problemas no sean complicados en su estructura, en modo alguno es simple su resolución [...] sucede muy frecuentemente que en los programas que trabajan los antropólogos, las decisiones se toman sin la participación, o con muy poca, de las personas cuyas vidas de alguna manera serán modificadas*<sup>11</sup>. Los cantos son sólo susurros, dolores de antaño para siempre. Sin distancia, pugna el día por venir, aquel arrastrando los silencios odiosos de su ausencia. Trozos de la nada, nunca la nada absoluta, hieren iracundos el hondo ser de las sociedades salvajes. Ellos, acosados por la nadificación, sucumben. Se transforman en ausencias. Insaciable como nosotros, el nihilismo carajo no cesa de preparar la emboscada artera en los territorios oscuros de la humana interioridad.

En sus orígenes, fue una disciplina marginal, sospechosa. Habitó los gabinetes de curiosidades. Los sorprendentes destellos de fenómenos pintorescos, fueron utilizados en la construcción de sus preguntas. Las respuestas cogidas en la realidad de otros tiempos, otros territorios, de otros hombres, le llevó a ser diferente. En aquellas investigaciones de antaño, muchos de los investigadores tendieron a maximizar el valor de los fenómenos diferentes, irrumpiendo con sus trabajos en el arrebatador paisaje del exotismo. Otros, insistieron en sus tratos con las sociedades primitivas, dejando fuera a las sociedades urbanizadas e industriales. Así, el Occidente civilizado, patria de los antropólogos no fue requerido, no fue indagado. Amenazada ahora, cerca de su final, continúa siendo, en nuestro país, una disciplina marginal, sospechosa. No ignoramos los motivos de la sospecha. ¡No ignoramos nada!

#### AISSA, EL AMOR NO FALTARA

En la defensa de Michel Panoff a la obra de Bronislaw Malinowski, señala que el intentar establecer un paralelo entre los escritos de un literato, Joseph Conrad y un sabio como Malinowski, agrava todavía más el desprestigio sistemático que se ha realizado con la inmensa obra del antropólogo de los mares del sur<sup>12</sup>. Según Panoff, no se puede insultar los muertos, menos aún cuando el finado es, *el padre de la antropología moderna*<sup>13</sup>. Panoff llama a gritos a la inmovilidad, desea conservar un

recuerdo atávico, sublime y adorable del hombre aquel. Entonces, Malinowski convertido en fetiche, se transforma en un objeto intocable. Sin embargo, otros investigadores, cogen el fetiche, lo desmontan, lo traen de regreso a su valor original.

En Conrad, el encuentro entre seres diferentes es relatado con inmensa tensión que alerta a la memoria, arrancando en lo hondo de nosotros, recuerdos similares a las acciones relatadas. La memoria es acosada por el relato. *Un odio horrible parecía llenar el espacio que separaba a aquellos dos seres, el odio de raza, el odio de esperanzas distintas, de diferentes conceptos de la vida y el mundo, el odio de la sangre, el odio contra el hombre nacido en la tierra de las mentiras, de las infamias y de las traiciones, en la tierra de donde no llegaban más que el mal y la miseria para aquellos que no eran blancos*<sup>14</sup>. En ese andar por ahí, lejos de casa, a veces ese odio se encarama en nuestro ojos. En ese instante, comenzamos a sospechar de nosotros. Nuestra visión del mundo, se comienza a resquebrajar.

Conrad es importante para la antropología porque en sus obras *el sujeto y el objeto desaparecen: sólo se trata de una interacción obsesiva y poética entre el salvajismo o simplemente la otra civilización y el hombre llegado de occidente*<sup>15</sup>. Los relatos de Conrad son una reconstrucción de mundo, una mirada total. Así, en sus páginas se acumulan realidades. En su obra, *El vagabundo de las islas*, una mujer. Su nombre es Aissa. Ella es hija de los territorios de las Islas Cébeles. Allí, se encuentra con el hombre blanco, con Willems. *Para ella, él era algo nuevo, desconocido y extraño. Era el más grande, el más fuerte y el más atractivo de todos los hombres que había visto hasta entonces, diferente de todos los que había conocido. Pertenece a la raza victoriosa y dominadora de los blancos /.../ aquellos hombres hablaban con voz firme de dominadores y miraban a los otros hombres con ojos duros, a veces terribles. ¡Y ella había hecho que uno de aquellos hombres le hablase con voz dulcísima y la mirara con ojos llenos de ternura!*<sup>16</sup>. Aquí, algo todavía desconocido, todavía innombrable provoca el encuentro imprevisto, imposible. La voz se despoja de sus máscaras, de todos sus atavíos, se calla. Los ojos abren su vastedad, titilan. Entonces, una parte de la interioridad humana recupera su jerarquía, abandonando con ansias, el ser social. Aquí, el encuentro es un vértice, un punto donde se entrelazan soledades.

A pesar de las diferencias, la individualidad del ser trasciende las multitudes. El encuentro es un vértigo. Es el inicio del horror: *le parecía haber entregado lo mejor de su alma, la parte más pura y alta de su vida, de su raza y de su civilización a un ser salvaje y bestial que se había refugiado dentro de su pecho /.../ tenía la noción de estar perdido entre un caos de cosas peligrosas y horribles. Y en vano intentó luchar contra el fantasma de aquel vencimiento, de aquella derrota absoluta*<sup>17</sup>. El ser es sobrepasado por la acción. Se triza su interioridad al acoger una realidad que parecía imposible. Aissa, no es humana. Es una Salvaje, algo parecido a los animales, a las bestias que pueblan las selvas. Así, el encuentro entre Aissa y Willems establece una relación impensable para cada uno de los estilos de vida. El amor instala en la selva, aquello inimaginable, irreal. Instala en la selva un artefacto abominable. La mirada de cada uno de ellos, percibe ese amor abominable. El ser encuentra la brecha de su trasgresión, se horroriza. Willems presume la pérdida de su ser social a manos de la naturaleza. Aissa presume el logro de una victoria sobre la civilización. Sin embargo, ambas cosas son una ilusión, el reflejo de procesos de lo hondo. El encuentro entre seres que poseen distinto estilo de vida, se percibe como degradación del ser. Aquella degradación sólo es un gesto del hombre que huye de sí mismo. Se ha mirado toda su interioridad en la diferencia. La visión, le causa horror. Ahí, sospecha, presiente que la diferencia no es ajena a sí. La experiencia del horror nos permite intuir las motivaciones del encuentro. Ir más allá, es un sortilegio todavía vedado al decir. Es algo aún por decir. Las palabras se han gastado.

La interacción obsesiva es la infinita reiteración de una idea. Ella, se fija imperturbable, quieta. En la reiteración, se mueve. Se crea a sí misma, viene al mundo con la intención de no sufrir cambios, transformaciones. La esencia de aquella idea es inmutable. Es un asedio para siempre. El asedio instala un muro infatigable. El hombre ha sido sitiado. Allí, se encuentra atrapado. Su delirio inventa ventanas en el muro. Así, un día, desesperado por el acoso, el hombre devora su esperanza. Colmado de dolor, se atreve. Entonces, anda. *Aquellas grandes extensiones se abrían ante nosotros y volvían a cerrarse, como si la selva hubiera puesto poco a poco un pie en el agua para cortarnos la retirada en el momento del regreso. Penetramos más y más espesamente en el corazón de las tinieblas. Allí,*



había verdadera calma<sup>18</sup>. El corazón de las tinieblas no es el corazón de la selva. Es el corazón de interioridad humana. Es una imagen de la nada. Esa nada devora al hombre que viaja por sí mismo. Sin posibilidad de redención en un mundo trágico<sup>19</sup> no tiene más alternativa que, superarse. Esa, esa es la idea.

En Conrad, la selva no sólo es representación del hombre. Es la tierra de los Salvajes. Un mundo extraño al civilizado, todavía. *Eramos vagabundos en medio de una tierra prehistórica, de una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Nos podíamos ver a nosotros mismos como los primeros hombres tomando posesión de una herencia maldita, sobreviviendo a costa de una angustia profunda, de un trabajo excesivo*<sup>20</sup>. En la selva los hombres comienzan a transformarse. Así, la imaginación es arrasada por la realidad que se presenta como una sospecha. Una sospecha antropológica. *La tierra no parecía la tierra. Nos hemos acostumbrado a verla bajo la imagen encadenada de un monstruo conquistado, pero allí... allí podía vérsela como algo monstruoso y libre. Era algo terrenal y los hombres eran...No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno*<sup>21</sup>. La sospecha asalta al hombre que remonta el río. Le muestra aún sin claridad, algo. El miedo intenta cubrir aquella visión. Sin embargo, la realidad se impone. Inicio del horror, nuevamente. Así, el hombre que penetra en el corazón de las tinieblas, averigua lo suyo al enfrentar al otro, ese hijo de la selva. El Salvaje es una realidad del mundo, pero también es una realidad dormida en la interioridad del hombre. El Salvaje es un afuera, es un adentro.

La obra de Joseph Conrad posee varios estratos y obligan a diferentes lecturas. La obra es un prodigio, es un palimpsesto. Sus personajes recorren toda la extensión de sus caminos. No se apartan de su destino, trascienden el final. La obsesión es alcanzar el final, disgregarse en las tinieblas, en la unicidad de todas las cosas. Los hombres creados por Conrad, reflejo de una realidad vivida por el escritor, superan el horror. No sólo miran los abismos de la obscuridad, sino que se hunden ahí, con ansias. Ellos establecen tratos bellos, diabólicos, crudos y abominables con toda la realidad del mundo. Un mundo repleto de fuerzas insospechadas. Así, el encuentro del hombre con el mundo, con otros hombres, es un combate infatigable. Ese ir al

mundo posee una trama. En las tramas, los hilos son interioridades que se tocan, se anudan, se hacen necesarias, vitales. Se genera una interacción donde ningún elemento de la realidad está ausente. Una interacción total. Esta, es inmensamente dolorosa, trágica es la urdimbre. En Joseph Conrad, los encuentros semejan a los encuentros propios de la situación etnográfica<sup>22</sup>. En un mundo aparente, la situación etnográfica nos abre las puertas al verdadero mundo. Entonces, el combate de cada uno de nosotros. Trazos de ese combate lo hemos descrito antes. Mas, ahí no acaban los hechos.

En su obra, Conrad nos reitera, una vez más, la voz de la realidad. La primitividad, entendida como pensamiento, como comportamiento cultural, no es propiedad exclusiva del Salvaje. La primitividad es algo que se encuentra presente en todos los hombres, en todos los estilos de vida, a pesar de sus diferencias. Ese algo, pareciera ser un cúmulo de fuerzas que anuncian la presencia de los orígenes del hombre. Ese algo, pareciera ser un recuerdo. Es el hombre traspasado por la eternidad. Aquella eternidad posee un refugio en el corazón de las tinieblas. Esa eternidad viene al mundo, transformando al hombre, cuando el corazón late, motivado por la soledad. *Al quedarse solo en la selva, había mirado a su interior, y ¡cielos!, puedo afirmarlo, había enloquecido. Yo tuve -debido a mis pecados- que pasar la prueba de mirar también dentro de ella*<sup>23</sup>. Sólo un instante basta para mirar la eternidad del hombre. Acto siempre libertario, el hombre puede ejercer su oficio milenario. El oficio de mirar las tinieblas. El más demencial oficio, la antropología. Nosotros, inacabados antropólogos, también tenemos un lugar en nuestro ser para cobijar tinieblas. Allí, dormita atenta e inquieta, nuestra primitividad.

El intento de Joseph Conrad, se transforma en un prodigio. Su nombre original fue, Jozef Teodor Konrad Nalecs Korseniowski. Se dedica al contrabando de armas en Centroamérica y luego recorre los mares en barcos mercantes abanderados con el trapo de la *Unión Jack*. A los cuarenta años, jubila como capitán de la marina mercante de Inglaterra. Así, con los materiales reunidos durante sus viajes por el mundo, acomete su tarea. Instala un mirar antropológico y se adelanta, sin saberlo. En sus escritos se encuentra una brecha por donde la antropología puede superar una de sus crisis. Si hubo un instante en que, la antropología se avecina a la creación de la verdad

originaria, al comienzo de una nueva comprensión del hombre y sus estilos de vida, una comprensión profunda del enfrentamiento del hombre con las fuerzas del universo, ese instante pertenece a Malinowski. En los mares del sur, el polaco sabía lo que buscaba. Sin embargo, no fue honesto. Se guardó para sí, los horrores de su experiencia antropológica. Entonces, una importante situación etnográfica permanece oculta. Pero un día, el secreto desgarró sus ropajes. La viuda del antropólogo publica en 1967 su verdad. Allí, encontramos trozos de una mirada total. La tentativa heroica de un hombre, un viajero. La publicación del diario, en nada desmerece a la obra, a la vida de Malinowski, por el contrario, reintegra aquello ausente, completando la imagen de un hombre. A ese hombre, nosotros le respetamos. Preocupado de salvaguardar reputaciones ajenas, Michel Panoff demuestra ser un necio. El acto creador, es esencialmente un acto de ruptura, ajeno a los necios. En el fondo, ajeno a las multitudes nihilistas. Incluso, a veces, el acto creador es un impulso implacable del «corazón de las tinieblas».

#### ALGO SE OCULTA EN LA MIRADA

En su encuentro de siglos con la realidad, el hombre ha gratificado el miramiento. A este sendero, el tránsito de la antropología no ha sido ajeno. En ella, la mirada que indaga, es una peculiaridad. Es el sustento de su estrategia de investigación. La mirada, en la realidad recolecta los materiales necesarios para que pueda la antropología ejercer su oficio. La mirada pareciera preceder al cavilar. Pero ello no es cierto. Muchas veces, la convicción se adelanta al mirar. La convicción se adelanta al cavilar. Ahí, el antropólogo no se sabe engañado, inmerso en el pantano fétido de un mundo aparente. Ahí, la mirada de la antropología deja de ser diáfana. Su palpitar se torna oscuro, denso.

Ahora, en el presente, una de las búsquedas incesantes, una de las tareas fatigosas que debemos acometer los antropólogos es la tentativa de encontrar, la inmensa claridad ausente. Es imperativo que la antropología recorra su propio atavismo. Es imperativo que la antropología recorra su propio atavismo. Incluso, la tarea debe ser algo más que la restitución de lo perdido. Es necesario reinventar la antropología, con profunda lealtad a la realidad instalar en sus ojos, una mirada inocente, clara y absolutamente transparentada. Instalarle la mirada de

un niño. En este acto casi imposible, es el antropólogo quien debe transformarse, crecer, trascender sus envolturas, otorgarle lejanías a su anhelo, asumir toda la soledad. En este acto, el antropólogo debe enfrentarse con sus horrores.

En la antropología, la mirada que indaga, se transforma durante el trabajo de campo, en la mirada que participa. Aquella antigua estrategia de investigación recibe el nombre de observación participante. Al ir profundo sobre ella, encontramos ahí, varios problemas a los que, el antropólogo debe enfrentar y solucionar para tener éxito en su tarea.

El ser aceptado como un miembro con todos los derechos y obligaciones en la sociedad sometida a observación, es una ilusión. Ella, acarrea consecuencias bastante peligrosas. El antropólogo puede dejar de ser, puede disgregarse. La nada le penetra, le confunde. Entonces ahí, inicio del error. En el error, fracasa la tarea emprendida. Así, un día, a la aldea de los Matoweri, grupo perteneciente a la etnia Yanomami, todos habitantes del extremo sur de Venezuela, al atardecer arriban los antropólogos. Ahí, se encontraba de visita un grupo indígena que jamás había visto a los blancos. Uno de los antropólogos posee abundante pilosidad en su torso. Eso, atrae la atención. *Yo soy el primer bípedo sin plumas que encuentran. No ocultan su entusiasmo. 'A koi! ¡Qué peludo es! Wa koi! ¡Eres gracioso de peludo! ¡Un perfecto y grande oso hormiguero!' Ya no se contienen, caen en el delirio y quieren que de la vuelta completa al chabuno para que las mujeres, apaciblemente extendidas en sus hamacas, tengan el espectáculo a domicilio. ¿Qué Hacer? A nadie interesa mi opinión y ahí voy, como una bestia curiosa paseada de tejadillo en tejadillo, en el corazón de un concierto ensordecedor de exclamaciones. Yo, entonces no estaba muy dispuesto a pavonearme, me sentía Jesucristo en la Pasión. Porque las mujeres no se contentan con mirar o tocar: tiran, arrancan para ver si eso se sostiene bien y yo a duras penas puedo protegerme el pito. Momentos como estos son inolvidables<sup>24</sup>.* Aquí, el que indaga se convierte en indagado. Incluso, pierde su calidad de hombre. El Salvaje lo convierte en un animal. Es decir, le muestra su humanidad. La metafísica del Salvaje es honda, absolutamente certera. Una maravilla.

Algo se oculta en la mirada. Si alguno de vosotros cierra los ojos, sentirá su presencia allí. Aquello respira sangre, se nutre

con el tesón del hombre. No se sabe el lugar de donde proviene. Nadie le vio llegar. Ninguno le llamó. Pero, cuando los ojos se cierran, se puede palpar su respiración agitada, ataviada de ansias, sin fatiga. Algo se oculta en la mirada. No teman, sólo es otra mirada. Esa, es la mirada perdida de la antropología. Es la mirada del niño. No está a la venta en los supermercados de la capital, tampoco en los negocios de las provincias apartadas. En la universidad nadie la conoce. Sólo el hombre la puede obtener de sí, después de realizar una tremenda travesía, en viaje enorme por su interioridad acosada por el nihilismo.

### ¡EL ANHELO ES EL CORAZON DEL MOVIMIENTO!

El anhelo es un irse. Un andar hondo pretendiendo coger el fin. El fin desea ser una ilusión, una rumorosa del tiempo. Quiere ser el atavío del nihilismo, sus máscaras, su cofradía. Incluso, desea ser todos los rostros ocultos. *Después del fin no hay nada pues si algo hubiese el fin no sería fin*<sup>25</sup>. Sin congoja, sin piedad el anhelo insiste. Se construye un fin, una meta, un punto en la eternidad del tiempo. Ese, sólo un otro hito en la vastedad. Sólo un otro instante en el tránsito. El anhelo es una huida. Ahí, el ser del antropólogo retoma su trote veraz. Se abre fascinado, se ofrece pleno a los encuentros que pueda depararle la situación etnográfica. El anhelo es una huida del mundo aparente hasta encontrar el otro mundo, el verdadero. Es también el anhelo, el deseo vehemente de retornar al lar. Aquella motivación, al viajero le hace buscar con ansias la fragancia oculta de los penates. Luego, la mano amorosa acomete su tarea, desgarrando la fragante bruma de los siglos: los umbrales. El anhelo es un ir sostenido hacia adelante, siempre más hondo en la altura.

El anhelo es un grito, un grito imposible. Un grito en la sangre. Un grito en la interioridad de pocos antropólogos. Una llamada que amarra los pasos frágiles en los rumbos de la lejanía. Es el motivo de Alsino en la tempestad: *fácil como una carrera cuesta abajo, excitado por la velocidad más y más acelerada del huracán, Alsino siente la embriaguez de ir cayendo en inconsciencia. Sólo queda en su corazón una felicidad fiera y desencadenada, abierta a los deseos máximos que se ofrecen sumisos y rendidos /.../ no con voz humana, extraño, ronco, grita: ¡Voy sí, voy! ¡Más lejos! ¡Fuera de mí! Maduro como*

*fruto que estalla y arroja sus sabias semillas al viento, mi alma anhelante rompe su cárcel ¡Vuela infinita y dispersa! ¡Rápida busca todo confin! /.../ ¡Salve! ¡Oh viento divino! Tu excitas y obligas a cortar las amarras a todas las naves y a todos los hombres. Tú llenas sus vidas de ardores terribles que nunca, por otro emisario, reciben!*<sup>26</sup>. El anhelo es incesante, incansable. Es hijo de la tempestad, hijo de la interioridad del hombre. Ese hombre, el último<sup>27</sup>.

El anhelo es una espina que te la metes en el cavilar. Una espina que te la metes en los sentidos. Es algo que no se puede relatar entero todavía. Es algo indecible, y *lo que no podemos es lo que queremos*<sup>28</sup>. Así, el anhelo empuja una antropología llena con el abrazo sublime, heroico, amoroso y abominable de la totalidad. Su andar memorioso, la caída atávica de su trepar, el vuelo demencial le llevan a la reunión con la totalidad. El todo allí y nosotros en él, palpitando cada uno su profundidad. Ahí, la vida jugando en las aguas del tiempo. Ahí, nuestro canto.

### LA SOLEDAD NO SE NUTRE DEL ABANDONO

El abandono es negación del ser. Se niega al otro dejándolo solo. Es una canción:

*El río va boca abajo burlando troncos y cerros.  
El agua es sombra tranquila timoneando en el silencio.  
Una gaviota hacia Niebla grita su canto de invierno.  
Y en la ribera se ahoga la sombra sucia de un perro.  
Un bronco motor emerge desgarrando un ruido nuevo.  
Luego brotan de las sombras dos convoyes madereros.  
Valdivia entera se duerme en un dulce sueño espeso.  
Hacia Las Animas zumban sordos los aserraderos.  
Los amantes se reparten puente y ríos con los dedos.  
Y un guardia vigila los avatares del viento.  
Y abajo en Corral la noche del mar ahoga un lamento.  
Y en su corazón salino flotan marinos y muertos.  
Yo permanezco tranquilo con las manos en los remos.  
Y un pitillo reluciente sangrando bajo el sombrero.  
Me cansa mirar el agua porque están tus ojos dentro.  
La obscuridad de la altura no me libera del lucero.  
No quiero tocar tu tierra y me alejo río adentro.*

*No quiero tocarla y en gruesa manta me envuelvo.  
No quiero morder tu nombre y fumo y fumo en silencio.  
Pero de todo me asaltas porque en todo estás viviendo.  
Los martillos de la labranza, los juncos de tu cabello.  
El viento canta en tu boca, el río brilla en tu cuerpo.  
Y en cada nombre que nombro salta el tuyo como un beso.  
Pero en tu pecho cruzamos ríos turbios y fieros.  
Flota olvidado en la noche mi nombre como un madero*<sup>29</sup>.

El abandono es un presentimiento, una llaga. Es una sentencia impuesta a sí mismo. El hombre se condecora de llantos.

El abandono es anterior a la soledad, es diferente. Ella, la soledad inmensa, sabe que hemos hablado de su ser. Para nosotros es real. Es la misma eternidad, ni siquiera su rostro nácar. La soledad mutila el olvido, dejando los recuerdos a la intemperie. Así, el pasado del ser se pudre. La soledad le arranca al hombre, trozos de su historia. La soledad es un asalto alevoso del tiempo en contra del ser. El ser se llena de besos. Ahí, en la soledad el tiempo ejerce su insurgencia, su odio bendito contra el otro tiempo, el tiempo calendario.

El abandono siempre le recuerda al ser, su historia. El abandono se promete el regalo de la canción de la muerte. La canción sólo se diluye al vencer todo dolor. Entonces, escucha el musitar de la vida. Entonces, un día viene la soledad, se le otorga una bienvenida, se transforma en atributo. En atributo del antropólogo<sup>30</sup>. Así, después de un errar lloroso, es época de encuentros. Sin la presencia de la soledad, los encuentros no se producen. Se crean infecundos, perecen raudos. Aquí, la soledad se involucra con la antropología. La soledad es el ámbito del hombre distante.

Ahora, los antropólogos no desean soledades. En la obscuridad de la noche temporal, ella pareciera querer perpetuar su presencia amada, extraña al hombre. Con furia, atormentado, el hombre aprende a odiarla, la obliga al destierro. Fácil huye de ella. En su huida, el hombre de errar lloroso, en la vastedad de un mundo miserable, reitera su delirante combate para obtener cobijo en la multitud. Allí, no anda hondo el ser. Se pierde, se disgregan sus materiales, vive otras vidas. Cavila otro cavilar. Presume su alegría y termina odiando todo. En la multitud, los signos otorgados al ser verdadero son los signos del no ser, de la nada<sup>31</sup>. Entonces el abandono no es el abandonar.

En la soledad no existe el abandono. A ella regresa el hombre. La soledad es su patria<sup>32</sup>, su lar, su estilo original. Ahí, el antropólogo se encuentra lejano, unido a todas las cosas. Entonces, aquella mirada antropológica obtiene la visión más cercana a las cosas del mundo. La visión más profunda, la más clara, la más inocente. Es la mirada penetrada por el placer cósmico, la estremecedora experiencia de la eternidad<sup>33</sup>. Es aquí, el lugar del mundo y nosotros allí.

ENTONCES, ¡EL HORROR!

El paso presume su andar. El andar no sabe su prisa. La prisa es una metáfora del temor. El temor invoca un vuelo lleno de coraje que hunde su itinerario inacabado en la penumbra tenue de un estilo de vida diferente. Entonces, la obscuridad. Ahí, el horror sólo parece ser un miedo intenso. Un agrio sentimiento de inquietud causado por un peligro tremendo, real o imaginario. No es pánico, ese horror súbito en la noche, sin fundamento. Es dejarse ir, a otra parte lejos de casa. El horror es un sentir invadido de recelo. *Un país cubierto de pantanos, marchas a través de los bosques, en algún lugar del interior la sensación de que el salvajismo, el salvajismo extremo, lo rodea... toda esa vida misteriosa y primitiva que se agita en el bosque, en las selvas, en el corazón del hombre salvaje. No hay iniciación para tales misterios. Ha de vivir en medio de lo incomprendible, que también es detestable. Y hay en todo ello una fascinación que comienza a trabajar en él. La fascinación de lo abominable. Podéis imaginar el pesar creciente, el deseo de escapar, la impotente repugnancia, el odio*<sup>34</sup>. El horror es una sospecha. *Me pregunté si la quietud del rostro de aquella inmensidad que nos contemplaba a ambos significaba un buen presagio o una amenaza. ¿Qué éramos nosotros, extraviados en aquel lugar? ¿Podíamos dominar aquella cosa muda, o sería ella lo que nos empujaría a nosotros? Percibí cuán grande, cuán inmensamente grande era aquella cosa que no podía hablar, y que tal vez también fuese sorda ¿Qué había allí?*<sup>35</sup> El horror es algo todavía más hondo. *Tú me preguntas cómo fue el acoso aquel que obtuve /Metes la lengua en mi cabeza, en mi pensar, en mi algo. /Y bien, te dejo suponer que abandoné mi pueblo. /Rompiendo el crudo umbral como un puma aterrado*<sup>36</sup>. El hombre, solo consigo mismo, ahí en otros lares, sometido al acoso inclemente de las fuerzas del mundo, conoce el horror.

El horror nunca es ajeno al viaje antropológico. Así, en el crepúsculo, a gritos la bendita garúa clama el advenimiento de la obscuridad. Entonces, en la maraña atroz de la bruma, un rostro instala brioso su presencia iracunda. Es el relámpago, un pájaro engalanado de inmensidad. La interioridad del antropólogo es hollada por el refulgir del movimiento. Así, *quien no cruzó las puertas de lo extraño ignora este movimiento interior que se anuncia por una angustia total, la certeza de estar desprovisto de todo, la ansiedad de no ser un hombre como los demás*<sup>37</sup>. El horror, en esencia movimiento, somete al ser del antropólogo a la totalidad del mundo. Ahí, todo es uno<sup>38</sup>. Así, a los umbrales rotos viene el antropólogo. Su mirar es un mirar trágico del mundo también trágico. Ahí, es algo parecido a un encuentro implacable, sin el cual no existe antropología. Es su mirar niño. Es un encuentro traspasado por el horror. el antropólogo es la epifanía del hombre que regresa desde alguna nadificación.

#### ¿UN FINAL?

Una antropología que pretenda crear para sí, una mirada total, necesita para ejecutar aquella tarea, algo más que un hombre disgregado, en abandono, alienado. Algo más que multitudes traspasadas de nihilismo. Antes del acto, es necesario el amor. *Sólo en el amor, sólo rodeado por la sombra de la ilusión del amor, crea el hombre*<sup>39</sup>. La mirada a crear debe poseer un destino claro, infatigable, pleno de tesón. Ese destino es devolverle al mirar su lugar en la vida total. Es volver a reunir aquello disperso. Es, en lo profundo, averiguar. También, obligar a la vida a superarse. Hostigarla hasta acabar con el errar.

La mirada total se aleja, desgarrándose, de la historia. El motivo del desgarro es hondo, aterrador. La historia ha creado la justicia<sup>40</sup>. La vida no necesita de ella. La vida es injusta, esencialmente injusta. Ella, trágica no puede ser redimida. Entonces, como Nietzsche lo hizo en su tiempo, nosotros invocamos al ser para que éste posea la fuerza necesaria para poder vivir, para olvidar. El hombre debe olvidar que vivir y ser injusto, son una misma cosa.

Así, una de las tareas fundamentales del antropólogo es superarse. Superar la historia, su historia. Intentar vencerse a sí

mismo. Transformar su espíritu. *Esta transformación es una metamorfosis de la libertad finita, su rescate de la autoalienación y la libre aparición de su carácter de juego*<sup>41</sup>. Aquí, no existe la quietud, aquí todo fluye, corre insaciable. Es movimiento, juego, azar, voluntad que se reúne para trascender. El ser desea anhelante crecer, crecer para poder regalar su existencia plena. Entonces, una de nuestras tareas, es andar los caminos, hasta el final, a pesar de todo dolor. ¡A pesar de todo dolor!

La antropología es humana creación. Sin embargo, anterior al acto, los materiales, afanosos hubieron de manar, derramando su furia en la obscuridad hasta generar una brecha. Así, los materiales se convirtieron en una epistemología. Entonces, vencida fue la nada por un instante. Vencedor de la nada, es el viaje del investigador a lejanías ignotas. Aquellas lejanías se encuentran en el mundo, en la interioridad del antropólogo. Así, el viaje antropológico en busca de un estilo de vida diferente, todavía ausente, escondido entre las sombras y, ese otro viaje, ese movimiento en la interioridad del viajero el andar por el corazón de las tinieblas, constituyen la esencia de la antropología. El viaje posibilita el encuentro entre hombres diferentes. El viaje posibilita el encuentro del antropólogo consigo mismo. Intenta averiguar lo suyo en lo otro. No siempre es un encuentro fácil. A veces, la experiencia es abominable y deja sus huellas para siempre. Pocos son los caminos para realizar el tremendo viaje. El más desgarrador, es intentar ser el otro. Mirar el mundo en el mirar del otro. Camino repleto de obstáculos, donde es posible perder todas las vías del regreso. Uno de nosotros, Juan Carlos Olivares ha descrito su propia experiencia: *el éxito del trabajo etnográfico se sustenta en la capacidad de poseer el otro y el viaje antropológico permite que, 'éste' pueda transformarse hasta ser el otro. Este en aquél. Así, el descubrimiento del otro nos obliga a cambiar nuestro ser. Ante la ausencia que comienza a ser presencia cuando el peregrino arriba a su destino no hay otra posibilidad que ser ese otro, si no el desarraigo realizará su trabajo hasta aniquilar al viajero y, sin él no es posible la etnografía. Si no se logra ser el otro, se confunden todos los caminos y es posible que nunca se logre encontrar ese por el cual se retorna a casa*<sup>42</sup>. Resulta paradójico que, ser el otro significa dejar de ser antropólogo, pero también no ser el otro implica no llegar nunca a ser antropólogo. Estamos siempre a medio camino. Nos sentimos embargados por aquello innumerable, un algo

penetrando la razón y los sentidos, en la noche, cuando la amada ha huido. Ese algo inclemente, es otra cosa que se apropia de ti.

A ese sentimiento inenunciable, le canta Patricio Manns: *por todos los caminos de la noche te acercas, a lamirme los sueños, a sembrarme el insomnio, a mantenerme abiertos los párpados pesados. /Y, al aclarar el mundo, me pregunto hasta dónde debí haberte dejado que entraras de repente, por esa puerta abierta. /De todo cuanto vuela, sólo tuyo es el aire. /De todo cuanto nada, sólo tuya es el agua. /De todo cuanto corre, sólo tuyo es el polvo. /Pero, entonces qué hacemos que no nos devolvemos la mitad de la vida que tomamos del otro. /Y, no dejas que entorne mi puerta y que me duerma con el alma quemada por tu pacto de fuego. /Por todos los caminos de la noche te acercas hecha de piedra y polvo, de pálidos pavores, de demora incontable, de sosegada angustia. /Y sin embargo, nada sucede y en mi pecho siento un fulgor eriazo porque parece que andas, pero no llegas nunca*<sup>43</sup>. Sentimiento inenunciable que nos posee, forma parte de la epistemología de la antropología. Sentimiento inenunciable, trae consigo una herencia dispersa donde, en alguna medida, encontramos refugio. Acaso es este encuentro, ¿un final?

*No habrá nunca una puerta. Estás adentro  
y el alcázar abarca el universo  
y no tiene ni anverso ni reverso  
ni extremo muro ni secreto centro.  
No esperes que el rigor del camino  
que tercamente se bifurca en otro  
tendrá fin. Es de hierro tu destino  
como tu juez.*

Jorge Luis Borges, 1980.

#### DEDICADO

A Jorge Luis Borges, reiterando nuestro recuerdo.

#### AGRADECIDOS

De cada una de nuestras Luces, el necesario resplandor que inspira.

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- <sup>1</sup> Quiroz, D., Olivares, J.C.: *Nómades canoeros de la Patagonia Occidental Insular Septentrional: el mundo de don Pedro del Agua*, ponencia en Encuentro de Etnohistoriadores, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile, 10 de octubre, 1987.
- <sup>2</sup> Eliot, T.S. *Poesías reunidas: 1909-1962*, Alianza Editorial, Madrid, 1986. p.197.
- <sup>3</sup> Lévi Strauss, G. «Las tres fuentes de la reflexión etnológica», en *La antropología como ciencia* (ed. Llobera, J., Anagrama, Barcelona, 1975, pp. 15-23.
- <sup>4</sup> Clastres, P., *Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva*. En *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1981 (1977), pp. 183-184.
- <sup>5</sup> Id. nota 4, p.184.
- <sup>6</sup> Anónimo, *El cantar de los Nibelungos*, Porrúa, México, 1978 (1826), pp. 1-245.
- <sup>7</sup> Clastres, P., *Sobre el etnocidio*. En *Investigaciones en Antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1981 (1977), p. 57.
- <sup>8</sup> Olivares, J.C., Quiroz, D. *Martin Gusinde, cazador de sombras*, Departamento de Museos, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Ministerio de Educación Pública, Ben Hur, Santiago, 1987, pp. 1-60.
- <sup>9</sup> Id. nota 7, p. 57.
- <sup>10</sup> Id. nota 7, p. 58.
- <sup>11</sup> Poblete, E. Comunicación personal.
- <sup>12</sup> Panoff, M., *Malinowski y la antropología*, Labor, Barcelona, 1974, p. 6.
- <sup>13</sup> Gluckman, M., *Datos etnográficos en la antropología social inglesa*. En *La antropología como ciencia* (ed.) Llobera, J., Anagrama, Barcelona, 1975, p. 141.
- <sup>14</sup> Conrad, J., *Un vagabundo de las islas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1983, p. 295.
- <sup>15</sup> Duvignaud, J., *El lenguaje perdido: ensayo sobre la diferencia antropológica*. Siglo XXI, México, 1977, p. 151.
- <sup>16</sup> Id. nota 14, pp. 63-64.
- <sup>17</sup> Id. nota 14, p. 68.
- <sup>18</sup> Conrad, J., *El corazón de las tinieblas*, Lumen, Barcelona, 1980 (1906), p. 68.
- <sup>19</sup> Fink, E., *La filosofía de Nietzsche*, Alianza, Madrid, 1979, p. 20.
- <sup>20</sup> Id. nota 18 p. 69.
- <sup>21</sup> Id. nota 18, pp. 69-70.
- <sup>22</sup> Quiroz, D., Obertura, en: Olivares, J.C., *Qué olvidado estaba el hombre: cambio y adaptación cultural en San Juan de la Costa*. Tesis para optar al Grado de Licenciado en Antropología, Universidad de Chile, 1987, pp. 2-5.
- <sup>23</sup> Id. nota 18, p. 126.
- <sup>24</sup> Clastres, P., *El último círculo*. En *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1981 (1971), p. 29.
- <sup>25</sup> Paz, O., *El mono gramático*, Seix Barral, Barcelona, 1974, pp. 10-11.
- <sup>26</sup> Prado, P., *Alsino*, Nascimento, Santiago, 1973 (1920), p. 106.
- <sup>27</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid, 1978 (1883), p. 39.
- <sup>28</sup> Manns, P., *Violeta Parra: la guitarra indócil*, LAR, Concepción, 1987, p. 10.
- <sup>29</sup> Manns, P., *Valdivia en la niebla*. En *Arriba en la cordillera*, Star Sound 163, Santiago, 1983.

- <sup>30</sup> Olivares, J.C., El exilio de la fragancia resquebrajada o una reflexión en torno a la antropología, *Boletín Museo Mapuche de Cañete*, 2: 51-69, 1986.
- <sup>31</sup> Id. nota 19, p. 78.
- <sup>32</sup> Id. nota 27, p.257.
- <sup>33</sup> Id. nota 19, p. 132.
- <sup>34</sup> Id. nota 18, p. 15.
- <sup>35</sup> Id. nota 18, p. 51.
- <sup>36</sup> Manns, P., El equipaje del destierro. En: *Cuando me acuerdo de mi país*, ALC 117, Santiago, 1982.
- <sup>37</sup> Id. nota 15, p.157.
- <sup>38</sup> Fink, E., *Todo o nada*, Sudamericana, Buenos Aires, 1964, p. 7-297.
- <sup>39</sup> Mann, T., La filosofía en Nietzsche a la luz de nuestra experiencia. En: *Schopenhauer/Nietzsche/Freud*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986 (1947), p. 138.
- <sup>40</sup> Id. nota 39, p. 139.
- <sup>41</sup> Id. nota 19, p. 85.
- <sup>42</sup> Id. nota 30, pp. 51-69.
- <sup>43</sup> *El pacto roto*, id. nota 36.

## FUENTES

Un encuentro con Arcadio Yefi Melillanca: Bajo la hojarasca estaba la gota de rocío.  
*Boletín del Museo Mapuche de Cañete* 1: 19-27.  
1985

Prácticas alucinógenas entre los moradores de la cordillera de la costa.  
*Boletín del Museo Mapuche de Cañete* 1: 39-52.  
1985

El exilio de la fragancia resquebrajada o una reflexión en torno a la antropología.  
*Boletín del Museo Mapuche de Cañete* 2: 51-69.  
1986

La increíble historia de Arcadio Yefi y la mujer de siete ojos. En *Qué olvidado estaba el hombre*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología, pp. 155-171, Universidad de Chile.  
1986

El umbral roto: La mirada antropológica. J.C. Olivares y D. Quiroz  
*Boletín del Museo Mapuche de Cañete* 3: 55-71.  
1986

REGISTRO	CLASIFICACION
4892	306
SECCION	048
	1991
AUTOR	Olivares T., Juan Carlos
TITULO	El umbral roto: escritos

306 4892  
048  
1991

Olivares Toledo, Juan Carlos

El umbral roto: escritos en antropología poética.

Juan Carlos Olivares Toledo, visto por el mismo. En 1975, pensó que la poesía había buscado refugio en la arquitectura. Tiempo después, el desencanto junto con la nostalgia, motivan el abandono de los estudios (...) Entonces, la antropología. En ese momento, transparentado de emociones, descubre que más allá del vasto mundo, se extiende la otredad repleta de poesía (...) Se hace amigo de Daniel Quiroz, quien iniciaba en esos años, su desempeño académico en la escuela de Antropología de la Universidad de Chile (...) Su maestro, Quiroz Larrea no deja de enseñarle nunca. Su propuesta no fue reconocida (...) Se transformó, a su pesar, en pensador de la periferia, sujeto de exclusión. No obstante, encontró desde 1986, en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, un lugar para desempeñar toda su antropología. Desde fines de 1992, dirige el Museo Regional de Ancud, el museoazul de las islas de Chiloé.



Biblioteca Museo Precolombino



101173